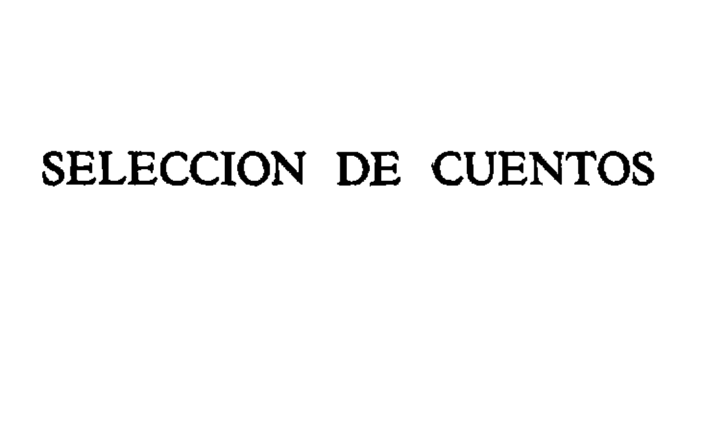


SELECCION DE CUENTOS



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol 105

YAMANDÚ RODRÍGUEZ

SELECCION DE CUENTOS

Tomo I

Cuidado del texto a cargo de
JOSÉ PEDRO BARRÁN y BENJAMÍN NAHUM

YAMANDU RODRIGUEZ

SELECCION DE CUENTOS

Prólogo de
DOMINGO LUIS BORDOLI

Tomo I

MONTEVIDEO
1966

PROLOGO

Hubo un desconocimiento tan mutuo entre Yamandú y los cenáculos literarios y de crítica más reconocida, que no puede hablarse, exactamente, ni de menosprecio u olvido recíprocos. Simplemente, Yamandú no leía a los otros escritores; tampoco leía a los críticos Incluso, no sabemos a ciencia cierta qué era lo que leía Yamandú.

La única vez que creyó necesitar un prólogo para una de sus obras fue en busca de un médico. "Yo nunca —decía al Dr. Alfredo Cáceres— he pedido un prólogo. Esta es la única vez que lo hago, y deseo que sea Ud. quien hable de mis cosas." A decir verdad hay otros libros de Yamandú prologados· el primero de todos, *Aires de Campo* (1913) por Elías Regules; y *Poesías Completas* (1953) por Crisanto Galván. Esto no quiere decir que ambos prólogos hayan sido solicitados por el autor Bien pudieron ser impuestos por ímpetu afectuoso de los respectivos firmantes

Para el Dr Cáceres el pedido de Yamandú no era fácil. "Me disgusta escribir tanto como me complazco en hablar" — nos comentaba "Lo que yo podía hacer era no un estudio literario pero sí un análisis de lo psicológico en la obra de Yamandú" Y preocupándose más del fondo del asunto que del estilo, el Dr. Cáceres redactó unas páginas que siguen siendo la visión más aguda relacionada con el buceo psicológico en el que sirve a maravilla la narrativa de Ya-

mandú. Pero en esas páginas no había puntuación ninguna y el autor pidió permiso para incorporarla al texto Ellas constituyen el prólogo de *Humo de Marlos* (1940) y de *Bichito de Luz* (1944). A la cabeza de este último hemos podido ver la letra grande y firme del escritor en una dedicatoria que dice "Al maestro Alfredo Cáceres con toda mi admiración".

Muy rara vez hablaba Yamandú de libros o de arte. En cierta época corretearon juntos con Felisberto Hernández por localidades del interior. Se ganaban la vida realizando veladas en escuelas y clubes, Felisberto, al piano, y Yamandú como recitador. Era éste, hombre apuesto, sumamente atildado, más alto que mediano y más grueso que delgado. Era también incansablemente ceremonioso, con algo de "caballero antiguo" en su modalidad — nos dijo Cáceres.

No obstante, aunque se movía como pez en el agua dentro de los ambientes más variados y se hacía de amigos en todas partes, era hombre de vivir de noche para ocultarse de día, y de evitar todos los sitios concurridos para moverse sólo en los apartados. En Buenos Aires, era su residencia permanentemente un enigma Sólo el actor Fernando Ochoa — con el que realizó después de 1930 audiciones radiales de sonadísimo éxito cómico — estaba al tanto de sus diferentes paraderos. Poseía este hombre-clave una lista de los amigos con quienes Yamandú no hallaba reparos en entrevistarse

Es probable que su enigma residencial fuese un recurso para proteger su febril, a veces, actividad literaria. Así lo ha visto, por lo menos, el periodista Octavio Ramírez "Trabajador infatigable, Yamandú

nunca, como no sea en las contadísimas veces en que tiene que hacerlo para tratar algo relacionado con sus obras, concurre a un teatro, ni mucho menos todavía a un café o restaurante. Desafecto a ruedas y más a cenáculos, tiene los contados amigos que lo son de muchos años, únicos con los que se vuelca y hasta casi únicos con los que se trata. Vive, generalmente ha vivido desde que está en Buenos Aires, en barrios lejanos, en calles apartadas, laborando silenciosamente sobre las cuartillas durante diez y doce horas diarias, con una escrupulosidad, con una exigencia de la propia producción que le hace escribir seis y ocho veces, y muy lentamente, cada página".

Es sorprendente esta declaración de Ramírez acerca del cuidado que ponía el escritor en la elaboración de sus escritos. No cabe duda que no siempre pudo gozar de esos ocios y cultivar antedichos escrúpulos. Los apuros de dinero no abandonaron nunca a Yamandú, que tampoco conoció oficio o empleo permanente Ellos estaban duplicados por su prodigalidad sin tasa. Gastaba en días cuantiosas sumas — como por ejemplo las que recibió como argumentista cinematográfico — y quedaba sin un vintén, pero satisfecho, por haber podido ayudar a viejos amigos en desgracia. Cabe agregar que éstos le correspondieron siempre con generosidad recíproca Tal modo de ser y la productividad cada vez más urgida no podían evitar altibajos, repeticiones, facilidades y concesiones al gran público de la que su obra total, a veces, se resiente. Mas siendo un escritor profundamente popular, y contento de serlo, lo que hoy vemos como sus flaquezas, pudieron — desde su punto de vista — ser juzgados recursos propios del efecto inmediato que quería producir.

¿Cómo ha sido conocido Yamandú? Para el público más numeroso, Yamandú es el autor del poema dramático "1810". Nosotros, cuando niños, hemos visto esta pieza hasta en los circos, aquellos descoloridos circos de antaño menguados de fieras, que alcanzaban sólo con representaciones teatrales la duración exigida por el espectáculo. En segundo término, Yamandú es conocido como poeta gauchesco. ¿Quién, nacido en el campo, no ha escuchado por lo menos una vez aquella celebérrima "Carga de Arbolito"? Las guitarras populares han sabido poner música al poema. Y ya en el canto o en la recitación, siempre nos ha sonado con una vibración particular aquel final lleno de ciega raza, escrito por quien siempre perteneció al partido colorado:

porque cuando un niño pide
la bendición de sus tatas,
la madre siempre le dice,
esta bienaventuranza
"Hijo que Dios te haga guapo
como Chiquito Saravia"

En tercer término, Yamandú fue conocido por los cuentos que publicaba en las revistas. Sus más jóvenes lectores lo recuerdan, casi todos, por sus colaboraciones en "Leoplán" Los más antiguos por sus colaboraciones en "El Suplemento".

Aunque en "Leoplán" lo leímos en nuestra primera juventud, estábamos entonces lejos de presentir el hermoso efecto que habíamos de hallar en nuestra tardía lectura de sus libros de cuentos

En Montevideo, y desde el año 1940, Yamandú estaba considerado en los cafés y círculos literarios que

conocíamos como un autor nada más que populachero. Si sus versos le habían procurado cierto prestigio, éste no sobrepasaba el de los fogones radiales y recreos criollos, que entonces contaban mucho menos favor que en la actualidad. Su renombre provenía de sus obras teatrales: *1810*, *El Matrero*, *Fraile Aldao*, y su fama era quizás más argentina que uruguaya

Aunque es verdad que estas piezas tienen fuerza, también sabemos que no escapan a lo retórico, a lo declamatorio, a lo sensiblero, a lo truculento.

El cine golpeó mortalmente al teatro comercial Yamandú, por razones personalísimas y que nada tienen que ver con la vanidad literaria, se vio obligado a colaborar en radios y revistas bajo seudónimo; y por aquí se explica que su gran prestigio popular se eclipsara unos diez años antes que su enfermedad lo hundiese para siempre en la más densa noche de la demencia.

Agreguemos que el género de amigos predilecto de Yamandú sólo tenía escasos contactos con lo propiamente literario; y aún no sólo escasos sino equívocos. Eran escribanos, abogados, médicos, hasta un vice-almirante, estancieros, rentistas, y gente del común a reclutarse preferentemente en las parrillerías y canchas de bochas. Todos ellos con nostalgias de sus niñeces camperas, muy aptos para el detalle circunstanciado y el pintoresco pormenor, pero ya no para la experiencia literaria de filtrados rigores. No sorprende entonces que recibiera todo lo bueno y malo que escribió Yamandú con la misma indiscriminada admiración.

En consecuencia, sus fáciles éxitos teatrales, su farragosa narrativa en revistas, su actividad radiotelefónica, su poesía de énfasis y sensibilidad pasados de

moda, sus amigos, en fin, todo esto contribuyó a redondear esa fisonomía del escritor para público fácil.

Y al día siguiente de su muerte los gacetilleros apurados, esos que nada leen pero de todo opinan, caían sobre los despojos recién cubiertos para resepultarlos con menciones de obras que les parecían igualmente difuntas. Asombra, en cambio, que un crítico de la talla de Zum Felde haya pasado una y otra vez sobre la narrativa de Yamandú Rodríguez con una indiferencia muy parecida al desconocimiento. Suyas eran las frases que repetían los gacetilleros de entonces Y si ellas no eran erróneas cuando enfocaban el teatro de Yamandú, se convertían en una enorme irresponsabilidad cuando eran extendidas, por otros, a la valoración de su obra narrativa

Nosotros no recordamos más que un sólo crítico, y es Alberto Lasplaces, que haya llamado la atención, entonces, sobre la injusticia que se estaba cometiendo con la narrativa de este autor Es en la *Antología del Cuento Uruguayo* (1943), al presentar la bellísima narración titulada "Domingo". Y en aquel entonces no era necesario rastrear en una revista u otra para hacerse una idea de la jerarquía del narrador; pues él había ya seleccionado sus cuentos en tres volúmenes *Bichito de Luz*, *Cansancio, y Cimarrones*

Hemos preguntado a su esposa, hermana del poeta Fernán Silva Valdés. ¿Cuáles eran las lecturas de Yamandú, qué libros, qué autores llegaron a ser sus favoritos? La respuesta que pudo darnos es casi por completo vaga. — "Yamandú, mire, leía de todo, cualquier cosa que caía en sus manos. Recuerdo, sin embargo, que cuando se sentía cansado de escribir, lograba entretenerse leyendo novelitas policiales". Mas en aquel recuerdo tuvo su esposa una particular men-

ción de Balzac, a la que fue adicta cuando joven. Con Yamandú, leyeron juntos muchas de sus novelas.

Su narrativa inicióse en la publicación argentina "El Suplemento" Su esposa nos ha contado la rápida y certera manera de trabajar que Yamandú mostraba en ese tiempo. "Toma, llévame este cuento a la revista" — decía a su esposa Pero decía estas palabras mucho antes de haber terminado la narración; a veces, antes de iniciarla La narración no podía exceder un número contado de vocablos. Y el asombro de su compañera ha consistido en comprobar que rara vez el escritor colocaba uno de más o uno de menos

Escrito el cuento, Yamandú se olvidaba de él Jamás se le vio guardar uno solo de sus papeles. Confiaba esto al celo de su compañera Su hijo Luis María nos ha contado que, según referencias del autor Claudio Martínez Paiva, Yamandú extravió en una posada de la provincia de Corrientes una valija. Esta pérdida era sobre todo sensible, a causa de una obra *Vida de Liniers,* que no sabemos si estaba terminada, cuya lectura llevó a decir al autor argentino que Yamandú había alcanzado en ella la culminación de su arte.

Por gentileza de su esposa, hemos podido realizar la lectura de una colección de cuentos, casi todos ellos no recogidos en volumen, que Yamandú publicó en 1925 en "El Suplemento" Era esta una publicación dirigida por Miguel Sanz, y contaba entonces seis años de vida. La colaboración de Yamandú fue doble, con su propio nombre y apellido publicó cuentos como. "Ligadura", "Grano de Pimienta", "De Apuro", "Un Varón", "Perdón"; con el seudónimo de John Moreira, y en el género que la revista llama "detectivesco", inicia otra serie de cuentos siguiendo el modo de Co-

nan Doyle. Es en el número 98 de mediados de abril Elegimos ciertas frases con que la dirección lo ha presentado· "John Moreira no sólo se distingue (de Conan Doyle) por la rara habilidad con que desarrolla sus complicados argumentos sino también por el estudio psicológico, humanizándolos en la justa medida de la realidad. Además todos los cuentos tienen un desenlace inesperado, pero lógico. John Moreira es un hombre de vasta cultura, que ha viajado mucho, recogiendo de las gentes de todas las esferas sociales, una copiosa cantidad de conocimientos. El detective James Warren y el sargento Mac Donald son seres extraídos de la realidad En todos los números "El Suplemento" publicará uno de estos trabajos". El que primero apareció llevaba por título: "Un triunfo periodístico".

También en ese mismo año y en la misma revista se anuncia repetidas veces la aparición de su próximo libro de cuentos *Bichito de Luz,* lo que efectivamente ocurre, editado por P. A. M (Publicaciones Argentinas Mensuales) en setiembre de este mismo año 1925 En esos anuncios, la revista procura concitar la atención de los lectores sobre el autor con el cebo de las siguientes cualidades: conocimiento profundo del léxico de los nativos, novedad de los argumentos, precisión y justeza en los asuntos que toca, encanto. Talento múltiple visible en sus producciones· sentimentales, apasionadas, trágicas, de costumbres, irónicas, de profunda amargura, de cautivante dulzura, o de factura eminentemente cómica. En el afán de colocar el libro cuanto antes, la dirección no vacila en agregar la incitación de esta frase que sólo cuenta como mérito la posibilidad, para siempre perdida, de no haber sido jamás formulada· "Bien se ha dicho

de Yamandú Rodríguez que es el tirano del lector y de sus auditorios: achica o agranda a capricho el corazón de quien lo lee o escucha". Cabe agregar que ese epígrafe, inalterablemente repetido y con frecuencia varia sobre las narraciones que iba publicando Yamandú, es una muestra irremplazable de comatosa propaganda comercial. Empieza diciendo: "Esta empresa correspondiendo al pedido de innumerables lectores" (...). Vienen luego las cualidades de Yamandú que hemos citado De inmediato, la apoteosis dictaminada por los "innumerables" acaba en un "haremos un tiraje reducido"; y todas las dudas de la Dirección en cuanto al poder magnético de este "tirano del lector" no han podido ser conjuradas, porque de inmediato agrega: "supeditado a los pedidos que nos sean formulados"

Dejando aparte estos pintoresquismos de época, cabe consignar los gustos de la misma, en lo que a público corriente se refiere El lector de cuentos camperos reclama al autor, en primer término: un conocimiento profundo del lenguaje dialectal, luego, novedad y sorpresa en los argumentos, sin que ambas se aparten mucho de lo natural y lógico. El tema podía variar desde lo trágico a lo costumbrístico, el tono desde lo sentimental a lo cómico Yamandú ha cumplido perfectamente con estas exigencias

En 1934 aparece "Leoplan", magazine popular argentino dirigido por Ramón Sopena Y al año siguiente en su número 19 puede leerse en la carátula "Yamandú Rodríguez el famoso poeta del cuento gaucho inicia su colaboración exclusiva con el relato titulado "Don Lauro". La presentación de éste muestra en su página inicial una foto-carnet del escritor y

léese debajo que la propiedad exclusiva de sus cuentos pertenecen a "Leoplán" y "Maribel".

Habiendo publicado todos sus libros de cuentos en Buenos Aires cabe recordar los más significativos hombres de letras que rivalizan con él en dichas empresas editoriales. En 1925, en P. A. M. fueron Marcelo Peyret y Héctor Pedro Blomberg. En 1933, en librerías Anaconda Roberto J. Payró y Benito Lynch

En estos conmovedores combates por dar cada uno lo mejor de sí mismo, las muchas cuerdas emocionales que pulsó Yamandú lo convirtieron siempre en un competidor tan exitoso como altamente estimable Por el misterio de gran parte de su vida y por el silencio permanente en que soterró sus opiniones literarias, no podemos saber en qué grado de estima tenía Yamandú a sus colegas, como tampoco la opinión de éstos sobre él Pero eran todos narradores consagrados a un vasto público, sometidos a una producción sin tregua; y nosotros nos hemos dado cuenta que sólo escritores sin lectores son los que se entregan a teorizaciones sin término, y a mutuas, crueles denigraciones.

El hecho asombroso es que Yamandú no cambió nunca ni su manera de escribir, ni su arte de la composición, ni sus temas, ni su tendencia a expresarse en varios géneros literarios. Pareció formado ya desde el comienzo. El poeta de 1913 *(Aires de Campo)*, si bien con largos intervalos continúa hasta 1953 *(Poesías Completas)*. El dramaturgo de 1919 *(1810)* es el mismo que veremos en 1935 *(Fraile Aldao)*; las narraciones policiales de John Moreira (1925) se continúan lo menos — según nuestra comprobación — hasta 1939 en Leoplán. Los cuentos gauchescos aparecidos en 1925 *(Bichito de Luz)* siguen

multiplicándose fieles a su primera modalidad hasta 1944 *(Humo de Marlos)*, y los primeros son reproducidos ese mismo año sin que el autor haya sentido la necesidad de imponerles una sola variante. ¿Es que no había voluntad de perfeccionamiento en Yamandú? ¿Era vanidad, incuria, o imposibilidad de cambio lo que le llevó a este aparente fijismo?

Ciertos lectores han sido despistados por una particularidad de estilo que aparece en Yamandú, pero con mucho menos frecuencia de la que han supuesto. Bien es cierto, esta característica no lo favorece. Consiste en florear el estilo, pero no desde dentro, sino desde fuera. En cada frase una metáfora. Alguna que otra se salva. Pero el conjunto de ellas nos deja la impresión de un voluntarioso, casi decretado barnizamiento Por ejemplo: "La carpeta había sido verde, ahora estaba madura. En la puerta, la lluvia golpea. Quiere entrar a distraerse. (.) El plato del coimero es una pupila. Un brocal abierto en el tapete verde. De tanto en tanto aquel pozo recibe un disco de plata, la coima, lunas pequeñas. Hostias para las comuniones del "Santero". (...) Ellos están aislados, a salvo de tormentas, en la isla verde de dos varas por dos, bajo la guardia del candil, faro amigo". Estas frases pertenecen no obstante a un cuento muy intenso y memorable, "El Monte".

En breve juicio, Serafín García subraya ese defecto: "es un cuentista eminentemente popular, diestro en el manejo de la intriga y rumboso en la metáfora, de la que suele, empero, abusar, volviéndola de esa manera contraproducente". *(Panorama del cuento nativista en el Uruguay*, 1943). Dicha tendencia se explica por la época. En Europa las escuelas vanguardistas buscaban una poesía que valiese sobre todo por

2

la puntería y sorpresa de las imágenes. Un íntimo de Yamandú, Silva Valdés, coincidía con esa intención "Se habla mucho de *Ultraísmo*, escuela a base de imágenes *nuevas, inéditas, creadas* y me digo. *yo también estoy en esto, pero estas imágenes las estoy aplicando a lo autóctono*". ("Autobiografía", Rev Nacional, Nº 194)

Sin embargo, si bien Yamandú excedióse en el empleo de la metáfora en ciertas ocasiones, es ese tipo de búsqueda por el exclusivo camino de la imaginación el que le ha permitido alcanzar sus más grandes logros. En la elaboración de la intriga, en la selección o invención de dichos y refranes, o ya en la observación de personajes, situaciones y escenarios, lo que procura Yamandú es el hallazgo de una relación impensada, nueva, que brote de golpe y una vez aparecida, nos convenza a todos que estaba allí como esperándonos, dado que esa relacion por él descubierta posee el aire de lo verdadero, de lo existente, aunque no sea muy familiar o común.

Ejemplificaremos espigando en las narraciones de "El Suplemento" que el autor no recogiera en volumen. Nuestro propósito es mostrar el acierto de la imagen:

En el cuento "Tahures" alguien está reflexionando sobre los mozos de cierta familia, y dice esta expresión que parece un refrán "Los varones, sin excepción, eran como leña verde: duros pa' dar calor y prontos pa' hacer llorar".

Veámoslo ahora en la observación En el cuento "Desgracia": "El pulpero rió y la cara se le llenó de arrugas. — Pero Don Casio, la risa en su cara es como una pedrada en un vidrio"

La ternura femenina está representada así. "Todo

mi perfume cabe en un gajo e malvón". ("La hombrada") Pero sabe el autor detenerse a tiempo en este obligatorio arrime a la sensiblería.

Un viejo chacarero cargado de hijos, se ve a sí mismo de este modo: "Soy sigún los ombuses; cuanti más caido más broto!" ("Terrones").

He aquí nuevamente la observación sagaz y fina "En la sartén flotan como lotos las tortas fritas". Y en el mismo cuento, esta categórica afirmación de antañona hidalguía: "Don Pablo Delfino no puede menos de estar conmigo. Es un criollo a la antigua, hombre de bien, de los que firmaban con una cruz y se hacían enterrar debajo para cumplir su palabra" ("Los Pobres de Casamouret").

Ejemplos parecidos encontrará el lector muy a menudo en nuestra antología. Esta imaginación de Yamandú está hecha, en primer término, de humor, y luego, de experiencia vivida, observación y gracia poética.

Pasamos ahora a otro aspecto importante. su técnica de la composición Dice Serafín García en la obra ya citada: "Narrador más ameno que profundo, sus relatos se caracterizan por la gran habilidad técnica con que están construidos". Ya discutiremos eso de "más ameno que profundo". Vayamos al arte de componer. Basta que el lector empiece a leer la primera página de un cuento de Yamandú. Al cabo de ella, está atrapado. No vamos a exagerar llamándolo "tirano del lector" como en "El Suplemento". Empieza el cuento mostrándonos un personaje Emplea frases cortas. Y a veces, cortadas. Detalle a detalle. Es el procedimiento de la acumulación. Muy a menudo el cuento empieza con un diálogo Suéltase una primera pregunta o una exclamación. De inmediato se hace la

pintura de quien la dice. Pintura premiosa. Acumulación acezada. El autor busca apretar tiempo, espacio, vida. En cualquier sitio de esa primera página brotó un chiste, una ternura, una soledad, un rasgo bien visto del paisaje o de un diálogo. El lector que había sido empujado por el movimiento del estilo, halla después el detalle que le atrae y le sumerge en la narración. Los personajes seguidamente van adquiriendo corpulencia, pero sin ser inmovilizados; siempre actuando, en su mundo exterior o interior. Aun más que en la composición de los personajes descuella Yamandú en la tensión que sabe imprimir a las situaciones. Es ésta una tensión que siempre crece. No hay cuento de Yamandú que no presente una escena principal Posteriormente, el desenlace suele ser con frecuencia sorpresivo Pero no es una sorpresa abrupta, intrusa, como las que pueden hallarse en muchos cuentos de Quiroga. En Yamandú, la sorpresa final con que ciérrase el cuento gusta venir de un fondo casi siempre recóndito del corazón humano. Son, por ejemplo, fulguraciones solitarias, excesivas pero verosímiles, del coraje, el rencor, el fraude, la maldad, la crueldad.

El mundo lento de los personajes que en los cuentos muéstranse como "víctimas", son los que suministran la ambientación emotiva: ancianos, animales, niños, mujeres solitarias, infelices "desclasados". Pero asimismo y con frecuencia suele presentar falsas "víctimas", las que se revelan como tales en la sorpresa del desenlace.

Sin duda, Yamandú extrema sus personajes. Pero esta tendencia a la exageración logra hacer verosímil lo inverosímil. De ahí que sus cuentos se fijen nítidos en la memoria del lector, y que ciertas situaciones

permanezcan inolvidables. Y ahora ha llegado el momento de repensar la frase de Serafín García: "Narrador más ameno que profundo". Nosotros corregiríamos así. narrador tan ameno como profundo. Hay en él un extremar o inventar en el mismo sentido que la vida inventa, aunque todo suceda nada más que en el plano de la imaginación o del sueño. En su prólogo a *Bichito de Luz* el Dr. Cáceres ha querido destacar la importancia que cobra en los relatos de Yamandú Rodríguez esta realidad oculta, imprecisa, incontenible del subconsciente, y que se expresa en automatismos, movimientos reprimidos, reacciones inesperadas. Todo ello aparece, o mejor, se oculta, como base de la anécdota. Acríticas, alógicas, estas realidades ocultas, como una penumbra invasora comienzan a ocupar la vida diaria de un hombre, hasta que se ponen totalmente de relieve en un hecho absurdo. Y este hecho puede ser visto como un símbolo: es decir, un signo visible de un mundo invisible. El narrador, por supuesto, no se apoya en fórmulas ni en leyes, sino que lo confía todo a la potencia de su adivinación.

Analizados su estilo y su técnica, cabe ahora recordar sus temas En dos de ellos, a nuestro ver, sobresale· En la narración de guerra y en el asunto humorístico.

Yamandú nos presenta el mundo del coraje criollo en sus cuatro libros de cuentos, y nos lo hace sentir profundamente. No exageramos al afirmar que de esos relatos se desprende un verdadero aliento de epopeya. Pero estamos seguros que los que no conocen más que su teatro, se han de equivocar de medio a medio si suponen verlo del mismo modo en las narraciones. Aquí desaparece todo aquello que de gran-

dilocuente, oratorio y teatral vemos, por ejemplo, en una obra como *1810* El mundo del coraje, en los cuentos aparece vivido por criollos pobres, casi todos "redondos como galletas", según la expresión de uno de ellos Gente que sabe que el coraje puede estar o no estar, aparecer o eclipsarse de golpe; que nadie lo posee realmente en propiedad, sino que es asistido o desamparado por él y que, por lo tanto, el coraje no es nunca en nadie "una cosa pareja" Los que son parejos sí son los sufrimientos: el cabalgar días y días bajo una lluvia interminable, dejándose caer sobre el mismo barro o sobre las caronas empapadas O los heridos que se enfrían en el piso de la carreta, golpeándose contra sus tablas Todos estos combatientes se conocen. Son los del pago que se han ido a la guerra El capitán de la escuadra ha salido de entre ellos y les llama "hijos". Suelen ser héroes, pero sin saberlo, más preocupados de quedar bien con el pago que con la causa Si la divisa los enardece, no es por lo que significa, sino por un mundo de recuerdos familiares que ella suscita siempre Van a la guerra porque ésta es para ellos la única manera de ser hombre· conocer el riesgo. Es como domar un potro o jugarse en duelo criollo. Y no conocen el odio, como no conocen de verdad ni la "causa" ni la "patria". No son para ellos tales abstracciones Ellos sólo conocen personas, experiencias vividas, casos reales ¿Y en cuánto a la gloria? Saben que ésta es sólo para los que tienen galones. El paisano redondo se conforma con probarse que es guapo, y esto únicamente pueden saberlo sus tres o cuatro compañeros de pago. Así también sus sufrimientos.

En nuestra literatura solemos buscar el sentimiento del mundo heroico en las novelas de Acevedo Díaz.

Cuando pasamos a las narraciones guerreras de Yamandú vemos un mundo mucho más real Acevedo no nos convence del todo en cuanto a su conocimiento de la realidad campesina que evoca Busca hacerse el Homero y piensa siempre románticamente en el heroísmo de una sola pieza· en el hombre-bólido. En las narraciones de Yamandú el hombre está lejos de ser un poseído. No se acuerda jamás de su estatua. Y si es prisionero del ímpetu ciego, lo es asimismo del miedo y el dolor Es lo verdadero de la guerra, vivida por aquéllos que siempre la pierden los gauchos pobres.

El otro tema en que descuella Yamandú aparece en narraciones de tono humorístico. Dejando aparte su personaje radial don Bildigerno, cuentos como "Por el catre", "Las cosas de Mateo", "Cansancio", y aquéllos en que interviene el personaje Primitivo Larriera son expresiones inolvidables de humorismo criollo.

Don Primitivo es un personaje impagable En los cuentos. "El invitado de Larriera", "Manso", "El pariente de Larriera", "La viudez de Larriera", "Pirincho". "El triunfo de Larriera", se va consolidando esta figura de hombre maduro, crédulo a veces, suspicaz en otras, guapo en las patriadas, generoso y pueril. Amador del pasado, viudo, guapetón en amores, este estanciero viejo lleva una vida lenta, solitaria, aunque es, sin embargo, muy viva su curiosidad por la gente Respetado por todos, aunque también a veces engañado, este contradictorio y verosímil personaje resulta cómico tanto por sus candideces y puerilidades como por sus picardías A veces también, por sus convicciones a favor del hombre, que la realidad desmiente. Es lástima que Yamandú no lo hubiese representado en un mayor número de cuentos. Con todo.

permanece como el personaje más cómico de nuestra narrativa.

Al tema guerrero y humorístico debe agregarse, finalmente, los cuentos con tema sentimental. La ternura de Yamandú es punzante alimentada a cada paso por un culto al detalle casi imperceptible pero palpitante, que muestra a las claras su capacidad para sentir lo doloroso.

* * *

En conclusión, diríamos que la obra de Yamandú es como una "Summa" del saber narrativo y poético de nuestra literatura campera Tesoro inapreciable del habla criolla, pulsador de las más variadas cuerdas, habilísimo en la composición, rastreador astuto y audaz de las reacciones psicológicas más extrañas, hay, con todas estas excelencias, algo que no nos entrega con certeza la producción de Yamandú. Es lo que podríamos llamar una misma raíz segura y profunda Mucho valen su habilidad, su observación y su ternura, ¿pero por qué sus cuentos no nos dejan esa emoción de fuerza y de verdad que sentimos, por ejemplo, en *Crónica de Muniz*, ese peso sombrío y felino de los cuentos de *Campo*, o esa mordiente y lenta succión pasional de *Raza Ciega* Asimismo, mucho mundo ha corrido Yamandú, pero no nos convence frente a la experiencia de saber y sabor que muestra por ejemplo, el mundo chico de Morosoli. Y aun su humorismo, nos parece un tanto aprendido en los teatros, cuando lo comparamos con el de Da Rosa, que tiene frescor de trébol y fuerza de campo potro

Con todo, mucho hay que aprender de él, y tiene su puesto entre los mejores, en esta década de oro

de la narrativa nacional que va desde 1920-1930 En ella publican sus mejores obras Horacio Quiroga, Carlos Reyles, Zavala Muniz, Enrique Amorím, Francisco Espínola, Montiel Ballesteros y Víctor Dotti. También en ella Javier de Viana publica sus últimos libros, y son las tendencias de este decenio las que se contiúnan en Morosoli y Dosetti y, actualmente, en Da Rosa.

* * *

—¿Por qué se le da tan poca importancia, hoy, a Yamandú? Yo no me lo explico — así conversaba Felisberto Hernandez no hace mucho tiempo con el Dr Cáceres. Siempre estimó Felisberto profundamente la obra de Yamandú. Pero esta admiración no era recíproca. Yamandú no sabía qué opinar de la producción de su amigo· ¿Ud entiende, doctor, esas cosas que escribe Felisberto? — así se franqueaba con Cáceres.

Nos ha contado éste la última época del narrador. Se habían reunido una noche en "La Liguria" junto a aquel simpático y buenazo Angelito Facal. Yamandú ya estaba raro, perdido para siempre. Hablaba, sin cesar, de un viaje a España, que suponía urgentísimo Nadie entendía la razón de su prisa

La enfermedad mostró sus primeros síntomas — según nos ha contado su hijo Luis María — en una estancia de la provincia de Entre Ríos Había ido a descansar una temporada con un estanciero amigo.

Según dato de su esposa, se hizo una comunicación radial desde la Argentina para enterar a sus familiares Viajaron su hija y su hermano Zapicán. Mas al encontrarse con Yamandu en Buenos Aires, lo vieron

repuesto de éste su primer ataque, y hasta tomando whisky.

A poco, recayó. Cuando viajaba hacia Montevideo se hospedaba en hoteles. "Para no molestar" — decía La última vez, una de sus hermanas, engañándole, lo internó en Colonia Etchepare Vivió allí cuatro o cinco años. Su hijo solía ir a visitarlo, pero Yamandú ya no reconocía. No hacía otra cosa que pedir a uno y a otro cigarrillos, aunque paquetes de los mismos rebosaban su mesita Un dia en que fue a visitarlo su esposa él le dijo que era Manrique La descalcificación le hacía sufrir atrozmente. Y cosa curiosa era otro demente — un árabe — quien prodigaba a Yamandú los más solícitos cuidados, a punto tal que éste sólo permitía ser asistido y conducido a su lecho por aquél.

Murió en la madrugada de un 14 de marzo. Cuando llegó su hijo con el sacerdote, Yamandú juntó sus manos como en intención de orar Su último gesto nos conmueve: empezó a triturar y a querer engullir el cigarrillo que tenía en la boca.

DOMINGO LUIS BORDOLI

YAMANDU RODRIGUEZ

Nació en Montevideo el 25 de agosto de 1889, hijo del coronel Ventura Rodríguez y de Adelina Taborda Giralt. Cumple sus primeros estudios en su ciudad natal, iniciándose luego en la literatura. Obtiene el primer premio en el concurso organizado por el diario "La Razón" de Montevideo, con su poesía "Raza gaucha". Edita su primer libro *Aires de campo*, Mont., 1913, dedicándose más tarde al teatro. Estrena con gran éxito en Montevideo el poema dramático *1810* que publica luego en 1919, dando a conocer más tarde en el "Teatro Nacional" de Buenos Aires el poema dramático *El matrero*, que inspirará al maestro Boero la ópera del mismo nombre. Asimismo estrena varias obras dramáticas: *Renacentista, El milagro, El demonio de los Andes, Fraile Aldao, La lanza rota, Los cachorros, Juan sin tierra* y *Tata Ceibo*.

Publica además, en las más difundidas revistas rioplatenses, cuentos que recogera luego en varios volumenes: *Bichito de luz*, B. A., 1925, *Cansancio*, B. A., 1927, *Cimarrones*, B. A., 1933 y *Humo de marlos*, B. A., 1940. Finalmente, edita en Buenos Aires *Los Kennedy* o *El Mensaje a la juventud*.

Aquejado por una larga y grave dolencia, falleció en Montevideo el 14 de marzo de 1957.

CRITERIO DE LA EDICION

Los textos que integran la presente *Selección de cuentos*, provienen de *Bichito de luz*, 4ª ed , Buenos Aires, Sociedad Impresora Americana, 1944, de *Cansancio*, Buenos Aires, Talleres de la "Federacion Grafica", 1927, de *Cimarrones*, Buenos Aires, Lib Anaconda, 1933 y de *Humo de marlos*, 2ª ed., Buenos Aires, Sociedad Impresora Americana, 1944 Al final se agregan dos cuentos "El triunfo de Larriera" y "Los pobres de Casamouret", extraídos de la revista bonaerense "El Suplemento"

Sobre dichos textos, que se han revisado también con las primeras ediciones en el caso de *Bichito de luz* y de *Humo de marlos*, solamente se han cambiado los criterios de acentuación, de conformidad con las nuevas normas de la Academia Española

J P B y B N

SELECCION DE CUENTOS



De "BICHITO DE LUZ"

BICHITO DE LUZ

¿Cómo se llama? Nadie lo sabe. Ni siquiera él mismo. Como es ciego desde hace muchos años, entre todo lo olvidado, se le destiñó el apelativo. En los boliches del pago le apodan "Truco"; quizá porque el viejo canta en "seco" cuartetas obscenas, de esas que aprenden los loros. En la estancia "El Mojinete", de la viuda de Olmos, le dicen "Bichito de Luz". Ningún sarcasmo encierra el mote. La peonada no veía al ciego, sino su cigarro encendido en la noche Cuando el mendigo avanzaba por el camino, sentían palpitar el pucho. Luego, en el patio, mientras llevábanle un churrasco, "Truco" seguía con aquella luciérnaga en los labios Pitaba desde lejos, callado, inmóvil, con esa quietud de estatua tan común en los ciegos.

—¿No te ricuerda un bichito e luz, Jacinto?

—Clavao — repuso el hijo de la viuda.

Y con agua caliente, en la rueda de la cocina, lo bautizaron.

"Bichito e Luz" es un viejo tímido. Serio ante un churrasco, jovial ante una caña. En el patio de aquella estancia, acampa con la noche Le llevan de comer y masca. Digiere y se duerme sentado. El silencio lo despeja y el cigarro se achica, mientras su memoria se alarga.

—¿Usté no duerme, ciego?

—Sesteo — responde al curioso

—"Truco" ama primero su perra, después el tabaco, después la noche.

Siempre tiene hambre. A veces, sueño. Nunca curiosidad.

Aprovecha la luz del mediodía para echarse a dormir de cara al sol. Vela en la alta noche. Despierta, por la dicha de sentirse igual que los demás

—Aura todos vemos parejo — le explica a su perra. Cuando empieza a beber, amanece. La ginebra es su lazarillo hacia la juventud. Achispado, parece recobrar la vista. Cada relato es un cuadro. La paleta de su memoria colorea sus cuentos. Al detallar el paisaje, mueve los ojos sin luz, en dirección del árbol o del cerro. Todos sus episodios sucedieron en días de sol, a la hora de la siesta, entre ramajes dorados o flechillales rubios. Renunciaba a sus inviernos. "Truco" no veía cosas, sino gamas. detalló tonos, salpicó de flores el yuyal y de cambiantes verdes el arroyo. En aquellos parajes, el viejo, borracho de color y de ginebra, pasó la mocedad cribando pumas que lo araban en el pechazo. Si le servían una copa más, empezaba a ver rojo en su alboreo y entonces, "Truco" era voluntario en la "carchada", le pisaba las paletas a un herido y, facón en mano, le "campiaba el cogote" hasta encontrarle la "olla" que hervía sangre a borbotones

Al relatar el deguello reía siempre, mostrando los colmillos gastados y amarillentos. Manaba sangre fría. Pónese triste, nada más que cuando acaricia a su perra, a la cual llama "Vida".

Quiere a la perra, porque mira por aquellos ojos que van delante de él a cuatro pasos, sujetos por un tiento crudo, que hace de nervio óptico. Es una "Vida" miserable, de rabo largo inexpresivo, hocico quemado en los tizones y pelaje gris. "Truco" la siente de color chocolate color camino dulce. El animalucho

tiene sangre de cazador y de ovejera. Su flacura la acerca al padre. Le cuelga en flecos el vestido y le sobran varillas al corsé de su costillar. Vagan en yunta, el ciego medio desnudo por la miseria, la perra medio desnuda por la sarna. Buscan mendrugos y suelen encontrar terronazos. Reparten ambas cosas. Jamás discuten. El ciego transa siempre. Sabe que la "Vida" tiene larga nariz para ventear chamusquinas y conoce el camino más corto para llegar a un hueso. Duermen en cualquier camino. "Truco" no necesita cerrar los párpados. La perra tampoco, pues no le alcanza el tiempo para rascarse desesperadamente. Algunas veces, el tiento cruje; es que el lazarillo olfatea una carniza y es preciso llegar a la osamenta y dejar a la "amiga" pelear con los caranchos y sentirla comer. El ciego espera entre el hedor espeso, mientras una nube de moscas verdes le salpica las barbas. Y aspirando olor a "dijunto" ríe en silencio, como la osamenta, mostrándose los dientes sin poder verse ninguno de los dos.

Este atardecer, caminan hacia donde la perra quiere llegar. El sol rasante da en las pupilas de "Truco". El ciego avanza de cara al rastro. Por el camino se ve, casi únicamente, el rostro del mendigo. Es feo y bello, sin embargo. La ceguera es tristemente hermosa. "Truco" luce un chiripá de lona con ribetes de grasa, una camisa acuchillada, quiza de algún "conquistador" y remiendos de piel No se acuerda de haber gastado sombrero El sol le hace bien como a los viejos. La lluvia le hace bien como a los bustos. En la cintura lleva un cuchillo sin vaina. Cuando no tiene que comer, lo afila, mientras su perra observa, bostezando, la maniobra.

—¿Pa qué te apurás?

Esta vez la "Vida" tampoco contesta. Ella puede tener querencia; "Truco" no. El ciego no vive en ningún pago. ¿Acaso es pago el camino? Cuando salen, no es a cosechar hambre, es a curarla o a distraerla. En cualquier sitio el campo los recibe con los brazos abiertos. El cielo les presta un pedazo de su poncho agujereado y las taperas un ala caída.

—¿Vas pa la estancia?

Como la perra no le saca de curiosidad, el ciego se arrima al alambrado, palpa un poste, nota que es de hierro y sabe que la estancia está cerca Vuelve al trillo por respeto al cardal y avanza. Ahora la perra se detiene. En seguida se enreda en las piernas del anciano y así permanecen los dos, inmóviles, temerosos, uno apoyado en el otro, cambiándose insectos.

Oyen las sordas pisadas de un caballo. Tintinean metales. Un jinete se acerca y detiene la marcha.

—¿Ande vas, "Bichito e'luz"?

—¿Quién sos, niño? — pregunta el ciego, sin apartar sus ojos del sol.

—Muchas ocasiones te he preguntao si querías comer. Aguardaba que me reconocieses... Soy el hijo e'la viuda.

—Mesmo. Sos el niño Jacinto Aura te veo clarito la voz Disculpame. Pa tu estancia diba...

—Yo vengo de allá. .

—¿Cenaron?

—Estaban pa sentarse a comer.

Jacinto Olmos es un paisano de veinte años Le conocen ocioso, vehemente y bueno. Mientras dialogan, observa con asco a la perra. Siente compasión por el miserable animal. La enfermedad se extiende desde los párpados hasta la cola, en una serie de lamparones rojos y negros. Camina enredándose en el vellón. Sobre sus llagas pasa el sol y la perra lo muerde.

—"Bichito e'luz", ¿tenés tabaco?

—Muy poco, niño.

Jacinto saca de sus maletas un paquete de "picadura".

—Aquí tenés pa pitar toda una noche.

El ciego toma el regalo y lo guarda en silencio.

—Ya se dentró, Jacinto.

—¿Qué?

—El sol...

—¿Cómo sabés?

—Mi perra no se rasca tanto —repuso el mendigo — Es malo mesmo el sol...

El estanciero, lleno de compasión por aquella pústula, protestó:

—Ciego, es una herejía dejar vivir a un bicho ansina.

Rió en silencio el mendigo

—El hombre ha de ser gueno, che. Y en el ser gueno dentra matar a lo que sufre sin compostura Yo miro a ese animal y siento el deber de darle un tiro en la cabeza. Es mucho castigo la sarna —continúa Jacinto — Vos te ráis Pero la perra se muerde como ganosa de dirse comiendo pa salir de este mundo. Ya se ha sacao el poncho e'pelos... Poco le falta pa quitarse el de cuero, el pellejo. Bien se conoce que no podés verla. Tiene los ojos como dos botones ensebaos. . Dentro e'poco se quedará ciega también ..

Temblaba el mendigo.

—¿Qué te parece, viejo, si la despeno?

Por toda respuesta "Truco" le devolvió el paquete de tabaco.

—No lo quiero, niño. .

—Guardálo

Jacinto Olmos empuñó su revólver. La perra dio un paso hacia él. Le apuntó a la cabeza.

—Es una guena acción — dijo.

—¿Cuála, niño?

—Esta.

Sonó el disparo. El ciego rió de la broma. En seguida nota que su perra no tira de él, no lo cincha Luego siente temblar el tiento en su mano Palidece. Se arrodilla. Toca la cabeza del animal. Algo tibio, viscoso le corre por los dedos. Y lanza un grito. Uno solo. Aquel ¡ay!, agudo, duele a Jacinto Olmos "Truco" vuelve su rostro hacia el estanciero.

—Aura sí que estoy ciego... niño —le dice.— Ya está. .

El paisano, deja de tutear al miserable.

—Yo le daré otro perro, aguelo. Serénese. Crea que acabo de hacer un bien

—¡Ya no se dir pa ningún lao!. . Aurita el niño Jacinto concluyó de atarme a la estaca e'mi perra .. ¡me manió a un "muerto".

Continúa arrodillado en medio del camino. La noche sale de él y se acuesta sobre el paisaje. El caritativo paisano casi está arrepentido de su bondad.

—Viejo —dice— no se desespere por tan poco Levantesé. Yo via'hacerle de perro ¿oye? Dea dos pasos pa este lao...

"Bichito de luz" avanza, arrastrando ahora a su perra. Es un saldo de cuenta. Siempre a distancia, por mandato del asco, Jacinto lo dirige.

—Cuerpéele por la izquierda a ese cardo...

—No me hace daño — responde el ciego, mientras pisa las espinas y revienta alcachofas. El chiripá se cuaja de pompones

—Adelante, viejo... Ya está a un paso de mi alambrao. Toqueló dispacio que el primer hilo es de púas...

—¡No me hacen nada!

—Gueno, aura siga esa línea a mano derecha. La primer portera es la de mi casa. Dentre y diga que yo lo mando; con eso le dan de comer . No se dimore que ha cáido la noche.

Jacinto cerró piernas.

El ciego permanece quieto hasta que se siente solo. Tírase sobre los yuyos Atrae a su perra y la hamaca en las rodillas. A pesar de tocarlo, encuentra bello al animal amigo. Ahora, como se ha quedado quieto, está frío y le enfría las manos. Por el camino pasan algunos caballeros sin ver al ciego procaz. "Truco", nota que "Vida" se pone rígida y, sin dejar de acunarla, le canta en voz queda, versos indecentes: Los únicos que él sabe Empiezan a encenderse candiles. Se apagan los ruidos. Hasta los postes bajan lechuzones cabezudos y ojerosos. El mendigo canta... Ahora saca el cuchillo, tantea el campo en busca de una piedra, la encuentra y se entretiene en afilar su acero. Ríe. Lo primero que corta es su canto. Es inútil que las corujas le guiñen picarescas. "Truco", de tanto en tanto, cerciórase que la perra no se le ha ido y torna a su tarea

—Vamos, haragana — dice a la sarnosa.

Se incorpora de cabeza gacha, con miedo de quemarse la melena en las estrellas, guarda su arma, toma la perra en brazos y se pone en camino. Le atrae la estancia del criollo compasivo que le cerró por segunda vez los ojos A pesar del ribete costroso, "Truco" veía por su perra. Ahora, tropieza No pierde arbusto espinoso. Cae Natural, esta ciego. Ya el tiento crudo no le previene contra los pozos, ni las "uñas de gato", ni el ortigal. Ahora el sarnoso es él. Le arde

la epidermis. Va dejando girones de su ropa en los ramajes, en el alambrado de púas ..

—Soy yo el que tiene sarna — murmura.

Abrió la portera. Cerca del patio le avanzó la perrada Alguien, desde el galpón, espantó los canes.

—Allegate, "Bichito e'luz" —gritaron.— Pero no dentrés .

—¿Quién sos?

—Soy el indio Pérez, el sereno.

—Me mandó el niño Jacinto — explicó el ciego.

—Te viá trair unos guesos. .

—No quiero comer...

El ciego rió.

—¿Qué traés en brazos, un gurí?

Tanteando dio con el tronco del árbol donde solía sentarse a mascar. Puso el cadáver de la perra junto a él y tomó asiento

—Indio Pérez, tengo sé

Bebió en una guampa, mojando la camisa y su pecho velludo.

—Gueno, ciego, aura pa encoger la noche, cuente alguna mentira de esas con bastante sangre que usté sabe...

—No las ricuerdo..

—Entonces, bajito, cante agatas, pa que no lo óiga la viuda, algún verso zafao .

"Truco" apoya su diestra en la cabeza de la perra. Con ese mismo frío, se pone a cantar. El verso es de taberna; pero el ritmo de cuna. Termina una estrofa y empieza otra y otra, hasta que el propio Pérez le hace callar.

—Hoy cantás muy feo... te falta sentimiento. .

—Se me murió mi perra...

—¿Le llegó la sarna a los sesos? — preguntó en broma el indio Pérez.

—No Fue la compasión del niño Jacinto que le dentró en los sesos ..

—¿Y de eso te ráis? Ya hace tiempo que el bichito venía pidiendo un tiro ..

El indio se marchó hacia los galpones. "Truco" enciende su luciérnaga El relente le hace llorar. De los ranchos llegan ronquidos, del pesebre, el sordo rumiar vacuno. El indio Pérez camina y se aleja Los perros barajan la luna y se la pasan de ladrido en ladrido. El "bichito de luz" quiere entrarse en la boca de "Truco". Con un pucho enciende otro cigarro Así espera buen rato Oye que alguien abre el portillo del camino

Un jinete se acerca, el viejo lo siente crecer. Ahora el recién llegado desmonta

—¿No dormís, "Bichito e'luz"?

—¿Es usté, niño Jacinto?

—¿Te dieron de comer?

—Sí.

—Tiráte a descansar por ahí. Mañana vamos a aliviar tu miseria..

El ciego no respondió

—Hasta mañana, aguelo ..

"Truco" rió en la sombra Después vivió para oír al niño Olmos Le contó los pasos Sintió que abría una puerta Sonrió oyéndole silbar una "guella" Golpeaba el yesquero. A pesar de la distancia, el mendigo oyó que el estanciero le daba cuerda a su reloj En su dormitorio, Jacinto fuma Rato después sopla el candil. En seguida cruje la cama El ciego ya no fuma: entre sus dedos apaga el cigarro. Se ha borrado. Espera, inmóvil, cinco minutos, diez, media

hora. Ahora, entre cien sonidos confusos, llega hasta su instinto el opaco roncar del niño Olmos Entonces, carga con el cuerpo de la perra y a tientas, paso a paso se encamina hacia el rancho. Lo conduce el ronquido. Acaricia los terrones, se corre por ellos a todo el largo de la pared. De pronto no toca más que el vacío de la puerta. Se agacha. Escucha Jacinto duerme. Arrastrándose, avanza. Deja la perra en el suelo, junto a la cama. Después, lentamente, saca de la cintura el filoso cuchillo. Mientras lo empuña en la diestra, hace avanzar su otra mano hacia la cabeza del dormido. Por fin consigue tocar los cabellos de Jacinto Olmos. Quizá éste sintió el roce, pues cambió de posición. Contenido el aliento, inmóvil en absoluto, el ciego espera...

Por el patio cruza el "sereno". "Truco" sigue todos sus pasos Lo "ve" llegar al tronco caído. Quizá Pérez le busca para que cante. Más tarde, el peón se acerca al dormitorio del niño Jacinto. "Truco" siente el latir de su corazón asustado. El indio oye roncar en la oscuridad y termina por alejarse

Entonces el mendigo vuelve a su tarea. Busca, sin ruido, los párpados del mozo bueno que le mató su perra. Quiere cortarle de un solo tajo las dos pupilas y dejarle a oscuras, con el cadáver de la "Vida", cerca Quiere hacerle saber cómo se ama al guía cuando se ha perdido el rumbo para siempre. Desearía avisarle la llegada de la sombra...

—Es lástima —piensa.— Me puede ver entuavía.

Decide, en cambio, callar después que lo haya emponchado. Cuando el niño, ciego, tropiece con la perra, la perra misma le explicará por qué anocheció.

Mientras el dormido ronca, el viejo insomne, le busca las pupilas. Toca apenas el bigote suave. Pasa

sobre éste la yema de un dedo sucio de sangre coagulada. El dedo sube acariciante por una mejilla, alcanza las pestañas. No es sentido Cuando se dispone a cortar, el miedo de equivocarse lo detiene.

—¿Ande quedan las pupilas de uno cuando duerme? — se pregunta. — ¿Guelta pa'adentro o al frente?

Lamenta su ignorancia. Piensa que de un dormido a un difunto no hay más diferencia que el tiempo. Se le ocurre consultar el punto con la perra. Agáchase. Busca los ojos de "Vida", le abre los párpados y le toca las pupilas secas y frías. Ya sabe donde herir.

—En la boca mesma e' los párpados.

Su cuchillo está tan bien afilado que pasará por entre los párpados sin que el "niño" lo sienta

—Y estando fría la hoja, ¿no lo dispertará? — se le ocurre.

Para entibiarla, apoya la hoja sobre su pecho velludo, a la altura del corazón. No tiene prisa. Jacinto duerme profundamente. Tiene el sueño tranquilo de quien por bondad, despena a un animal enfermo. El campo calla. El cuchillo de "Bichito de luz" está tibio de ambos lados Entonces, la mano izquierda aquerenciada en las pestañas, guía el filo. Durante un segundo, la hoja permanece quieta encima de aquellos ojos Después, empieza a bajar muy despacio...

Pincha la noche un grito altísimo.

La perrada se eriza y le aulla.

Luego, mientras Jacinto Olmos choca en todas partes con la sombra, "Bichito de luz", vuelve a sentarse en el tronco. Limpia entre dos dedos el filo del cuchillo y sacude una gota de sangre que temblaba en su índice. Entonces nota que tiene sueño. Bosteza y, para ahuyentar pesadillas, se persigna en la boca.

BADIA HERMANOS

—¿Juan?

—¿Eh?

—¿Ande calculás que se halla la fortuna?

Casio sigue dando vueltas entre sus manos a un paquete de "picadura". Toda su golosina consiste en guardar plata y soltar humo. Hace cinco minutos que luchan el avaro y el fumador Nunca creyó que fuese tan casto aquel envoltorio.

Juan, desde el otro lado del mostrador, le observa con angustia. Cuando ve que su hermano, vencido por el vicio, va a desflorar el paquete, repite su pregunta

—¿Ande pensás que se encuentra la fortuna?

—Yo creo que es en el ahorro... mesmo

Convencido de ello, vuelve el tabaco al estante Entonces, puerta afuera se dedica a mirar el camino, a la espera del primer cliente fumador. Quizás su cigarrillo ya se ha puesto en viaje. Casio tiene la virtud de ser poco exigente.

Juan, seguro ya de haber impedido un gasto inútil, le dice.

—Si querés pitar, ¿por qué no abrís una cajilla de las caras? Total es un placer pa vos... yo te lo apunto. .

Casio jamás ha gastado nada. Juan, ni la mitad de nada. Las tentaciones que padecen no hacen más que ennoblecer su avaricia. A veces es un cigarro, luego es una copa de "guindado", en otros momentos han puesto en peligro hasta una pastilla de menta con ver-

sito. Contrajeron estos vicios por culpa de la parroquia.

Empezaron a beber para aumentar el gasto. Cuando los "envitaban" servíanse en un vaso pequeñito y lo cobraban grande. Fumaron porque, vendiendo ellos el único tabaco que había en cinco leguas a la redonda, cualquier humo se les cuajaba en dinero. Los mellizos Badía nacieron para parar rodeo a todas las monedas del pago.

—¡Hasta el tiempo se nos ha dao guelta!

—Sigue seco... Siquiera hubiese rigolución y gran pelea, llovería... Es una disgracia, Casio.. La gente que tuvo campos antiguamente, a lo mejor sacaba la suerte e'que se diese una batalla cerca y salvaba los trigos.

Los mellizos no poseen campos; pero hay un chacarero de poca tierra y muchos hijos, que les debe un dinero y ellos han resuelto confiscarle la cosecha. Les pidió dos bolsas de harina y nunca las pagó. Acaso pensaba que eran sus espigas aquerenciadas y blancas que volvían a su rancho.

—Ese trigo del Aniceto Canijo nos va a dar una pérdida, Juan... En fija no responde por toda la cuenta... ¡Vos te conmoviste aquel día!

—Por eso jué que le hice firmar el papel ande el pícaro promete entregarnos el trigal... Se me hizo guena la garantía... Yo pensé en todo...

—¿Y la seca?

Se hace un largo silencio. Desde su puesto.

—Tenés razón, Casio —le dice el hermano— me conmoví. ¡Pucha amigo! ¡Pensé en los hijos de ese hombre y dispués la primavera había dentrao tan llovedora...

—¿Vos sabés cuálo es lo que no deja hacer fortuna?

Casio se llama en realidad Nicasio. El mismo se podó el nombre, para no ser, ni siquiera en eso, más "largo" que su mellizo y socio. Ahora se ha puesto a mirar el cielo azul. Azul desde hace dos meses, a pesar de los puños levantados contra él desde las melgas, de los rosarios que corren entre los dedos de las viejas y de las grietas abiertas, con sed. El trigo le tiene miedo No ha querido estirarse Le mira desde apenas una cuarta del suelo. Cuando la tierra pasa sed, el labriego pasa hambre.

—Dimasiao corazón, Juan... aprendé del tiempo.

El boliche fue levantado en una loma áspera Con sólo trepar hasta él, ya se gastaban fuerzas. Los Badía le adquirieron con tres días de discusión y cuatro reales al contado. Allí no llegaba nadie por no desocar los mancarrones El negocio iba mal; pero lo compraron lo mismo. Ellos no querían hacerse ricos, sino ir tirando El antiguo dueño, cansado de seguir tirando, aflojó. Los Badía estudiaron el campo de batalla. El rancho estaba lejos de las vías transitadas. Ya que no podían llevar el "negocio" hasta el camino, llevaron el camino hasta el negocio. Una pisada y otra hacen la senda. Entonces ofrecieron juego libre, libreta, crédito, baratura. Ofrecieron tanto que el paisanaje empezó a caer.

Los "gurises" dispusieron de un "sapo". Los hombres de una carpeta. Las mujeres empezaron a pedir a sus maridos que no fuesen al boliche a perder la plata, el tiempo y el equilibrio "Badía Hermanos" también contaban con esto. Por milagro de la cachimba, convirtieron un litro de caña, en diez. Ellos que no habían gastado más que cumplidos y cuando dieron algo fue trabajo a los cobradores, pasaron en aquellos días momentos de prueba. Cuando le cerra-

ban el boliche a la noche y la clientela, palidecían mirando los tejos en el suelo, una cuarta de caña perdida, dos pesos de costo "despachados" y apenas cincuenta pesos en el cajón.

Fue preciso que pasara un año para conseguir normalizar el negocio. Se habían dejado robar. ¡Daban hasta novecientos gramos en cada kilo! Tuvieron que rebajar despacio en el peso, encoger el metro en la mercería, embarrar las papas..

La costumbre y la querencia hicieron lo demás.

—Juan, alcanzó a ver una mujer que viene de a pie por el camino... Me gustaría que juese una negra...

—Justo... ¡por el cachimbo!

Se llevan cinco minutos de diferencia en la edad Es lo único que los separa. Acaso de común acuerdo, han resuelto que Juan se muera cinco minutos antes que Casio, para "empatarse". Nunca se ofenden por palabras. Le echan la culpa a la bebida. Cuando husmean peligro esconden la talega en la trastienda, la mano bajo el mostrador y el trabuco en la mano. El borracho más cargoso no logró impacientarlos mientras tuvo un peso en el tirador. Como tenían que comer de lo propio perdían el apetito Durante tres años no han salido de su almacén. Viajan en los relatos de los clientes, con las ruedas de las carretas y sobre el caballo del tropero. La vista de una libra esterlina los emociona. Es un sol pequeñito que baja hasta ellos, privados de luz, adheridos al mostrador para no morir de hambre. Lo extraordinario es que aún estando solos, ellos dos se dicen, convencidos de no creerse, que sienten aversión profunda por los avaros, gente indigna de la raza criolla gastadora a manos llenas de sus virtudes y sus vicios, su dinero y su sangre.

Por no abrir una lata de sardinas, Juan pasa sin comer más días que Casio En cambio éste, fortalecido por el almuerzo, no rechaza "envitada" ni siquiera el domingo, cuando desde las "puntas" del día hasta las "barras" de la noche, es preciso apurar cien vasos de menta y caña y ginebra y sísnape . Cada vez que alza la copa mira al mellizo. Es un mártir de la firma comercial. Se suicida. Esto sólo lo saben· él, su socio y las botellas.

Esta mañana, aburridos, hacen incursiones al paisaje. Echan camino delante los ojos, que no gastan alpargatas al andar. Juan quiere encontrar una nube. Casio un cigarro humo. Parecen dos poetas. Hacia ellos se acerca, paso a paso, una mujer.

—De por aquí, no parece.. ¿no es así, Juan?

—Cierto.

La forastera viste ropas de colores vivos y usa un pañuelo en la cabeza No quiere perder nada de calor. Sin embargo el bochorno escapa sonoro por sus válvulas de chicharras. La bata de la mujer es tan roja, que a su paso el polvo se levanta a mirarla y huyen los pájaros. Trae un atadito colgado de su mano derecha como una borla. Camina sin prisa por llegar. Parece una de esas mujeres condenadas a no arribar nunca ..

—Pa'quí viene.

—Sola — observa Casio, bajando los ojos.

—Parece moza — comenta Juan sin mirar al hermano.

Ninguno se ha movido. Continúan acodados en los extremos del mostrador. Dejan acercar al enemigo, teniendo uno a su espalda, la guerrilla de botellas mortíferas y el otro, su barricada de bolsas.

—Va a llegar cansada — apunta con malicia una

mitad de la "firma". Pasan un instante mirando cierta tela de araña quien les avisa que desde hace muchos días no se despacha anís. Ahora ya consiguen ver a la mujer al "detalle". Sus polleras chingudas, la bata escandalosa, los zapatos de tacos torcidos en fuerza de sacarle el cuerpo a los terrones.

—Se ha parao en la ramada...

Sin duda aquella sombrilla le ha hecho temer el metro de sol que la separa del boliche. Por fin se decide, y lo cruza.

—¿Esta es l'almacén de los mellizos?. .

—La mesma. Nosotros semos ellos, señora.

La "firma" ve en su visitante. primero pobreza, en seguida madurez, más tarde fealdad. Fruncen el ceño como avaros y como solteros.

—Yo me llamo Pentecostés, pa servirlos... Ese jué el nombre que truje en el almanaque. Soy la viuda de Obregón.

Le encuentran olor a pobre. Para los Badía, Pentecostés lleva trazas de pedir fiado.

—¿Quién la mandó p'aquí?

La mujer contesta sin dirigirse a ninguno, para no hablar en péndulo

—Un tal Aniceto Canijo, chacarero. Dice que si hay alguien rico en este pago y manos abiertas, son los mellizos.

—¿Usté vido un trigo que tiene ese hombre? — le preguntó Casio.

—Lo vide...

—¿Cómo viene?

—¡Muy ruin!

—¿La oís, Juan? ¡Vos tenés dimasiao corazón!

—Eso mesmo, señor, jue lo que me dijo don Aniceto Por eso me les allego — continúa la pobre mu-

jer — Hoy a las cuatro van a hacer los cinco días que perdí a mi marido. Me lo mató un grano malo.. Llevábamos diez años de coyunda. Porque yo no soy vieja más que por ajuera, ¿saben? Aunque me esté mal el alabarme, voy a cumplir cuarenta ricién. Lo que pasa es que me he asoliao mucho...

Juan y Casio la escuchan pacientemente.

—Cuando me quedé sola, tuve que dirme de mi pago

Acciona con la derecha, a pesar del atadito. Es preciso que se le haya quedado por olvido en esa mano Espera en vano a que la interroguen. A pesar del silencio y sin parar mientes en el poco interés despertado por su historia, sigue contándola ..

—¡Cómo iba a quedarme allá, si no tenía pa comprarme el luto! ¿No hallan? Si cuando me miro yo mesma con esta bata, me parece que ni el finao se ha muerto .

Piensa en el esfuerzo que le cuesta llorarlo vestida de punzó, en los comentarios de las vecinas. Imagina el chismorreo de sus comadres en chancletas. Las ve de trenza atada y lengua desatada, quemándose con la bombilla para no perdonar silencio.

—¿Con qué cara me pude quedar allá? Yo soy pobre; pero tengo verguenza. No es porque busque aparentar, ¿no es cierto? Es cuestión de compriender lo que le debo al finao. — Dice esto mirando a Casio, quien le contesta

—Claro. .

Mientras tanto Juan toma una pieza de merino negro y la pone sobre el mostrador. Es la tentación. Parece mandinga mostrando un ala. Desenvuelve la tela oscura y sugestiva como la noche, que para ellos pronto se estrellará con moneditas de plata.

—Ocho pesos la vara, señora — le dice. — Usté con siete varas tiene pa un luto largo. A la firma Badía le ha causao gran efecto la ley que usté le guarda a su dijunto.

La viuda agradece. Al fin se ha encontrado con dos personajes que comprenden su tragedia. Toca su propio duelo tejido.

—¿Ocho pesos dice, Badía?

—Baratito...

—Es que yo no tengo plata, ¿saben? Pero tengo brazos. No vine a trampiar el luto, ¡pobre Obregón!... Quiero ganarlo Yo, con tal de ponermeló por rispeto al finao, les ofrezco a cambio quedarme aquí, de sirvienta, un mes... dos... los que sean..

Juan y Casio sacuden la cabeza. Pentecostés no tiene ojos más que para el merino. Lo vuelve a acariciar.

—¿Dijo siete varas, Badía?

Casio contestó primero esta vez.

—Más bien menos que más .. Peligra de arrastrarle y no es cosa de andar embarrando un luto... Pa mi gusto, señora, como el género es tan anchito, con tres varas tal vez le saliese.

Ella acepta. ¡La tiene tan arrollada el dolor! Luego tampoco está bien que una viuda camine muy derecha. Tres varas le alcanzan. Entonces, cuando se acorta su vestido, Pentecostés alarga el pago. Un año trabajará allí. De sol a sol. No gasta nada. La pena le ha quitado el apetito. Refiere todas sus habilidades: sabe lavar y planchar. Compone un guiso con cuatro piedras y un "gueso"; lo condimenta con madrugadas y tareas. Lleva cuarenta años de pobre. Sabe cuáles charamuscas humean y cuáles hacen ascua. No da puntada sin nudo. Es capaz de cazar el canto de



un gallo y meterlo en la olla para dar sabor al caldo. Es ahora la tentación.

Cuando "resuella", Juan avizor, consigue detener aquella letanía cantada en grillo, con sólo tres palabras:

—Pentecostés, aguárdenos aquí.

Los dos entran en la trastienda. Se sientan frente a frente y contratan. Al hablar de intereses no se tutean Son casi enemigos.

—Total, Juan, usté sabe que ese merino, dende que los criollos no usan chiripá, no hay quien lo lleve. Costó un peso el metro. Estirándolo un poco, la viuda con dos metros y medio...

El socio saca la cuenta.

—Son más de dos pesos — observa — ¡Es una pérdida grande!

Junto al mostrador, Pentecostés, mirando el género negro, llora sus primeras lágrimas por Obregón. Ella no se considera viuda del todo, hasta que pueda ponerse luto.

—Sin embargo socio, usté compriende que ansina la firma no va a poder seguir.. Ya hace tres años que no vamos al pueblo... Algún día tendrá que ser .

Los dos se entienden. Pueden ir a pie, es lo más probable, con las botas al hombro, pero algo tendrán que comer; si no ¡para qué hacer el viaje! Luego, el pueblo sale caro. Hay que pagarlo... Casio calcula cada gasto; lo anota y suma.

—Todo sale por cinco pesos. —dice. — Si acetamos a la viuda saldremos ganando justo el cincuenta por cien.

—¿Usté pensó, mi socio, en el posible de que ella, con tanto penar, se nos muera aquí?

—También puede salir sana...

Juan se asoma

—¿Usté tiene guena salú, viuda? — le pregunta.

—No he conocido dotores...

—¿La oyó, Casio? Está llorando la pobre, no es pa menos ..

La razón social continúa estudiando cuidadosamente la operación. No es cosa de ensuciar el interés con los sentimientos ¡Son tan tiernos!

—Juan ¿Y si llegase a nacer un hijo?

Este fue el momento en que Pentecostés estuvo más lejos del luto.

—Usté, está visto que es el mejor de los Badía... Casio no hay nada que hacer...

—No se abalance ..

Ahora Casio sale a consultar el punto con la propia "mercadería". Su pregunta hiere de costado.

—Viuda, ¿cuántos hijos tiene?

—Denguno, señor Nunca me los quiso dar Dios... ¡Pobre Obregón!

No se explica aquella curiosidad. ¿Para qué buscarle la presilla? A la desdichada mujer no le interesa otra cosa que la negrura del merino. Para ella no es nada estar viuda mientras no lo parezca Si pudiese andaría embarrada.

—Es machorra, Juan, pero no se alegre mucho. Acabo e'mirarla bien. ¡Esa mujer es más fea que rodada e cuzco en un cerro!

—La lindura tira contra el ahorro, — sentencia el socio.

No se han hablado nada más. Están de acuerdo. El negocio deja ganancia.

—Conviene...

—En efecto, conviene.

—Casio, ¿una semana cada uno?

—Ya se sabe, Juan.

Cada semana pagan Cada semana cocinan. Cada semana se turnan en los ramos. Es la costumbre de la casa.

—Gueno, escriba el negocio en un papel, mi socio, las palabras se hacen aire...

—¿Acetará doña Pentecostés?

—¡Como pa no! ¡Nunca le habrá salido más barato un traje! Cuasi, cuasi el negocio lo hemos planiao pa ella .. Acortelé otro poco el género.

Casio sonríe.

—Usté me endivina siempre, Juan ..

Vuelven al despacho. Siguen secos La viuda llora.

—Atienda, doña — le dice Casio

Lee:

"Doña Pentecostés Obregón se compromete, por dos varas y cuarto de merino negro recebido, a trabajar un año de piona en el negocio de Badía Hermanos." — Hace una pequeña pausa y termina la lectura subrayando: — "Pa todo servicio."

—¿Aceta?

Sigue un silencio largo Pentecostés siente en su carne los ojos bestiales de Juan y de Casio. Le asquean. Hasta las raíces de su dolor cavan aquellas miradas. Piensa en el finado, que no tendrá ni siquiera quién se ponga por él un miserable trapo negro Mira su bata roja. Aquella prenda está colorada de verguenza. Sigue apayasándole su pena ¡No la dejará ser viuda quien sabe hasta cuando! Recuerda, allá, en su pago, la rueda donde las comadres se santiguan horrorizadas, ante la indiferencia de la vecina. Las oye decir.

—¡Pobre Obregón... si se ricordase y la viese... de colorao!

Y entonces, por respeto a su difunto, pidió la pluma y contestó:

—Gueno...

LA PRIMERA ELECCION

—¡Capitán!

El viejo, estaba muy lejos de aquel cuarto, andaba entre el humo del "Guabiré", su último entrevero. Por eso no oyó a Lindoro, el peón-mestizo de asistente, indio de sesenta años, especie de cola, que lo venía siguiendo desde la "tricolor".

—¿Da licencia, capitán?

—Dentrá, muchacho.

El "voluntario" obedeció Miró primero la lanza escrita a filo de sables, luego a su jefe escrito por las arrugas, y se quitó el chambergo.

—¿Ya ensillaste el "gatiao"?

—Sí, señor

—¿Pusiste mi cuchillo caronero?

—Eso es Y el lazo grande tamién; lo asiguré a la cidera . sigún mandó.

El capitán Rocamora abrió un ropero negro, sacó de allí su gacho y miró duramente unos instantes la divisa, ancha de seis dedos, en la cual se leía, escrito en letras doradas, muy borrosas, el lema: "Por ella". La frase ocupaba el espacio de la frente. "Ella" era la patria, la causa, la mujer y quizá la gloria. Sesenta años atrás, Rocamora la había recogido sobre el campo de batalla del "Talar". Aquel trapito, ya entonces, tenía hechas dos campañas con el "finao" su tata, Capitán como el hijo, de empuje legendario también. Tuvo una muerte digna de su vida, entre el humo, para que la "guesuda" se le acercase sin recelo, sobre el freno de pontezuela, bajo la corona de los chiman-

gos, mientras el caballo de pelea le relinchaba llamándole Cuando Rocamora se abrió paso entre las balas para pelear allí, el "fuego" se había apagado y el tata estaba frío, más blanco que nunca. Como debió ser

Nuestro capitán era muy muchacho entonces. Lloró mostrando un puño al enemigo. Era el corazón del "finao" lo que mostraba. Luego. rodilla en tierra, tomó el gacho, lo juntó a la fuerza de su brazo, y se puso a lancear. En la copa de aquel sombrero apagó su sed. Y al caer esa tarde sobre la victoria, cuando el general lo nombró capitán al frente del escuadrón raleado que levantó las lanzas en su honor, él le pidió licencia al dijunto en un "santiguao", sacó la divisa manchada de barro y sangre que hacían fecundo al lema y la empezó a usar.

—Capitán, y disculpe, ¿va a llevar la divisa?

—Yo siempre la he llevao al peligro, muchacho.

—Es cierto; pero lo que es hoy desengáñese . Vamos a votar.

—¡Quién sabe!...

El viejo miró a su amiga lanza. Durante un minuto largo, la lengua de acero y los ojos de acero dialogaron Luego Rocamora, poniendo una mano sobre el hombro del indio fiel, le dijo:

—Lindoro, compañero e causa, vos "dentraste" conmigo en todas. . A dos manos tomamos de lo amargo. Atravesaos dormimos muchas ucasiones haciendo una cruz sobre el campamento...

El amigo le miraba a los ojos y sonreía.

—Entre tu jefe achuchao y el frío, tu aliento puso muchas noches el poncho de un fogón . Cuando en la retirada del "Aperiá" me boliaron el pangaré marca "pajarito", vos diste guelta, muchacho, te metiste

entre las guampas de mandinga y lo sacaste en ancas a tu capitán ¿ricordás?

Lindoro ya no miraba al jefe sino al suelo. Parecía un cachorro sorprendido en falta. La mano cariñosa iba poco a poco apretándole el hombro.

—Y dispués, creo que jué en la "Horqueta", un tiroteo, que te baliaron en los costillares por confianzudo muchacho. ¿Ande se vido a un soldado dentrar al fuego, a una cuarta agatas, de su superior? Pero te lo perdoné —aquí la voz del guerrero se hizo temblona— porque te perdiste la última carga de "Tucuabó" por atender a mi pobre hijo mal herido, al finao Mariano, ¡único brote de este tala viejo! Me lo llevaste en brazos; que a tuitos nos guelve niños la muerte.

—¡Oh! ¿Y aura? Si ha levantao con ganas de ablandarme. .

Rocamora se irguió Alto y delgado, vestido de negro por la muerte del caudillo, lustrosa la piel al roce de ochenta años, parecía otra lanza.

—No Truje aquello pa que hoy me empujase a salir. Sigún vos y los dotores y muchos más, el capitán Rocamora hoy debe dir, como cualisquier arrocinao, a votar... ¡A votar! Escucha. por disgracia no estamos en rigolución. Ya no soy tu jefe No dispongo aura de vos. Creo que hoy vamos a un peligro y te lo previengo. ¿Querés seguirme?

—Y dejuro, pues .

—¡Gueno, entonces, a caballo! — ordenó

Le habían dejado solo las batallas Al último de los suyos se lo "cortaron" en "Tucuabó" y el viejo le estaba agradecido a ese campo donde un sable le hachó el apelativo. No se parecía al héroe, sino al heroísmo. Era partidario cincuenta años antes de na-

cer; así se había decidido la madrugada en que un Rocamora siguió a uno de los jefes de "Carpintería". La otra mitad de ese siglo, el Capitán la había cruzado al frente de su montonera. El la sembraba en cada lance. La muerte podaba aquellos criollos que en seguida reverdecían en mocetones de luto. Cuando Rocamora entró en el "tome y traiga" fue para deshacer con su lanzón el nudo de los entreveros. Sobre el caballo "gatiao" avanzaba a los balances, abriendo calle. Detrás de él, Lindoro, luego, el clarín, y en seguida la perrada. Cuando los doblaban, iba desde la cabeza de su escuadrón hasta los rezagados, atajando balazos. Ofrecía a éste un estribo, una guampa de caña o pólvora al otro, un grito, cualquier sostén de esos que siempre llevaba en las maletas. En esos casos parecía una tigra salvando en los dientes de su moharra, uno a uno, todos los cachorros. Si no le herían no se retiraba satisfecho. Curó sus heridas con tela de araña y agua de charco Amaba las cicatrices Le negó todo al enemigo, menos gracia. Su paz fue de caballo "agarrao" y mano suelta Placíale el choque personal, no por un odio, sino por dos amores, cuando el campo se hacía un camino para que lanza y lanza se encontraran. Así, más de una vez, Rocamora y un enemigo amartillaron sus corceles a tiempo, los apuntaron en las riendas y dispararon el uno sobre el otro como balazos. Frente a un cuadro de infantería, gastó poco aliento en proclamas. "Nos aguardan, mis hijos, —les decía a sus criollos— santíguense y vamos". Y hacía cerrar las filas, para que no se escapase la muerte. Hombro con hombro, en aquellos escalones, los vivos apuntalaban a los difuntos. Su caudillo le pidió consejo. Su soldado fuego. Su enemigo clemencia. Todo lo concedió Cuidaba a

maíz su caballo para cortarse solo, adelante Despreció siempre los cañones por "bocabiertas". Una vez enlazó uno y lo sacó a la cincha. Dícese que atravesó la pelea con la pieza de arrastro y parecía un centauro perseguido por una tarántula gigante. Era rebelde por partidismo y gauchería. Para él, su causa viviría mientras supiese morir. La tarde que le mataron al caudillo se vistió de luto en el nombre de todos sus correligionarios.

—Líndoro, allegate. .

Se oyó un taloneo El estribo de hierro y el de plata, brindaron. Por lo lerdo del mancarrón, por la pobreza del "guasquerío" y por el desaliento con que Lindoro marchaba, de hombros caídos, diríase que iba cargando con el yelmo de Mambrino y la lanza loca del caballero andante.

—Asistente, ¿usté sabe qué es aquella azotea que alcanza a verse ai a la derecha?

—La Comisaría, es.

—¡Era! Hoy tiene más gatos que una pila e'leña. Aprontesé. Aflueje esa golilla pa que flamee. ¿Usté no ve que allí van a dar el alto? Todos estos políticos que hoy nos mandan, creen que las lecciones van a ser parejas. ¡Ellos no han arao con mis contrarios! Ya verás, Lindoro, la de bala que se v'armar aurita...

El asistente le miró con asombro. El no creía en aquello. Por respeto, por si acaso y por lujo alzó el ala del poncho y se lo echó a la espalda En la Comisaría ondeaba una bandera. Junto a la puerta, un máuser entramojaba a un milico. Tres caballos desensillados y ociosos descortezaban el palenque y en la "oficina" dos oficiales compartían un tema y un mate.

—¿Sabe, capitán, que, a pesar de todo, yo los hallo muy tranquilos a esos hombres? ..

—Disconfiales...

—Vengo bombiándolos y cuasi ni nos miran.

Rocamora tuvo miedo. Su asistente parecía acertar. "¿Vendrán tan mansos los tiempos —pensó— que estos condenaos nos dejarán pasar, mesmo? ¿Pasaremos ansí, con armas, lazos, golillas y divisas?"

Felizmente se le ocurrió el remedio.

—Vamos a hacerles el gusto, m'hijo. Yo no entenderé de políticas, pero de emboscadas, sí. ¡Alzá el galope!... Ya verás. Al pasar pu'allí les golpiamos la boca... ¡Menos mal que alcanzo a ver un máuser!..

—¿Pero entonces, jefe, usté quiere peliarlos?

—¿Yo? Yo quiero votar, muchacho. Soy un ciudadano arrocinao. . ¡Vamos!

Galoparon, golpeándose la boca, y al enfrentar la Comisaría sentaron de garrones a sus caballos rampantes. Era el desafío. En respuesta el soldado puso el arma al hombro Uno de los oficiales, sorprendido, intentó buscar su revólver, pero al reconocer a do· vecinos, sonrió.

—Buen día, Rocamora —le dijo— Usté, a la cuenta, sigue revolucionario.

No obtuvo respuesta. Los viajeros siguieron su marcha, pero esta vez al tranco Lindoro con ganas de reír, Rocamora con ganas de insultar.

—¿Vido?

—¡Maulas! Dejuro. Estos no son derechos nunca. Creeme, si no llega a estar la Comisaría allí, ¿vos cres que nos dejan dir a votar? Nos hacen pedazos a bala. Aguantaron pa no alborotar el avispero. U yo no la entiendo u esa gente nos aguaita emboscada...

Lindoro, la "mesa" está pa'llá de la "picada del negro"?

—Una media legua vandiando. Se vota en el Colegio

—¡No te dije! En el paso nos salen...

—Me gusta pa que no ..

El jefe trató entonces de convencerlo El nunca había asistido a ninguna votación; pero sabía por los que "cayeron", que entre los votantes de su "pelo" y la urna, escalonábanse: un calabozo, un "paso" con carretas "peludiando", una provocación frente a la pulpería y por si estos pozos fallasen, un culatazo entre las paletas. Era preciso llegar al voto después de perder una de estas dos cosas· la verguenza o la sangre.

—Sí, muchacho, nuestro partido la gana en las cuchiyas y se entierra en las urnas. Le han boliao el caballo con discursos. No cai parao. Sigún cuentan se acabaron las guerras, se acabó la coraje, lo enterramos todo con el general. Y sin embargo, amigo, entre los nuestros cuesta más cinchar de un votante que sofrenar un guerrero La paz ha sido siempre de los que mandan, luego e'los que enriedan y más último, si algo queda ya, de los que aran...

En balde los "dotores" llegaron a su rancho a convencerle de que ahora los "gatos" pasarían si eran tigres. El, en respuesta, miró su casa clavada en la sierra para ventear el barullo. Era una cueva alta, nada más Ni precisaba más. Dormía en el suelo por no perder la mano. Regaló la cama a un correligionario con novia. Tenía un ropero y una lanza. Había dado todo, menos el derecho a morir en ley, sobre el enemigo, como era su costumbre de familia. A los ochenta años se encontraba enfermo Penca de la sa-

lud, la edad y la guerra Y venían ahora a decirle, alegres, que la paz era un hecho. Les cortaban las alas a sus caranchos . Si él era tan viejo, ¿por qué le hacían difícil la muerte?

—Aceté la maulada e'votar ¿Sabés por qué? Porque voy siguro e'que no me dejan... Por una balota menos, se puede perder la elección ¿compriendes?

—Capitán, por más que nos acercamos a la picada .

—¡Silencio!

Detuvieron la marcha Frente a ellos se agacha un monte petizo y mal intencionado. Lleno de talas. En la boca del paso unos ceibos en flor vaticinan sangre. Se entra allí con el alma encogida para hacerla pasar bajo los ramajes que con uñas y espinas se adhieren a los ponchos de los viajeros en la esperanza de detenerlos. Manos de árbol aparcero. El silencio, amigo del emboscado, los espera allí. En voz baja, el agua les dice algo a las piedras. A la entrada del "abra" una cruz de palo extiende sus brazos para atajar. Todo anuncia un peligro

—¡Lindoro, agachate, allí están! A mano derecha, junto al espinillo, tiraos.

—Mesmo...

—Aura vide relumbrar un cuchillo ..

—Capitán... ¿dentramos?

—Dentramos.

Se estrecharon las manos.

—Si yo caigo y vos alcanzás a enhebrar el monte, acordate de una cosa: que si quedaran entre los nuestros diez capitanes como yo, risueltos a enriedar las cosas, los abogados no van a tener más rimedio que poner los libros de carona, montar en ariscos y salir pechando con la causa por las cuchiyas.

—Ansí será.

Caronero en mano, cerraron espuelas. Saltó el agua. Volaron unos pájaros.

—Aquí viene Rocamora, maulas. ¡Tírenle y aguanten! — gritó.

Los "enemigos" se pusieron de pie, y lo vivaron.

—¡Qué don Rocamora! Siempre gromista . Abajesé. ¿Cómo está, Lindoro?

—Entuavía, estoy sano...

Al viejo se le cayeron los brazos. Quedó apuntalado entre ellos.

—Nosotros ya votamos y nos vinimos aquí a la sombra a comer un churrasco Casual jué que semos cinco hombres de la división de Castro. En la "última" cerrabamos el mesmo fogón. ¡Es tan lindo, volver a hallarnos aura, sin miedo de que al amanecer nos desparrame el enemigo! ¿No halla?

Lo que el anciano no hallaba eran criollos. Todos se le habían achicado para poder entrar en la boca de la urna

—Abajesé, capitán y pegue un tajo, si es gustoso. Esta es de aquí pa'delante, la única carne que podremos cortar...

—Gracias. ¿Querés, Lindoro? ¿Te queda hambre?

—¡Si quedará! La traigo empollando desde que salimos. El hambre es cosa crecedora. Pero, no quiero dimorarlo, señor Tragaré más bien a la guelta —Se volvió a uno de aquellos correligionarios: — ¿Cómo va la eleción?

—Es un robo pa nosotros. Ai en esta mesa, nomás, les llevamos como doscientos votos adelante. Dará rabia, pero hay que riconocerlo, esta ucasión los contrarios se han mostrao bien derechos. No ha corrido

una gota e'sangre. Y dicen que en todo el páis pasa lo mesmo...

Rocamora no pudo contenerse.

—¡Entonces el partido está manco pa siempre! ¡Caracho!...

—Ansí parece, mi capitán, yo se lo decía.

—Muchacho, ya de aura... se acabó... ¡Vamos!

Los gauchos heroicos, sin tiempo para arraigarse en el trigal, empezarían a tumbarse sobre los catres, embretados por los terrones, bajo la vela de las tacuaras inútiles, sin respirar por ninguna boca de clarín, envueltos en humo de fomentos o de leña. Ninguno tendría ya el derecho de rodar del caballo y expirar cavando con las manos crispadas, para sembrarse...

—¡Está de Dios, amigo! ¡Cuándo se vido en este páis de toros, que al cruzar una picada en días como éstos, la gente, en vez de voltearte de un trabucazo, se ponga a comer asao y de ternera!

El peón continuaba sin entender aquello Tampoco sentía razonable el salir en días de paz, con cielo azul, puchero en la olla, tranquilidad en la conciencia y un siglo amontonado sobre los hombros, a buscar un entrevero.

—¿Oyó que vamos ganando, capitán?

—Sí, m'hijo. Es lo pior que nos pudo cáir arriba. ¡Adiós la pelea! .. Dende aquí, el que quiera saber cómo jué aquello va a tener que prieguntártelo a vos...

—¡Y a usté!

—¡A mí!

Apretó los dientes; y luego le clavó las espuelas al "gatiao" que, con la cola rubricó en el aire la resolución de su dueño. A varias cuadras delante de ellos

se levantaba, blanca y llena de sol, la escuela. La enemiga del sable En su frente, bajo la mirada del escudo, estaba instalada la mesa receptora de votos Su custodia la constituían diez soldados de línea al mando de un oficial. Sobre la mesa, resaltaba en negro la urna. De tanto en tanto un paisano se descubría, avanzaba, firmaba el voto y lo enterraba en el mueblecito. Por los caminos ondeaban ponchos. El sol contribuía a que fuese bien claro el acto comicial.

—¿La ve? Lindoro Es chiquita la urna, parece mansa. Cualesquiera la toma por un cajón de muerto. De angelito... Y esa cosa, muchacho, es pa mi gusto, mucho más fiera que un cañón. Andá a votar ¡Ai te permito que vayás primero!

Cuando su asistente se alejaba y mientras recorría la cuadra de distancia que separaba a Rocamora del colegio, el Capitán se "apió", acomodó el apero, cinchó cerca de las paletas y con el caballo de la rienda, se puso a esperar De sus recuerdos fueron llegando uno tras otro, con los caballos "cansaos", primero los gauchos de su sangre, después los de su mando. Cerró los ojos. Sobre redomones tordillos aparecieron los muchachos y se alinearon a su espalda El oscuro de "tata" sin jinete se le acercó agitando las alas de los estribos "cribaos". Venía del "Talar". El alférez Luna, ahogado en el "Paso e'las Carretas", los saludó y ocupó su puesto en el ala izquierda. Pensó luego en los ocho Cornejos, que sacaron en un poncho a su amigo Bazán, por entre las descargas de "Manantiales" Todos se habían gastado al lado suyo. Iban tropezando en las moras, uno a uno... Los evocó. Se acercaron haciendo vibrar las tacuaras Caían en grupos. Algunos sangrando; otros muy pálidos. Todos callados. El escuadrón crecía. Cuando él miraba, los

pingos testereando le decían que sí. Montó. Las divisas a la misma altura, en la fila larga, eran como una franja de bandera Temió que el "clarín" no llegase a la cita Era un moreno, el pobre "trompa". No sabía más que un toque sostenido, que sonaba temblón por los tropezones en las abolladuras. Fue su nota una lanza mellada, que pinchó en el anca a los "cansaos". Cuando el negro llegó, le señaló el clarín y la garganta abierta a cuchillo. ¡Se le escapaba el resuello! El "gatiao" pedía freno Esperó

—Ya voté, mi capitán

—Eso es Cumpliste con tu deber muchacho. Está bien Atendé: hoy, al frente de los dijuntos, yo te nombro mi libro e'cuentos, ¿oís?

—No lo compriendo...

—Aguardá. Alzá galope con rumbo a aquella loma y ai asujetá con eso mirás bien. Vas a ver dende allí, cómo vota el capitán Rocamora. Dispués salí por ai y lo contás...

Se abrazaron. Lindoro obedeció, sin entusiasmo, esperando llegar a la picada y "churrasquiar". Entonces Rocamora, torneando a su caballo, se dirigió a los recuerdos. Era la última arenga.

Nos aguardan, mis hijos. ¡Santiguense y vamos!

Quemado por dos estrellas subió en un balance el "gatiao" Rocamora desprendió el lazo, a la carrera, y lo revoleó. Era el chimango que esperaba. Silbó la armada imitando "moras". Hubo en la mesa una bandada de papeles que alzaba vuelo. Se desparramaron los vecinos "boliándose" en las sillas. El asombro ahogó los gritos. Y cuando el capitán torneó a su caballo de pelea, se llevaba a la cincha de su lazo la urna enemiga, desparramando sobre los pastos la ceniza de la causa. Era una hombrada igual a la del

cañón A pesar de que esta pieza, más ligera, le castigaba, a saltos, los garrones del pingo, el capitán esperaba asfixiarla con el lazo. De pronto, a su espalda, una voz ordenó:

—¡Apunten!

Al oirla, Rocamora sofrenó y les dio el frente a los soldados. Era la muerte que salía por fin a buscarle. Le mostró su cara para que lo reconociese.

—¡Fuego! — gritaron.

Sonó la descarga. En el pecho angosto entraron unas balas. Rocamora llevó sus manos hacia el sitio herido para taparle la salida a las moras y el "gatiao" se paró de manos, empinándose, por alcanzar al vuelo el alma de su dueño.

EN LA SOMBRA

Las dos de la tarde Enero No se ve una nube. Campo amarillo. Cielo azul, pesado de calma. Aprieta la llanura. Los árboles le sostienen Forman ampollones de aire. Bajo cada copa, un grupito de ovejas respira, con las cabezas al ras del suelo como si bebiesen en el charco de sombra. Hay una sola chicharra. Vibra en todas partes No deja en paz al silencio. Tapa y destapa las orejas con su chorrito de canto caliente. Sube del callejón duro un vapor como de agua. A su trasluz, todo el paisaje tiembla. El parpadeo, la sordera de la cigarra y el saber que el pago entero duerme, tienen a María aplastada contra la raíz de ese ombú. Ella no trae apuro. Lo perdió hace tiempo. Le da igual llegar a su "colocación" hoy que mañana Al irse de la querencia quiso cumplir con los vecinos, se fue dejando estar y la siesta la agarró en la calle y sin sombrilla Menos mal que este ombú le prestó la suya, grandota, violeta ya de tan usada. Por los cribos se cuelan algunas gotas de sol. El paisaje es nuevo Para María, lo pintaron recién. Pero ella tiene los ojos lisos, indiferentes, viejos, desconectados con el corazón. Es joven. Bonita. Y está sentada como una anciana, con las manos sobre las rodillas, apuntalando el pecho pesado de esperanzas. Trae en una bolsa su equipaje, su abrigo: cuatro trapos y cuatro cartas. El hombre que las escribió habita en este lugar. Por eso, aunque le quedaba a trasmano, María pasó por aquí. Se ven muchas ca-

sas. En una de ellas vive Julián Macedo. Debe ser aquella que tiene un sauce llorón. Solito. Las vibraciones ponen turbio de lágrimas entre sus ojos y ese rancho. Se le ha puesto que Julián plantó el árbol Porque desde que "rompieron" los amores. él también debe andar fuera de techo, solo y triste

Se acerca un jinete Trae un cojinillo y un freno. es del pago. ¿Julián? No Este hombre es gordo. Y María sabe que "aquél" sigue delgado y cimbreante. Porque la ausencia no separa. arrima; no deja engordar ni envejecer, perfecciona

María teme que el paisano se pare bajo el ombú. Y teme que siga de largo. Ella ha venido para saber de Julián, pero este hombre puede contarle cosas muy tristes. Fue olvidada hace mucho, sin razón, sin motivo, y el tiempo no le trajo consuelo Ya no cuenta con Julián. Sabe que lo perdió. Y continúa buscándole, tristeza arriba. Todo se fue haciendo ceniza en su soledad. Bajo esa capa gris de desgano, aquel amor se mantiene encendido. Ella tiene la cara inexpresiva. Tras esa puerta cerrada vive llena de humo.

El jinete ya está cerca Va a cruzar. María permanece inmóvil, fundida con el tronco del ombú Es un pedazo de sombra más espeso.

El Hombre — (Trae apuro. Ha visto de lejos a esa mujer vieja, flaca, de pañuelo negro en la cabeza, y al pasar le grita.) ¡Guenas tardes!

María — (Ve con angustia que el jinete sigue. ¿Tendrá que continuar el viaje sin saber nada? Ha estado aquí a la vista de Julián, le tuvo cerca una vez. Pasó años en espera de este minuto. No le quedaba a mano venir, pero quería respirar el mismo aire, ver las mismas cosas que él. Nada más Llegó para eso. ¡Y acá se le han aparecido unas ambicio-

nes, unos "imposibles"! *Ahora desea ver, aunque sea desde lejos, a Julián. Como se deje llevar de estas locuras, le mandará un saludo y las señas de la "colocación". Dios sabe si eso no da pie al romance. Todo depende de ese paisano gordo que cruza Levanta la cabeza y responde con miedo.)* Guenas tardes.

El Hombre. — *(Ve una cara joven, bonita, inesperada. Y la sorpresa le hace sofrenar el caballo)* ¡Hace una calor!... *(Desmonta. María no levanta los ojos. Ve al vecino de la cintura para abajo: una faja ceñida, el cinto flojo, la boca del pantalón metida entre los calcetines azules, peludos, y las alpargatas. Aquellas piernas se arriman El caballo las sigue. Alcanzan el alivio de la sombra. Se detienen. Entonces el hombre arma en silencio un cigarro, lo enciende, y entre la primera humada pregunta:)* Perdone... Pero ¿ande nos conocimos usté y yo?

María. — *(No salió más que hasta la tranquera, y eso cuando esperaba a Julián. Después, sin contar este viaje, sólo se movió memoria adentro. Algunas caras se han asomado al cristal turbio de sus ojos. Ya no las recuerda. Tendría que entrarse, buscar mucho. ¿Para qué? Por el contrario, ahora necesita salir, descansar de ella. No responde. Mira el suelo dulce de ese pago, y pregunta con vehemencia que ni sale al rostro ni entibia la voz)* ¿Conoce a Julián Macedo?

El Hombre — *(Que dijo aquello por empezar un palique, exclama:)* ¿A Julián? *(Ella asiente)* ¡Semos como hermanos! *(Se aproxima con la diestra estirada y la "zurda" en el ala del chambergo)* ¡Tanto gusto! Isidoro Muniz, pa servirla. *(Después pide a la forastera que disponga de él·)* ¡Derecho viejo, a lo pobre! *(Le ofrece su casa, su familia, un mate*

dulce, cuanto tiene. María guarda silencio Está llena de gratitud Muy alegre. Disfruta de una fiesta que la emborracha. En este momento vive tan lejos de ella, que hasta olvida dar su nombre a Muniz. Ahora la chicharra pone viguelas en el fondo del palique De largo en largo, la virazón le pasa su tibio de piel por las manos Entretanto, Muniz, locuaz y pintoresco, traza los retratos de sus familiares. La describe a su "mama", vieja criolla con algunos pelos en el bozo y ninguno en la lengua Ríe Aguarda en vano una sonrisa de su interlocutora. María entiende a ratos, porque Julián se ha puesto entre los dos. Es un recuerdo vivo, casi corpóreo. Para ver a Muniz ella tiene que apartar la luz del otro, esa luz que la enceguece Entonces el paisano advierte la distracción de la forastera, se distrae también y acaba por callar)

María — (Aprovecha. Señala el ranchito con el sauce llorón, y pregunta:) ¿Vive allí, verdad?

El Hombre. — (Que termina de hablar de una hermana) ¿Emilia?

María — No; Julián

El Hombre. — ¡Ah! ¡Qué esperanza! El rancho d'el está pa este otro rumbo. *(Indica)* No se ve de aquí

(Vuelven a quedar en silencio. Muniz arma su segundo cigarrillo. María se pone a mirar un tábano posado en la paleta del matungo. Tiembla el cuero. El animal tuerce la cabeza tratando de librarse del aguijón Tira varias veces de la rienda. Su dueño, paciente, a pesar de los tirones, prosigue en la tarea de liar el tabaco Observa de reojo a la moza No sabe qué pensar de ella. Le está resultando muy dormida. Parece que ni escuchase. Ha tratado de interesarla, de acertar con tema que la despierte; de

tirarle un asunto como un jarro de agua fría por la cara. Nada la sacude. En dos o tres oportunidades rompió el silencio y sacó por allí la cabeza para hablar de Julián. Después tornó a esconderse Su frío da a entender que conoce a Macedo por afuera, de oídas nomas. Se ve que alude a él porque sí, por decir algo. Y mientras Muniz, cansado de quemar tabaco y temas, se dispone a seguir viaje, María no puede con su emoción Da gracias al trillo que salió adelante apartando espinas para que ella pudiese conocer a Isidoro Muniz, dulce como un hermano Da gracias al ombú que le dio su sombra y su sosiego. Si no fuese porque los varones se fastidian cuando una mujer llora, le gustaría llorar. Ha sido muy prudente para pedir favores al cielo. Fue modesta donde los demás abusan del Señor, tan bondadoso, Sólo ha pedido salud para Julián)

María. — ¿Está gueno?

El Hombre — ¿Quién?

María — Julián

El Hombre. — *(Sin el calor que María envidia y agradece)* Sí.

(Pero ella no se alegra tanto como creía Descubre que sus ilusiones, a medio empollar, ya pican y rompen el cascarón de su imprudencia. No debió meterse en el calor de este pago Aquí el arroyito del tiempo corre hacia su fuente. María vive la pasión de las primeras citas· Julián no la ha olvidado. Está en la tranquera esperándole Es imposible que no se encuentren. El tiene que sentirla cerca Ha de sentir sed, beberá un jarro de agua. y al empinárselo y seguir sediento, la verá en el fondo del cacharro. Entonces se pondrá a buscarla otra vez. Por suerte, Isidoro Muniz le dirá al oído dónde está María. Des-



pués, un camino puede llevarla hasta ella Y aunque Julián demore, ya es mucho tener en la vida una calle donde sentarse a esperar. ¿Estará soltero Julián?)

El Hombre — Gueno, moza, viá seguir . *(Saluda Se agarra a la crinera. Ya está a caballo)*

María. — *(Angustiada, consigue romper el silencio que la embolsa)* ¿Se casó?

El Hombre — *(De rebenque alzado.)* ¿Quién?

María. — Julián

El Hombre — ¡Qué esperanza! Novias le suebran, pero él tiene amor pa hoy y olvido pa mañana Porque .. *(No continúa hablando. El sabe que su amigo procede así con las mozas del lugar porque está enamorado de una mujer. Dos o tres veces le habló de ella. Se portó mal Teme que no lo haya perdonado. Tal vez lo desprecia. La moza se llama María. No bien Julián toma unas cañas, ese nombre se le sube del corazón a los labios. No la podrá olvidar nunca. Muniz sufre al ver tan triste al amigo Más de una vez tuvo ganas de ir al pago de María y decirle la verdad. Porque con esa mujer al costado, Julián saldría adelante en cualquier repecho Un amor así es buen cuarteador. Claro que a la forastera no le dice ni palabra Es un secreto de otro Y, además, ¿a qué seguir prosiando con esta mujer? ¡Ni lo atendió! El le ha ofertado su casa, su amistad, su familia, y ella ni se nombró siquiera. No siente. No vive. Es un pedazo de carne con ojos ¿Qué puede importarle el secreto de Julián? Y María está quietita, con el alma en los oídos, esperando que Muniz le diga por qué cambia de novias Julián. Pero ese interés no asoma, no se advierte, parece indife-*

rencia, da fastidio Por eso el hombre sólo le dice) Hasta la vista. *("Chupa" al mancarrón)*

María — (Levanta una mano para detenerle, y cuando consigue juntar las palabras, ruega) Si ve a Julián, déle recuerdos de María...

El Hombre. — (Se tira al suelo, exclamando) ¿Usté es María? ¡Si tendré cosas pa decirle en nombre de Julián! ¡Hay que creer en Dios, amigo!

ZORROS

—¿En qué andás, muchacho?

El tal muchacho usa ojos "pasmaos", orejas curiosas, frente ancha y mentón puntiagudo. Casi nunca pestañea. Detiene su petizo, cabezón de tanto porfiar hacia la querencia y antes de responder mira unos instantes la escopeta del viejo "bichero". Aquella arma está tan inofensiva, que en la quietud del acecho las palomas se posan en sus caños

—De guelta diba ¿por qué?

—Yo soy cazador, me llamo Zacarías; y a vos ¿cómo te llaman?

—"Abombao"

—Pestañeá, muchacho —le dice el anciano.— Parece que tuvieses los ojos dijuntos ..

El "abombao" conoce a don Zacarías. Sabe que es cazador, que mata los bichos con el rabo y que con clavos saca "peludos" en el boliche Nadie, en todo el pago, iguala en su oficio a aquel mandinga rotoso. Campea las mulitas gordas cerca del camposanto Espera al "carpincho" en el primer resuello, le apunta antes de que asome y no yerra nunca De mozo, con la encajera del trabuco, cribó más de un yaguareté "cebao". Ahora, discute con el zorro, le da su mano de amigo y aunque el "astuto", las más de las veces, le deja un "ladrido" a cuenta y huye con el cebo, Zacarías paga con ese ladrido en el almacén.

—¿Y qué anda por hacer, viejito, en este camino?

—Aguardando la noche. "Abombao"... ¿Vos sos de por aquí?

Al muchacho le tienen prevenido que mire fijo y nunca conteste fijo. Zacarías es capaz de cazarlo en una contestación.

—No señor..., soy de más allá — responde.

Zacarías observa el oeste. Se le ocurre que allá el día le está pegando las últimas humadas a su pucho Llénase de humo el horizonte. Algunas chispas se quedan clavadas en la oscuridad

—"Abombao", ¿querés ganarte un rial?

La oferta es cosa del otro mundo El muchacho, una vez tuvo un real. Lo encontró en la puerta de la pulpería. Por cierto que la madre le había dado unos alpargatazos por olfatear un robo en aquel hallazgo. Mas, luego, lo mandaron a comprar azúcar, la moneda resultó falsa y la mamá faltó poco para que le reyunase por alzar un real de estaño

—Quiero ganarlo, si no es falso —contestó.— Si no es aquel mesmo .

—¡Con razón te apodan "abombao"! Vos y yo, me parece que no vamos a gastar ni una hora a medias . ¡Cómo ha de ser falso! Legal será el que te ganés a mi servicio...

—Gueno.

—Abajáte.

Recuéstanse a ambos lados del petizo. Parecen una carpa. Entre los dos, el filo de un espinazo le saca punta a las intenciones Zacarías habla El "abombao" desconfía El bichoco mosquea con el cuero de las cruces. Entre frase y frase, un hornero, desde su poste, pone puntos suspensivos.

—Atendé y pestañeá una vez que otra, parecés una liebre sestiando. Sucede que llevo tres días atrás de "mi" zorro. Había uno en el pago. Semos amigos

Estuvo por hacerme su compadre. Yo quería hablar mal de él, cueriarlo como dicen... y mi zorro lo supo y se me enojó. Con un tiro no arreglamos la cosa Yo no creo en el duelo. Mi zorro tampoco. Con que le puse dos o tres pollos en los cepos y se los llevó Claro que eran pollos apestaos; pero él se los comió por guenos. .

Colocó una pausa.

—¿Vos conocés a Melitón Sagrera, el de la estancia nueva?

—De oídos. .

—Tiene ái una muchacha que la hace pasar por ahijada... Ella es del pueblo .. tiene los ojos como ahumaos, el pelo cortón y la pollera cuasi a la altura del pelo... Gueno· Esa moza ofrece hasta un peso plata por un cuero e'zorro. Yo, jué saber esto y pensé llevarle un cuero e'capincha colorada; pero Sagrera, aunque está amaturrangao, talvéz me lo disconfiase al cambeo .. ¿Qué te parece?

—No conozco, Don Zacarías...

—Con que... me salí en procura de mi zorro. No dejé gallinero en las chacras. Aquí había dejao unas plumas... Allá una gueya .. Más lejos un grito Le puse ujeros en los caminos ., lazos , carne con veneno de hormigas .. Nada conseguí.

El abombao sonríe.

—La cosa no es pa ráirse.. Claro que no di con el astuto. . ¡Cómo iba a dar! Aura en la pulpería acabo de saber la cosa. ¿Sabés ande tiene querencia mi amigo zorro? En el rancho de Olegario Saura, por mal nombre "Capincho". ¡El tal "Capincho" ha tenido el coraje de cazar "mi" zorro! Lo tiene atao a cadena al pobre animalito...

—¿Y ese será el mesmo que usté campiaba?

Zacarías se indignó. Aquel muchacho de ojos asombrados era más bruto que el mismo bichoco

—¿Claro? ¿No sabés? En estos parajes nunca ha andao más que un solo zorro: el mío. Yo tengo propiedá de él antes que "Capincho" porque lo vengo campiando de más allá... He jurao que ande lo agarre lo desuello. El que me ha robao mi zorro, me convidó rición a que lo ayude a cueriarlo .., dice que le tiembla el pulso... ¡Dejuro, ai que ver lo que sacude un peso plata! Vos "abombao", ¿conocés algo de leyes?

—No señor. .

—Eso es La ley está conmigo en la ucasión Cuanto acampe la noche, dentro en lo e' "Capincho" y me llevo mi zorro.

—¿Y a mí, pa qué me precisa?

El viejo lo observó un instante. Manosea sus barbas. Busca en su maleta de malicia una gota de miel para cazar aquella mosca.

—Verás· —le dice— una ucasión, mi zorro risolvió limpiarse de pulgas Aquellos puesteros saltones le chupaban la sangre, como se dice. Cuando de apurao, tenía que hacerse el muerto, el pulguerío le hacía unas cosquillas bagualas. Conque risuelto a desalojarlas, agarró un palito entre los dientes, se jué al tranco hasta el arroyo y dispacio metió la punta e la cola en l'agua Las pulgas, pa no ahugarse comenzaron a subir, junto con el rabo a hundirse..., acamparon en las patas, cuando éstas jueron dentrando en el arroyo, hicieron rodeo en la verija. Mi zorro, sin prisa, siguió zambullendo. Ya no tenía más que la cabeza ajuera el agua. Las pulgas, ganadas todas en el hocico se lo dejaron un momento lo mesmo que espejo e pulpería· puntiao.. Pero tam-

bién el hocico se mojaba y ellas saltaron de las narices al palito Mi zorro las dejó subir, una a una, y cuando la última acampó, soltó el palo con la carga, aguas abajo, zambulló y ganó la orilla...

El "abombao" no entendía.

—¿Qué he de hacer, Zacarías, pa ganar ese rial?

—Esta noche, "abombao", tenés que hacer de palito La custión es sencilla: llegamos a lo de Olegario Sauro, apodao "Capincho". Yo te espero ajuera. Vos dentrás, agarrás a mi zorro y me lo tráis Yo lo cuereo, lo vendo, te entrego el rial y guenas noches..

El "abombao" pestañeó varias veces. Luego, sin contestar, se puso en camino llevando al bichoco por una rienda. Zacarías le sigue Si aquel "pajuato" se decide, está resuelto el negocio. Mientras avanza, le observa de reojo. Por la pinta, el compañero parece muchacho capaz de torear una perrada por la promesa de un real. Camina sin errar tropezón. Por algo la madre le puso el mote. Zacarías, a ratos, encuentra que si el "abombao" anda en dos de sus patas, será porque le amaestraron.

—Don Zacarías, si en lo de Olegario "Capincho", alcanzo a mirar fijo al perro, no me ladrará. ¿Qué tendré en las vistas?

—Susto, m'hijo — le contesta.

El muchacho se detiene.

—Es allí — dice, — señalando un rancho a la derecha del camino.

—¡Qué ha de ser allí, "abombao"! La casa de Olegario "Capincho" es ésta a la zurda. ¿Ves una ramada de cuatro esquineros, de quincha larga, que parecen garzas negras durmiendo?

—La veo.

—Bien. Ai abajo, atao a cadena, nos está vichando mi zorro. Andá... bendito e Dios.

"Abombao" se empina hasta alcanzar el oído del cazador.

—Con una condición dentro —le dice— y ha de ser, rial en mano. A lo mejor, aquí en lo de Olegario "Capincho", en vez de agarrar a su zorro me agarro a mordiscones con los perros. Usté es muy diablo, Don Zacarías.. Promete .. y yo me quedé abombao a causa de una promesa. . ¿Comprίende?

—¡Te estás dispertando, m'hijo! Pero yo no tengo plata aquí, la olvidé en casa.. ¿Por qué disconfiás de un anciano?

Lo oye de cabeza gacha, sombrero en mano, por respeto, pero no se mueve.

—Entonces —dice por fin, el gurí— dentro si es que usté me deja dir con el pellejo del zorro a entriegarlo yo mesmo a la señorita esa de la estancia. Usté me aguarda cerca. Yo le pido el peso en riales, guardo el mío y le entriego los suyos .. ¿Aceta?

Don Zacarías comprende que el dichoso rial se pierde. Su asociado no cree en palabras Siempre quedará tiempo para redondear aquel peso El le va a dar muchas vueltas al asunto.

—Aceto. Dentrá dispacio, tal vez te erren el primer palo. Yo te aguardaré junto al cerco aquel de pitas, — señaló.

El "abombao", gateando, franqueó la portera de lo de Olegario "Capincho". Zacarías se emboscó entre las púas del pital.

—Dios quiera que consiga traer sano a mi zorro. Si alguien ha de ser lastimado esta noche que no sea ese cuero . Esta gente es tan bruta que a lo mejor le tira un horquillazo al "Abombao" y me le pegan al zorro.

Apresta el oído. No se nota ningún movimiento.

En lo de "Capincho" la gente duerme, sin duda. Pasan cinco minutos.. , diez minutos El muchacho no aparece.

De pronto, en el rancho, aparece una luz y se oye un grito escandaloso de mujer.

—¡Socorro!... ¡Olegario!... ¡Te roban tu zorro! . ¡Chumba, "barcino"!...

Ladra ronco un perro Algo pecha contra el alambrado Aparece el "abombao", detrás, una cadena, en la punta, el zorro, de cola parada, porfiando en la cincha. El muchacho tira de él, avanza picaneado por los gritos de la mujer. El animalito viene dejando un surco en el camino y lo siembra de pelos. La luna se asoma al escuchar los chillidos. Al rato todo vuelve a dormir; pero el satélite se ha olvidado de entrarse. Platea, ahora, el cuchillo de Zacarías que hace maravillas cuereando.

—No lo vaya a tajiar, viejito... — dice ansioso el muchacho.

—¡Qué me viá a tajiar un peso! ¡No recelés!...

—Nueve riales... — objeta el amigo.

—Lo que sea ..

Poco a poco, tajo a tajo, el zorro de Don Zacarías queda como china linda en rodeo de solteronas El "bichero" fuma, le hace guiñadas al humo y al finado; sonríe y corta. La cola es lo único que se salva.

—¡Al fin me hice con mi zorro! Lo que Olegario "Capincho" güelva del boliche y se largue a rastriar, va a encontrar esta carniza... ¿No te haberán reconocido "Abombao"?

—Puede ser...

—¿Si querés, en todo caso, me dás ese rial y yo asiguro que vos no juiste?

—Eso no jué lo apalabrao, Don Zacarías... Yo no tengo miedo. Escuendo la cadena y dispués, ¿quién me discubre? Este zorro es suyo y Olegario "Capincho" lo cazó confundido ¡No ve que todos estos bichos se parecen!...

—¿Sabés muchacho, que a mandinga lo pintan zonzo?

La tarea termina. El "Abombao" carga con el cuero. Busca luego a su petizo, se enancan y ponen proa a la estancia grande.

—Atendé: te propongo un trato — le dice el viejo. — Vos sos muy caido e la cuna, pero te cáiste porque viste plata en el suelo .. Si querés, yo, por ese rial que me vas a deber, te despabilo Aprienderás a mi lao la cencia de la cacería Sabrás pa qué viento abre la cueva el peludo chico y cuando hay que atropellar al montés ..

—Castigue, Zacarías, que se está haciendo tarde. A lo mejor este diablo e'zorro se ha ganao otra guelta en su cuero y se me escapa ..

—Ta visto, m'hijo, que no serás nunca cazador. . Pero oíme, a mí dengún "abombao" me ha hecho soltar el queso... Tratá de que no se caiga ese cuero, ¿eh? Mirá, trái p'acá la cola, con eso lo vamos llevando entre los dos.

Así, tranquilos, adelantan. Cerca de la portera, Zacarías desciende

—Gueno, el trato ha de rispetarse. Andá vos, cobras ese peso. Mordélo pa asigurarte y pega la vuelta De aquí nos vamos a dir como guenos amigos hasta el boliche. Allí, de tu parte, me pagás una caña grande y asunto acabao

El "abombao" se resiste.

—Gueno, Don Zacarías, me queda un "no pago

nada", por decirle y se lo digo. Si quiere vamos al boliche. Siga esta línea de alambrao que yo lo alcanzo...

Se aleja taloneando el bichoco.

Un cuarto de hora más tarde vuelven a encontrarse, alambrado por medio.

—¿Se lo entriegaste?

—Sí, señor.

—¿Cuánto te pagó?

—Un peso.

—¿Cambiao?

—No, en grande...

Se lo mostró.

—Traigaló, m'hijito...

—Le tengo recelo, Don Zacarías. . usté es muy diablo. Aguarde a que lleguemos al almacén, con eso lo cambéo allí... Diga una cosa: ¿Olegario "Capincho" quedó en el boliche?

El cazador comprendió que el "abombao" tenía miedo.

—Allá lo dejé, malísimo, porque perdía a la escoba... Es un paisano de mala entraña ese Olegario. Yo que vos, dispués de lo que acabás de hacer en su rancho, no me animaría a enfrentarlo.

—¿Y cómo puede saberlo?...

—Mejor dame el peso, nene y golvéte a casa ..

Juntos entraron en la pulpería. El boliche tiene una reja para comerciar de noche y un mostrador para de día, dos limetas chicas y una tinaja grande. Allí se venden agua y galletas del año que la clientela desee. Sobre una mesa de pino, tallada a cuchillo para recordar los "tantos", hay una "escoba" en juego. Los naipes, el piso y hasta los jugadores, la

necesitan. Olegario "Capincho" más que los otros. Su apodo explica el barrial.

—Gueno, muchacho porfiao, no guelvo a hacer más negocios con usté. Maté a mi pobre zorro y no viá ganarme ni un peso siquiera. Vaya y cambée...

—Diga, Don Zacarías, ¿no le gusta que le pida eso al propio "Capincho"?

—Hágalo y nos ráimos... A este bobo —piensa mientras su "socio" se adelanta— dentro e'poco haberá que soltarlo con trompeta...

El "abombao" se detiene junto a Olegario. Desde allí le hace un guiño al cazador.

—Tata — le dice a "Capincho".

—¿Qué quiere, m'hijo?

—Aí está Zacarías el "bichero". Me convidó pa robarle el zorro. Yo aceté. Mama salió a los gritos pidiendo auxilio .. Peché en los alambres... El viejo cazador mordió, tata. Lo dejé cueriar y aquí está el peso.

Zacarías se apoyó en la escopeta.

Olegario "Capincho" tomó la moneda que le alargaba el "abombao", su hijo más zonzo. La mordió. Y mientras la guardaba:

—¿Qué es eso de caluniar a un anciano, muchacho? —le gritó,— Don Zacarías me quiso ayudar, de generoso que es. ¡Vaya aura mesmo y dealé las gracias!

EL MONTE

¡La banca tiene doscientos pesos!

El tape Jiménez, tallador con manos de costurera, coloca el mazo de naipes sobre el tapete.

—Corte, Cipriano

Graupera obedece.

—¡Abro, cabayeros!

Un as de copas embriaga a unos y un dos de oros encandila a los otros.

—Se copa arriba y se juega en el gallo Pico .

—Copo al dos — dice Cipriano Graupera.

—Pago. Graupera.

—Me doy guelta, señores. .

Hace horas que los paisanos echaron raíces para formar un "monte" sobre el potrero verde, con un "pozo" y cuatro "palos". El tallador, "picando", se comió casi todas las semillas. Paisanaje pobre, jugadores de sábado, criollos con mucha afición y poco dinero, pasaron de "chimangos" a corujos mirones Frente a frente, quedan Jiménez y Graupera Uno talla, otro "copa". "Ñandú Culeco" los admira en voz baja, aunque les censure por lo alto Cuando se encuentran no juegan, se baten. Es el de los dos un largo duelo que empezó en plata y todos esperan acabe en sangre Ambos se respetan El "tape" baraja a la luz Graupera "apunta" con la izquierda, mientras su revólver en la derecha, bajo el poncho, apunta también.

—El as de copas — dice Jiménez.

El coimero arrastra la "parada". Los doscientos pesos de Cipriano pasan a juntarse con los mil que lleva perdidos. Una "lata" del "copo" se queda en el plato de las coimas.

—¿Qué le parece, "tape", si trujésemos un naipe nuevo?

—Como guste, Graupera.

Don Salustiano Pereda entró con la baraja; miró el platillo de la coima y volvió a salir. El no es jugador, y hasta ignora que en su casa se juegue por otro interés que el de matar el tiempo. Es comerciante. Se ocupa de vender cirios, amuletos e imágenes. Está lleno de "votos" y de buenas intenciones. Hay en su casa mazorcas de plata contra las "secas" y piernas de níquel para las "rodadas". Fundador de "Ñandú Culeco", hombre a la antigua, creyente, temeroso de Dios, conoce a sus vecinos y a su pueblo. Sabe que éste es "aburrido" y aquéllos, tentados. Por eso los sábados de noche reúne en su trastienda a la mozada. Le presta un naipe para que se divierta. Mandó hacer "latas" con sus iniciales. Y puso, no una coima, sino un "cepillo", porque don Salustiano no tiene fortuna y alguien ha de costear la grasa pa'l candil.

El tape Jiménez baraja de nuevo. Por la rendija de la puerta un "milico" asoma la cabeza para verlo "trabajar" con el naipe. El tallador es un criollo de manos chicas y ojos grandes. Su rostro parece tallado a cuchillo en ñandubay. Es inexpresivo, inmóvil, turbio, cara de indio o de pito. No dicen nada ni los ojos, ni el entrecejo, ni los labios finos. Siempre está mudo, Juega, al parecer, lo ajeno. Nació para curandero, alcalde o jugador. Relancea, baraja, mezcla, abre el abanico de las cartas, lo cierra suavemente. El librillo dócil, manoseado, se ablanda y obedece.

—¡Qué manos! — exclama con envidia un mirón
—No La noche está muy fría Se me agarrotan los dedos, responde el "virtuoso". —Si las barajas tropiezan o se pechan, se marcan — explica. Es cuestión de envainarlas unas con otras. Poner un poco e'tanteo y un grano e'sencia El que tenga afición puede llegar a mucho con un naipe.

Habla accionando.

—Mi máistro jué el finao Agapito Guerra. Tenía dedos embrujaos aquel hombre Ande él hizo un baraje, se paraban hasta las arañas pa'aprender. ¡Llegó a cartiar con acompañamiento e'guitarras!

Terminó. Se hizo un silencio

—Corte, Cipriano.

Abrió el juego. Graupera jugó y perdió otros cien pesos.

Cipriano había resuelto aburrirse. En el pueblo se sabe que eso quiere decir no jugar. Decidió ese aburrimiento desde su casorio con Amabilia Peralta. Cipriano durante tres meses no pisó la santería de Pereda Mientras fue feliz, en la luna de miel, el rancho propio le resultaba demasiado grande. Luego, cuando su mujer se enfermó del corazón, juró no jugar más que a escondidas. Esta noche la compañera se agravó. Cipriano regresaba de un viaje con tropas. Volvía con el corazón liviano y el cinto pesado. Cuando echó pie a tierra, Ramoncito, el peón salió a recibirlo.

—¿Qué pasa Ramón?

—Doña Amabilia ganó la cama, señor Graupera

Graupera no escuchó más En el dormitorio se encontró con el médico La juventud de la enferma había luchado mucho con el "dotor". Este habló de un aneurisma y recetó el viático. Cipriano, desespe-

rando salvar a su mujer con jarabes, apeló a un amuleto. Compraría para la agonizante un corazón de plata. Su pena echaba mano al cinto para adquirir una víscera nueva, de repuesto...

Hacia la "santería" de Pereda corrió en la noche, bajo la lluvia que listaba su poncho. A pesar de la gravedad de Amabilia, "Ñandú Culeco" dormía achuchado, a todo lo largo de la calle real. Sólo un candil velaba: el de la jugada. A lo corujo se acercó a esa luz Mientras el comerciante le "despachaba" el amuleto. Cipriano vio la escena familiar. La mesa Cuatro bancos ocupados por vecinos de asiento, hombres curtidos que perdían todo, menos la gravedad De pie encontró a los "mosquitos" que apuntan de salto, pierden un peso y ganan un hambre El "atorao" que llega a tiempo, se juega, cobra y sale con política. Allí encontró rostros serenos, manos crispadas bajo los ponchos. Atmósfera de tormenta "Matreros" El ambiente agresivo y salvaje del "monte", juego espinoso, diversión de cachorros colmilludos. .

El mismo gurí, al mismo precio vendía cimarrones y "dulces", para templar las pérdidas y solemnizar cada ganancia. En el rancho del "santero" no se bebía. Entrabase en busca de alivio y se encontraba a veces un balazo. Entre aquellos terrones se agrupaba la flor del pago. Era el abrigo contra el sol de verano y la lluvia de invierno El naipe los abanicó en estío y con sus cuatro palos calentaba las heladas. Algún "seco" mareado con el as de copas dormía en un rincón. Hay hastío fuera y peligro dentro de ese rancho. Toda la emoción que se salvó del pueblo cabe en esta sala; menos aún, cabe en la mesa de juego, y si la aprietan algo, se horqueta en el lomo del naipe.

La carpeta había sido verde; ahora está madura. En la puerta, la lluvia golpea. Quiere entrar a distraerse...

Graupera vaciló. El "santero" no se daba prisa

—Cipriano —preguntó el tape Jiménez— ¿cómo se halla su enferma?

Se adelantó a responder. Ya el tallador "abría" el juego y cerraba el tema. Nadie se acordó de aquel dolorido que llegaba a comprar un corazón Entonces, Graupera, quiso saber por una sola vez, por una sola carta, si salvaría a su enferma. Y para probar la suerte, por salir de dudas, puesta el alma en un rey de espadas, palo real, apuntó un peso, y lo perdió Dobla la apuesta, y vuelve a perder. Mira las manos del tallador, luego los ojos fríos, toda aquella figura impasible, Jiménez lo desafía Cipriano se sienta, copa la banca, y le ganan.

—Mientras pierda aquí —piensa— gano allá, gano en amores juerza pa cabrestiar el corazón de Amabilia, ¡el empacao!

Lleva dos horas así. No aparta los ojos del que talla. El plato del coimero es una pupila. Un brocal abierto en el tapete verde De tanto en tanto aquel pozo recibe un disco de plata, la coima, lunas pequeñas Hostias para las comuniones del "santero".

Desde el "mostrador", Pereda, ajeno a la jugada, pregunta.

—Muchachos, ¿está ahí Cipriano Graupera?

—Sí, ¿qué se ofrece?

—Lo buscan, vecino...

Sin pedir licencia, Ramoncito entró en la "sala". No trae poncho, ni chambergo Cipriano, pálido, mira aquella cara mojada de llanto y lluvia.

—¡La enferma sigue muy mala, patrón!

Jiménez sigue tallando.

—Apuntan, o guelvo al baraje, cabayeros — previene en vista de que algunos curiosos atienden más a Ramoncito que a las cartas.

—¡Copar arriba. Jugar abajo! — ordena el tallador.

Cipriano "copa", apurado, nervioso, va por el resto.

—El padre cura ya está junto a la patrona, confesándola — agrega el peón.

—¿Qué dice el cura?

—Yo no sé, Don Cipriano, lo dejé hablando más en latín que en criollo.

Graupera suspira, pero no se levanta. (Habla mirando las barajas).

—Ya ves, Ramoncito... voy perdiendo dos mil pesos.. ; juego dos o tres manos más... y voy p'allá en seguida.

Se acordó del amuleto.

—Santero — ordena — traigamé ese corazón que acabo e'comprarle.

En tanto don Pereda corre a buscar el amuleto, Ramoncito sigue el juego. Todos tienen la atención puesta en aquel librillo de naipes En él deletrean. Gracias a él, se distraen, hojean las figuras, se imaginan reyes, sueñan. En sus páginas amargas se detienen y llegan a pasar en vela las noches. Es un pasatiempo infantil. Cuando las sombras caen, todos forman ruedas, Jiménez lee y el pago pierde hasta el sueño...

El "santero", regresa.

—Aquí tiene su compra

—Ramoncito, allá en casa está el cura, decile que

yo le mando eso pa que lo bendiga y él mesmo lo cuelgue en el pescuezo de mi prienda

Esto diciendo, se descubre, besa el voto, la achura suplente. Siente que aquel beso será un acicate, un hupa, el tirón necesario. Sabe que es preciso un milagro y que el milagro surgirá de un trozo de plata bendecido por un beso y una cruz.

—Llevaseló, mi pión. Voy en seguida.

Sale sin ruido el mensajero. Es necesario que entre descalzo en la alcoba de la moribunda, que no lo sienta la muerte, para que le dé tiempo. Cipriano, lleno de fe, vuelve a la jugada.

—Yo conozco casos, don Cipriano, — dice un mirón, borroso de sueño y pobreza, — de muertos, ¿eh?, de difuntos levantaos por un "bendito" a tiempo. Un rezo ansina y un grito a los delanteros, sacan del peludo...

Nadie le atiende. Aquel charlatán hace sombra con sus palabras No deja ver claro Su aliento mueve la luz del candil. El conversador, cortado, vacío, libre del embrujo, quizá aburrido, se sale de allí por la ventana de un cuento. Consigue irse sin mojarse.

—Me acuerdo, Graupera — continúa — que sucedió algo muy parecido cuando dentró una epidemia...

Dos o tres "lechuzas" le chistan

—Los mirones ven y callan — rezonga Pereda.

Ya nadie apunta, Jiménez y Graupera siguen el copo y pago.

—La banca tiene quinientos pesos. Corte ..

Ahora Cipriano tiembla ante la idea de ganar. Busca su plata Ni un peso más. Su ansiedad se le sube a la garganta, mas el respeto, la ley del juego, le contienen. Manotea al paso un amargo y apaga la voz, hasta ponerla a tono para decir:

—Tape. déame un descarte.

Le entregan el mazo. Graupera, hojea, revisa, cuenta No tiene objeción que hacer y devuelve el librillo En cada "baraje" su memoria aprovecha un par de minutos para correr (a pie, chapoteando barro) hasta el rancho donde su compañera agoniza Los jugadores ven humedecerse sus pupilas, pero en seguida, Jiménez pone el mazo en la mesa Oye la voz de "corte" y Cipriano corta emoción y naipe a un tiempo.

—¡Cipriano Graupera! — grita ahora Ramoncito.

Le llaman Hay angustia en aquella voz. No respondió en el tono por respeto al lugar.

—Con permiso, Jiménez —dijo — ¡Dentrá, mi pión!

—Está en las últimas —informa.— Pide verlo, don Cipriano. No quiere dirse la pobre sin despedirlo

—Pero qué disgracia, Ramón. . ¿Yo merezco esto? — Nadie responde. Callan por respeto al compañero copador. No atienden, sin embargo Ellos están aislados, a salvo de tormentas, en la isla verde de dos varas por dos, bajo la guardia del candil, faro amigo. Aquel mensajero desentona, con su carga de desgracias. Sobre la isla flotan nubes de humo, únicamente. Mientras el peón lleva y trae su angustia para uno, el coimero cuenta y alinea fichas, Jiménez se distrae haciendo maravillas con el naipe y los mirones parecen escuchar el dialogo de patrón y peón:

—Mira, Ramoncito, ¿ves esa banca?

—¡Gordaza está! — comenta el muchacho.

—Gueno. Esa plata jué mía. ¡Dos mil pesos! Decile a mi china lo que pasa Ella tiene sangre. Conoce mi conduta... Contale esto, no má. está atracao con

el tape Jiménez. Nada más. Amabilia ha de esperarme

—Yo le viá decir. . pero...

—¿Le pusieron el otro corazón?

—El mesmo cura, jué

—¡No perdás tiempo, Ramoncito! Yo sé que mi enferma no se va a dir ansina. El tape Jiménez no es hombre de recular, cuando yo apure el juego. Cuatro paradas más y estoy allá. Cuestión de minutos. ¡Tengo tantas ganas de verla! ¡Vaya a saber las cosas apretadas que viá decirle muy apretadas pa que dentren en tan poquito tiempo!

—No se dimore, patrón — recomienda Ramoncito al volverse.

Siente envidia por el peón que puede ir al encuentro de la agonizante. Suspira. Los demás respiran. Las cabezas se juntan. Ya están las dos cartas sobre la mesa. Graupera apunta y gana. Copa y gana En pocos minutos recupera mil pesos.

—Paso la talla — dice Jiménez

—¡Yo la tomo! — exclama Graupera, recogiendo el mazo. — Cabayeros, la banca tiene mil pesos.

Es medianoche

Cerca aletea y canta un gallo

—Dejuro que haberá cerrazón, mañana — observa el conversador

Para que no lo reten, guarda silencio y se echa a pensar en lo triste que es un entierro con neblina.

A la pobre Amabilia la llevarán así entre la cerrazon, sobre el barro, hasta el camposanto distante. El cementerio, lo tendieron en una loma, lejos de "Ñandú Culeco". La fantasía del mirón se anticipa al sepelio. Es una emoción dolorosa, poco frecuente. Su imaginación ve pasar primero a Ramoncito, en

el ruano de cola atada, cinchando de la rastra, con el ataúd mojado. Tal vez, a causa del camino pesado de agua, necesiten dos cuarteadores. En el silencio oye los chirlazos. De trecho en trecho el cuesta arriba y el barrial les obliga a detenerse para dar un resuello a los mancarrones sudados, que se ponen a exhalar humedad En esas paradas, la comitiva golpea yesqueros y enciende puchos. Luego al "envite", al "vamos", tornará la cinchada de aquella dijunta Detrás del féretro, el mirón ve pasar al duelo, que empieza y termina en Cipriano Graupera, con su golilla negra, su poncho negro y su caballo negro. Unas varas más atrás marchan, en pelotón, los acompañantes Los primeros "tranquean" cabizbajos, en silencio. Los últimos, charlando. Entre éstos irá con un cuento de jugarretas, él, que en las jugadas hace cuentos de entierros...

—Apunten, cabayeros...

Parpadea el candil. Graupera deja un segundo de tallar para observar la luz. Siente un escalofrío. Le parece que algo se apagará con el velón. Teme que un halito sople allí y lo deje a oscuras, en sombra por dentro. Siente miedo al aviso distante. Y por primera vez en la noche larga, Cipriano pierde pie. Allí donde nadie grita, donde se pierde en voz baja, donde se hiere en voz baja, a cuchillo, Graupera, fuera de sí, grita:

—¡Una luz!

Traen otro candil. Los compañeros simulan no haber visto la falla.

—Juego, caballeros ..

Cipriano ha reaccionado Bajo su máscara de hielo luchan el enamorado y el tallador. Vence el último. Poda su impaciencia, la deforma y consigue amol-

darla al código claro, a la ley, escrita en frío, de la jugada. Serena el tembleque de sus manos Desearía barajar dos segundos y se impone la tortura de un relance. Se ha puesto en penitencia por aquel grito, y la cumple luciendo su habilidad en el carteo Consigue ser admirado. Nadie ignora su cariño por Amabilia. Muchos atardeceres, cuando Cipriano regresaba de los "apartes", le vieron entrar en el pueblo, con la chinita sentada en el anca del "tostao" o del "oscuro". La moza les sonreía tristemente Era el de ellos idilio hondo, por lo mismo que lo temían cortón. El pueblo se asomaba a mirarlos. Las viejas admiraban. Las mozas criticaban. Los hombres codiciaban el caballo, la china y la sangre de Graupera, las tres cosas por su orden. El pingo por ligero. La china por tristona La sangre por lo fría. Esta noche el hombre les da la razón a todos. Un tipo con menos conducta, un maturrango, habría arrastrado la "carpeta" en su afán de correr hacia el rancho a cerrar los ojos de la finada. Un aficionado como Cipriano, domador de sí mismo, balaba en la estaca, quieto allí, quemándose hasta agotar la banca

Y está a punto de conseguirlo. Hasta el respetable don Salustiano Pereda se acercó a mirar el combate Jamás se jugó tanta plata en su sala, como esta noche. Le agradece a Cipriano los "restos" de quinientos pesos. Gracias a ellos ve relucir aquellos discos de plata con iniciales mandados hacer por él al platero que lo proveía de amuletos. Las fichas de a "cien" corren sobre la mesa para orgullo de todos Gracias a esa emoción general, el juego no es aislador allí. Todos tienen un encanto común: las latas nuevas. Después de haberlas visto rodar de mano en mano, comprenden que ya han admirado todo; que pueden morir en paz.

—Anda en mala, Graupera.

—Hace seis horas — responde. — Debo estar pisando la orilla e'la guena.

Le quedan cien pesos

—Ha de haber mudao el viento — observa el charlatán, — porque dejó e'llover. .

Con inquietud de enamorados, miran hacia el campo por las rendijas de la puerta. Aun les queda un "resto" de noche El detestable amanecer, demora; sin duda a causa del barro Recién ahora la jugada tiene verdadera emoción.

—Corte, Jiménez . ¡Abro!

Sobre el tapete dan la cara un cinco y una sota.

—¡Copo a la sota! — se oye.

—¡Pago!

Si el tape acierta, termina con la reunión. Todos, ansiosos de espectáculo, llaman al "cinco".

—¡Me di guelta! — exclama Cipriano, empezando a "picar".

Es la última carrera de dos naipes. La sota corre muy cargada Una tras otra van saliendo barajas. La gente cincha del "cinco", desea clavarle las miradas para que llegue el primero, aunque sea sin luz. Con plata, Cipriano es capaz de levantarse, y Jiménez tiene raza de "sentador". Ninguno de ellos juega por ocio, sino por devoción. Esta noche Graupera, héroe del "monte", está escribiendo su historia. Pereda, enternecido, asiste al espectáculo. El milico dejó el sable en la "santería" y se acercó también. Don Salustiano se adelanta a la consagración del "tallador". Paladea el comentario. Sabe que aquel hombre vive ya en la posteridad Cuando el día desparrame los voceros de su "hombrada", "Ñandú Culeco", los dormilones, los que no tuvieron la gloria de

ver la jugada, caerán en tropillas a visitar el campo de la lucha. Pereda se apropia unas fichas de importancia Coimea la celebridad. Relatará las actitudes de Cipriano Graupera, el hombre de hierro. Tal vez hasta cobre la entrada.

—¡La sota pa todo el mundo! Me ha ganao en guena ley, Jiménez...

Cipriano le acerca el dinero, y respetuosamente deposita el mazo de cartas sobre la carpeta.

Se abre la puerta.

Entra Ramoncito. Consigue un silencio

—¡He perdido, mi pión!

—¡Todo! — responde lloroso el recién llegado.

El viento trae un toque de campanas La cerrazón enturbia ese aviso

—¡Dueblan!

Graupera señala en dirección del toque

—¿Mi china? — pregunta.

—Ya lo ha óido, patrón.

Guardan silencio. Por la puerta abierta entra el amanecer, el toque de difuntos, el mundo con sus penas y sus ruidos.

—¿Me dejó dicho algo?

—Adiós, unas cuantas veces seguidas, eso jué lo que dijo con los ojos muy abiertos clavados en la puerta.

Un par de lágrimas cayeron, como dos fichitas de a real, sobre el tapete.

Cipriano permanece inmóvil Acaba de perder su cariño y su plata. Las dos cosas de golpe. Ya no podrá amar, ni jugar. ¿Para qué levantarse? ¿Para qué seguir arreando novillos y recuerdos a ponchazos? Solo, extraviado siempre, sin las dos querencias, sin ojos y sin cartas... ausente. .

Solloza el peón. El día entra triste, emponchado. La campana sigue golpeando a lo lejos. Todos los jugadores rodean el naipe. Miran al viudo. El velón flamea y el humo tropieza con los rincones. Piensan los amigos en la difunta siempre marchita, señalada, apartada ya por la muerte. Condolidos y pobres, hacen a Cipriano la visita de duelo

—Pa qué levantarme —piensa el deudo,— mejor acabo aquí, en mis canchas.

Sin aspavientos, varonilmente, se abocará el revólver sobre el corazón, por debajo del poncho "Apuntará" la última vez. Quiere que los aficionados no "semblanteen" su resolución

—¿Don Cipriano?

—¿Qué hay, Ramoncito?

—Yo carculo que el entierro e'la finada será luego a eso e'las cuatro Lo pregunto pa envitar

No le responde Graupera no tiene "luego". Buscando el revólver introduce la mano en el bolsillo, y allí en el fondo, junto al caño del arma, encuentra un peso en plata Se asusta de la muerte Ese peso es una semilla. Debe sembrarla antes, para que se multiplique.

Aquella moneda le niega el derecho a morir Hace maula su final

En su puño apretado, saca el peso Lo muestra.

—Vea, tape Jiménez, iba a dirme —le dice— y me hallo maniao entuavía. Queda un pucho e'sombra y un pucho e'plata. ¿Me da desquite?

Emocionado, el tape, responde

—¡Talle!

Cierran la puerta.

—¿Viene, patrón?

—Aura te contestaré, Ramoncito .. ¡Corte, Jiménez! — termina.

El tape "copa" a un rey. Cipriano se juega la vida a la otra carta La vida va contra un peso. Gana Seis veces seguidas la muerte se paró en un naipe. Y otras tantas veces, el tallador la espantó. Pero la "entrometida" no se aleja. Lo espera En cada "mano" sepárase un poco. Cada mano, la "ataja". Poco a poco, latas de a "cien" forman escudo al corazón de Cipriano Graupera La muerte se quebraba las uñas

—¿Qué caballo le agarro pal entierro, patrón?

—Aguardá .

Todavía no sabe si irá al sepelio a caballo o en rastra, en calidad de doliente o de difunto Mira la banca, gorda, y ésta le asegura que marchará "horquetado". Ahora no pierde "parada".

¡Ramoncito!

—Ordene, señor.

—Agarrá mi oscuro, ensillalo con los cojinillos negros, quiero acompañar a la finada enlutao del todo, ¿óis?

—¡Bien lo mereció ella! — dice el peón al salir.

Graupera pasa el revólver del bolsillo a la canana. Luego, suspira hondamente, y en voz baja, cálida, velada, como quien reza, murmura

—La banca tiene mil pesos. Juego arriba. Copar en el gallo.

LOS MELLIZOS

Hipólito Sánchez lleva quince meses de matrimonio. Ya tienen gemelos Buenitos Sanos. Luisa, su mujer, es muy robusta Habita, con la hermana Cora, el ranchejo que el difunto padre dejó para ambas Disfrutan de un patio con dos alambres en cruz embanderados con camisas y calzones que se prueban las "gordas" del aire. La vivienda está empotrada en un alvéolo de sauces llorones Por los fondos cruza un cañadón haragán. Coca emplea el día en sacar agua Apoya la mano en un tronco, se inclina levantando un pie hasta que pierde la chancleta y vuelve detrás de su pecho agresivo y delante de un rayón de patos. Al llegar ha volcado casi toda el agua Porque camina mirando el almacén vecino. No lo hace para ver a Lucio Machuca, como supone Luisa. Al contrario· la asquea ese "tape" Desde lejos advierte su "catinga", de macho cabrío, mezcla de mugre y "caña". Si "bombea" es, precisamente, para respirar a gusto. Cuando el overo de Machuca no está en el palenque, la "gurisa" recupera su natural apagado Es dormida y opaca. charco en cielo gris. Se abandona al tiempo en cualquier sombrío. Cruza las manos sobre alguna rama y se cuelga como un fruto maduro, blando, al caer Esta languidez irrita a su hermana. Debe encontrar en ella algo peligroso, pues sus "¡Vení para acá, Coca"!, chirrían como una llave

La "gurisa" tiene quince años. Nada le interesa. Parece haber perdido algo que busca en el aire Oye

"de espaldas" Responde desde allá abajo, "metida" en lo exterior, donde "campea" sin saber, eso en que piensa sin pensar. Y Sánchez es muy celoso Por añadidura, su mujer lo "amartilla" contra la cuñada. El "otro" llega el lunes y se va con "los gallos" del martes. Viene rendido, hambriento impaciente Apenas se quita el saco, empieza a pasear a los mellizos. Cuando "maúlla" uno, sacude a los dos y ambos vomitan en su chaleco. Apestando a leche ácida, Hipólito "sestea". Luisa entrega a Coca primero el fregón, después los niños y se acicala como si fuese la única dueña del rancho. Los lunes la ponen "distinguida". Después, despierta al esposo con un mate y un chisme Desde el comedor donde hamaca a sus sobrinos, Coca le oye bisbisar. El, destose o bosteza. Hay silencios Luisa suelta esas risas odiosas que salen de su carne blanda. Los mellizos lloran como si viesen tras el tabique las ubres sacudidas. Coca no puede oír Les daría la cabeza contra el suelo, y entonces la madre pregunta con alarma de lunes.

—¿Qué les estás haciendo a los niños?

Son las tres. La tarde caliente fermenta los detritus. De charcas y rincones sube olor a chiquero. Los sauces lo aspiran. Es un aire grueso que empuja a Hipólito y le mantiene de espaldas al marco de la cocina. Sánchez recién se levanta Mojó su cabeza, pero lo demás de su cuerpo sigue dormido. Parece asomar de entre un bolsón de lana. Y no hace por salir del capullo. Ya conoce cardo por cardo ese callejón . Además, llegó a tomarle ojeriza al trillo, "mamao", que pasa haciendo "eses"..., igual a Lucio Machuca .. Porque, según Luisa, ese borracho "viene faltándole" a Coca. Al ver la cara que puso Sánchez, la mujer se dio prisa a borrar toda la cul-

pa era de su hermana, una puerca. Ve al hombre y se "redite". Las chancletas le dan pretexto para cruzar despacio y pasa por la "jeta" del indio como si lo lambiese. Hipólito fingió indiferencia; pero, a solas con la "gurisa", le respiró al oído·

—¡Decile a Machuca que tu cuñao es Hipólito Sánchez!

Sin desviar la cabeza, Coca preguntó

—¿Nada más? — como si el reto fuese un encargo a incluir en la lista de provisiones

—Eso basta.

Ahora no siente andar a la mozuela. Tal vez Luisa, ignorando lo del mensaje, la mandó al boliche. ¿Coca se animará a transmitir el aviso? ¡Es tan dormida! Cree llevar en la mano un "churrinche" y lleva un ascua Machuca se va a quemar, pero el apelativo Sánchez es apagador. Y si no bastase, el revólver de un Sánchez enfría. Así lo intuye entre la sueñera, viendo trozos de camino asoleado, que la costumbre y el instinto ahuman Ningún pensamiento logra apuntar . Giran en torno a su coraje duro y van formando madeja algodonada, el trillo, los pasos lánguidos de Coca, el baboseo del Machuca

—¡Chino! — dice Luisa entonces, — ¡cómo se tarda esa chiquilina!

Anda por hacer tortas. Un mechón de su pelo renegrido la obliga a guiñar. Hipólito le da el perfil y aprovecha para mirarlo a gusto las pantorrillas musculosas que remarca la bota del "breech" La cintura elástica, artillada con un revólver negro, fúnebre El chaleco sugiere un peto del que parten las mangas pacíficas de una camisa rosa Por la abertura del cuello se ve un punto de cardenillo. Lo ha marcado el botón; y para el amor presagioso de

Luisa, aquello es cicatriz de bala· un presentimiento La nariz es corva. Los ojos oblicuos El cabello, aún húmedo, plumas a medio engallar El todo un águila Ahora la mujer hace un volcan de harina Casca huevos, que vierte en el cráter y empieza a trabajar el amasijo Desde su alumbramiento, presiente la viudez Hipólito es "diablo" y se irá como ellos acostumbran, entre una nube de humo y detonaciones Ese día, ella saldrá corriendo con un hijo en cada brazo. Ha de caer de hinojos junto al cadáver, y allí enloquecida, sin saber lo que hace, "piensa" dar a sus cachorros el pecho hinchado de sollozos y leche Siempre vive ese minuto que sale del revólver y de la cicatriz verdosa, podrida ya en el cuello de Sánchez Tiene guardado un amor apacible, donde caben hasta palabras dulces Se lo pondrá el lunes que su marido llegue sin armas. Pero él no las deja nunca. Para dormir, cuelga el cinto como una coroná, en la perilla del lecho. Y ese adorno funerario la hace querer de prisa. No se acerca al hombre sin ceñirle, sin estrujarle. Sus dedos, más que acariciar, agarran, pellizcan..

—¿Chino —le dice, con las manos presas en el cepo de masa,— arremangame, querés?

El se acerca por la espalda Hace un chorizo de género y lo corre hasta el hombro. Los vellos de sus manos rozan la piel morena que se crispa La mujer cierra los puños haciendo saltar chijetes de masa rubia y pringosa La risa sube por sus brazos Se amontona en la nuca. Ella echa hacia atras la cabeza y grita

—¡Dejame, chino!

Obedece Ya está en su observatorio Cruza los brazos y se pone a chiflar; no como las "cruceras".

a lo perdiz. Asustadizo. Disimula. Siempre los suyos tuvieron el pudor del coraje Ninguna tormenta de ningún Sánchez "cortó" la leche de sus nodrizas. Además, gracias al renombre, gastaron más en "rejucilos" que en rayos. Dicen que Machuca es muy valiente. ¡Amalhaya! Pronto se sabrá. Hipólito no quiere sobresaltar a las hembras; ni hacer preguntas. Cuando regrese Coca, le "clava" la vista, y si la moza viene abochornada, él le sale al indio como a tomar sol..., mansito..., chiflando.

Luisa soba haciendo rechinar la mesa Y, de pronto, "se le pone" que Sánchez con ese silbo deja escapar presión. Interrumpe la tarea:

—¡Vos andás alunao, viejo!

El cierra la válvula. Sonríe compasivo

—¿Estás loca? — pregunta, y mostrando por olvido los dientes, torna a mirar hacia el boliche. La esposa se asoma, ve el caballo de Machuca en el palenque y ya no suelta a su hombre

—Vení — ordena, — sentate a mi lao.

Se deja llevar. Está blando, tranquilo. Ella le empuja y él cae sobre la silla y se desparrama como un bofe. Tenía quince años cuando le ofende una broma y saca su revólver por primera vez. No alcanzó a tirar, felizmente. Había atajadores. Su reacción desmedida, sorprende a los testigos, a su contrario y a él. Allí sienta fama de "arrebatao": se quemó en la cáscara y está crudo por dentro. ¿Entonces, no se ofendió? ¿Sólo hizo armas para contener a un "guarango"? ¿Se propuso comprar "retobo"? ¡Dios sabe! El no pensó en nada. La mano se le fue al revólver. Si el bromista se "rasca", él hace fuego Sí. Por gusto no desenfundó. ¡Mata! Y así, en frío, porque las armas han de sacarse para matar. Ya iba de cuchi-

llo al colegio, hasta que su finado padre le descubrió "Te mando a la escuela — dijo el tata — pa que podás morir en tu catre". Poco después, ese viejo caía peleando con el vecino que le castigó un perro. Según los mirones, su padre insultó primero, mas hizo armas último El matador le descargó el revólver mientras Sánchez se corría bajo la "humadera" con el cuchillito en la mano, y al hacer mención de "cogotiar" al enemigo, cayó sin vida ya Pero su "tata" tuvo razón para enojarse Aquello no era una broma Si el hombre no saca la cara por un pobre perro, ¿qué mejor ocasión espera para dar puñaladas? Gritó, porque sentía en carne propia el rebencazo No fueron insultos, sino aullidos los "de'l" La verguenza de un criollo no termina con su cuero, sino en el rabo del último bicho de su propiedad Y no se "arrebató"; fue calmoso buscando la golilla del otro gallo para prenderse y herir sobre seguro, mientras el vecino "sacudía" plomo igual que las mujeres sacuden las polleras "pa" espantar un bicho. El pobre ha de haber muerto sin ilusión Merecía adversario más parejo Más "toro". Hipólito no es amigo de bromas. La gente sin letras ni "políticas", ni barniz, anda con el cuero vivo. Debe huir de las cosas con puntas Este fue su consuelo. A el hay que hablarle formalmente Ningún Sánchez fue dado a "cañas" y manoseos Las chuscadas de boliche andan entre dos copas, como los frenos y terminan sofrenando. También le consoló mucho saber que había matado al jaranista. La suya no fue una payasada. Siempre respetó su revólver. ¡Cómo iba a ponerlo en ridículo! A su arma le gusta dar en la cabeza y él pensaba complacerla. Pero, con todo, aquella vez "madrugó". No es asesino. ¿Y entonces? Lo hizo de

"puro gurí", engolosinado . Había gente ., bocas llenas de risa . Le pareció facil morir . Es valiente. Ya nació "ansina" Lo trujo. ¿Y qué? No tiene mérito. Para él lo trabajoso sería "prudenciar". Cuando niño despreciaba a los cobardes. Hoy, les compadece. Ha de ser feo llevar adentro un león y afuera una gallina. Porque menudean las personas dobles. que viven estaqueadas entre dos "poderes"· la dignidad de machos y la carne de hembras Varones nacidos fuera de tiempo o de pago; valientes por apelativo y flojos por "necesida", porque la madre les dio el pecho y el padre la espalda, hombres que tienen el lomo guapo Lo peor es que no carecen de verguenza Usan hasta de más Cuando se las pisa, cortan el pedazo sucio, y después la dignidad, que es costurera, busca un remiendo en la cuna del gurí, en el luto de la consorte o en la salud del propio "pisoteao", y compone la verguenza Los primeros dias se advierte el parche Pero, al poco tiempo, todo es de un color. Esos tienen miedo de parecer maulas; más que de serlo. Provocan. Viven repechando, El que saca en suerte una cara "fiera", se esconde atrás. Hablan poco "pa" ocultarse en el silencio. Tiran al blanco y exhiben la amenaza de su puntería. El varón que más sabe de él mismo, nunca sabe si es maula. Ocasionado, "aflueja", pero se da alguna razón honorable. Queda en duda. Para salir de ella, en seguida provoca a un "infeliz" que el instinto le entrega ya "maniao", lo arrolla y vuelve a entrar ajustadamente en su propio concepto. Así recupera sus derechos a la mujer y a la progenie. Porque el maula no puede dar cría. Para mejorar la especie, el genio de los campos le veda el amor Hipólito reconoce que el coraje es caprichoso, desparejo A veces

uno cree llevarlo en la cintura, echa mano y sólo encuentra la vaina Se vuelve y lo halla escondido entre unas flores. Porque la comodidad, la ilusión, la familia "herrumbran" a los hombres. Y sin eso, sin causa, hay días que el varón se niega a combatir Aunque "haigan" mirones y tenga salud y acabe de afilar el cuchillo, no lo usa. ¿Es cobarde por ello? Y mientras Luisa corta trozos de masa que hace rodar entre sus manos calientes, Sánchez hace rodar estos pensamientos fríos El puede tenerlos sin temor de contagio Guapo a pesar suyo, juega con sentires ajenos, extraños, que no sabe de dónde saca Desconoce la prudencia . ¿Cómo pudo "colegir" Luisa que él "le tiene ganas" a Machuca? ¡Se lo ha "soplao" el amor! ¡Ese cariño de las mujeres tan poco altanero! Hipólito no casó para escudarse con la hembra. Si ha "encastao" fue "pa poder dirse" quedando en los cachorros. Dios, al darle un par de hijos, le dio doble permiso para morir Estas cosas no "saben" hablarlas los hombres Ni las entienden sus esposas Las pensó. Y a tiempo Puso en un lado de la balanza los besos, los pañales, las chancletas, y en el otro platillo, su revólver El arma pesó más Todos los días de esta vida, Hipólito rectifica la operación aún es hombre Esto es lo que su compañera ignora Sánchez casó "en primeras nupcias" con su altivez. Los hijos envalentonan Hay que darles buen nombre. No quiere dejar "guachos", palanganas donde cualquier atrevido se lave las manos Vive cómodo en su hogar es cierto, pero se debe a que no anda tropezando con sus reproches . Evoca incidentes.. Arrea la "punta" de "ariscos" que amansó y vuelve a chiflar bajito. El Machuca no ha de ser "gueno" Manoseó dos o tres borrachos Es

de los que toman y pelean . Tal vez "sano" razone . . Sería "lastimoso" que Coca lo "agarre mamao" Porque todos los parroquianos del boliche van a salir diciendo que Sánchez aprovechó ¡Y que lo digan no más! .

Entra Coca. Tiene los ojazos brillantes y la cara encendida. Basta. Hipólito ya sabe. No quería alarmar a su mujer. Por su gusto, iba a salir "callao", pero puede equivocarse. A lo mejor, esa "gurisa" gusta del atrevido. ¿Si su rojo no es verguenza? ¿Si es amor? ¿Va a matar a un cristiano por tan poco? Necesita aclarar. Y pide explicaciones. Las exige En voz dura, afilada, que pone a Luisa del color de las tortas crudas aún

—¿Le dijiste a Machuca? — grita

Sin desviar los ojos muy abiertos, sin mover los labios muy carnudos, Coca responde al rato

—¡Sí!

—¿Había otros presientes?

La "gurisa" hace esfuerzos para recordar

—No , naides — responde, y vuelve a entrar en éxtasis.

—¿Se puso a tomar?

Pausa.

—¡Respondé, asquerosa! — media Luisa, vehemente.

—¡Quién? — pregunta la mozuela

—¿Cómo, quién? ¡Machuca! — aclara Hipólito

—No está tomando

—¿Y qué te rispondió?

Coca da la sensación de apartar cuidadosamente la flores de un ramo, hasta que encuentra y saca la alcachofa. .

—Mı rispondió que vaya usté a decírselo.. si es hombre...

—¡Gueno!

Sánchez se levanta Luisa suelta un grito Corre a la cuna. Arranca de allí los mellizos Se acerca una tromba de berridos, ayes, manos, harina. Alcanza a Hipólito. Le presenta los cachorros, bocones, babeantes. Desea que los bese Pero el padre los toma y el peso de sus "pobres hijitos" lo vuelve a sentar.

INOCENCIA

—Eso sí, apenas el payaso dentró en el corralito, jué pa sacudir garrote y vejiga pa todos laos, como chancleta. ¡Lo que yo anoche me he ráido en ese circo, alcanza pa un mes largo! ¿Usté vido alguna vez un payaso, Don Remigio?

—Denguno . Tal vez, si la risada es tan juerte, puede que una de estas noches me le anime y llegue al pueblo a conocer a ese.

—¡Este es un tipo locazo! Apareció vestido e'color loro, con las alpargatas y el lomo cuajao en bichos de luz. La cara bien blanca, la cabeza entre una media, una arandela e'trapo en el cogote, y la boca ribeteada e'punzó y con forma de ocho acostao. Es el títere prebista más festejao que se ha conocido en el pueblo. — El paisano deja el tizón con el que ha trazado en el aire la figura del clown y termina: — Gueno, Don Remigio, ¿lo vido bien?

—Dejuro· ¿es un loro pampa? ¿Por qué lo preguntás?

—Porque va a ser muy difícil que lo conozca en persona. Esta noche el circo representa las últimas pruebas y alza el poncho pa no golver.

—¡Qué disgracia! — La exclamación, parte de entre unas bolsas de harina.

—¿Estabas ái, Cuatí? A ver si va a la pila y se trae unas rajas de leña, pues, amigo.

El niño sale, llevándose a la peona por delante. Lo rastrea un insulto. Cuatí ni se entera. Le preocupa únicamente volver y escuchar.

—Nicanor, ¿y por qué se van tan pronto esos prebistas?

—No les dentra la gente, señor. ¡Parece mentira cómo es de bruto el tal pueblo! Apenas llega una compañía de zonzos, disfrazaos con esos sacos de gambeta que llaman fraques, y comienzan a saludarse y decirse una prosa que ni la madre entiende, es un cáir de cristos en majadas que dentran y te augan aprietaos hasta la maroma... Y en cambio, a los títeres y a las pruebas a lo que te criaste, no se allega ninguno, ni cinchao!

Cuatí, la hormiga de la estancia, vuelve con una carga de leña más grande que él. Se quita un sombrero que bien puede servirle de poncho y calladito la boca, se echa en su querencia, en lo más oscuro y ahumado, para salir desde allí, sin que lo vean, a tirarle manotones a las palabras

Le llamaron Cuatí en memoria de un perro.

Era hijo de madre solamente. ¡Milagros de la miseria! Sus primeros años los pasó lejos de la estancia de Don Remigio Achar. En el Cololó, pago de tierras ricas, tuvo su rancho; una cueva retobada por dentro de pajas bravías Casa de "disgraciao" que no aquerencia. Su madre andaba siempre con un mamón colgado de la vejiga del seno. Hacía hijos de más y panes de menos. Repartiendo el hambre entre muchos, pensaba que le tocaría poco a cada uno Cuando sus muchachos entraban en los nueve años, ella los iba poniendo como huevos, en las estancias vecinas para que se fuesen haciendo "pollos".

—Don Remigio Achar —le había dicho, la tarde en que se apareció trayendo de la mano a Cuatí — se lo vine a dejar por la comida, ¿sabe? No me lo haga tragar mucho, vea que él no está acostumbrao

y peligra lo saque regalón, al niño... Este no conoce nada. Cree que la o es una argolla Convendría no enllenarlo de cencia, porque el que ve, quiere. Y él es muy pobre, ¿no? Déale trabajo a lo "patria", derecho. .

Después sonó un beso de él, un suspiro de ella y un varazo a la yegua. El "gurí" tenía en su maleta de lona un pañuelo por todo ajuar. Si acaso iba a necesitar algo en el nuevo pago era eso. un pañuelo Los primeros días fue cuzco forastero. Todos los recuerdos le "miaban" los ojos. Más tarde, las "memorias" se le nublaron con las madrugadas de agosto A las dos y media. en la alta noche, el niño salía, sin miedo a los ladrones, sobre su pingo "bichoco" y luciendo un apero que él le "halló" entre las cruces y los cuadriles el espinazo. Una matadura blanca, fue su vellón. El estribo una maceta. Sus piernas desnudas, la cincha y una piola, el riendaje Era poco, pero todo "empriestao" El día que a Cuatí le dieron algo, fue un disgusto Es el "guri". ¡Yo lo he visto tanto en las estancias! Cuando llega a agarrar un mate es porque otros cansaron a ese amargo En el tambo, apenas lo ven, se les "retira" a las "atadas" En su guampa hay más espuma que leche Sobre el freno donde duerme, lo cobija el rocío Pero él, a todo eso, les lleva la ventaja de ser niño mucho tiempo. Cuatí no ha amanecido aún a pesar de que se pierde en todos los amaneceres buscando la tropilla. Por eso juega con el cencerro de la yegua madrina.

—¿No sigue hablando de eso, Don Nicanor?

—¿De lo qué?

—De las pruebas...

Los hombres se habían olvidado de él. Ahora, cu-

chillo en mano se arriman al asador, cortan, mascan y tragan en silencio.

—¡Cualisquier día hablo e'nada junto a un asao ¿Vos no sabés que una ucasión, por hablar, cierta urraca perdió un queso? —Se atoraron al reír — ¿Y vos no querés comer, muchacho?

—No tengo voluntá, gracias.

Cuatí entiende que se mastica todas las madrugadas y se habla de payasos, una sola. El espera desayunarse por las orejas. Mientras los peones callan, el niño imagina. ¿Cómo será el circo? ¿Una manguera o un galpón? Quizás funciona a campo abierto, con guitarras huecas y pasteles rellenos Lo prefiere bajo techado para atajar las voces ariscas. Nicanor lo sabe, pero él no se atreve a preguntarle. Siempre la malicia le mostró los dientes a sus interrogaciones Por eso lo ignora todo Antes de mostrarle cualquier cosa, se la deformaron, para reirse. Calla siempre y nada sabe, pero lo imagina y desde el "bichoco" se la discute a cualquier pájaro, o a cualquier árbol. Lo malo es que nunca se entienden.

—Nicanor, y las otras payasadas que viste anoche: ¿qué jueron?

—¡Cuasi nada, don Remigio! Allí conocí la cebra.

—¿Y qué cosa es esa?

—Un burro blanco curtido a lazo con un rebenque embarrao. Por más que bellaquió con un macaco prendido e'la clina, no lo pudo basuriar. El monito anduvo entre si caigo y me quedo. El rabo diba escribiendo en el aire... ¡Chillaba, vaya a saber qué! "Agarrenló", quizás... Dentró dispués a dar gueltas un bicho lunarejo de pescuezo largo y anca e'ñandú. Girafa, le decían A veces maliceo que lo habían formao con dos cristianos y una caña. En-

tre una rodada del Tony y una guelta del valse, aparece allí una mona de chiripá y gorro e'plumas y comienza a tranquiar por un alambre, como si juese un camino... Yo me la hubiese tráido a las casas...

—¡Dejuro! — Es Cuatí que aprueba A cada número del espectáculo ha dado un paso hacia el narrador Su tony es un niño, usa como él, camisa desflecada, cabellos cortados a tijera y por series, "tuse de clavija" y desnudo el pie, al que una espina clavada, calzó caballero. Recuerda en su carne los porrazos del artista. Los dos caen siempre de cualquier modo, menos "paraos". Cuando le pisan la oreja a la suerte, es sobre un hormiguero. Oye y ama. Cuando entre los tizones, alfombra roja, pasan en el relato los monos amaestrados, Cuatí los estrecharía contra su pecho desnudo. No le importa que tengan la camisa de seda sobre otra de pelo. Son muñecos callados también y se ganan la vida. Aplaude al caballo que galopa llevando en las ancas a la moza pruebista... Dicen que lleva un plumero entre las orejas. El plumero es un tordo· Don Juan. Ahora siente frío al ver a dos muchachos que prendidos de argollas de cincha, se hamacan a lo potro, cerca de las nubes. Le tiran besos y confites. No puede imaginar una sola cosa: la música. Esos instrumentos de lata no los golpean; los soplan. Clarines, trombones .. hechos un nudo, enredados a lo víbora; silbando. ¿Por qué los soplarán? Sin duda pa enderezarlos. Según Nicanor, uno de los payasos tiene un gacho del tamaño de una nuez, pegado en la cabeza, como una verruga Salta, rueda en el aire, a lo taba, se desensilla corcoviando clavao de manos, y el gorrito "orquetao". ¡Los perros, son gente! Hay allí cosas del color que se pida. . Y patrón del tony, pial, zanca-

dilla, azote sin dolor, máistro del bicherío, mosca en pastel, el payaso del "ocho" abre todos los portillos para hacer salir las carcajadas.

—Gueno, Nicanor, ya es día. Dejá las "prebas" y vamos a agarrar los caballos

—Don Remigio, ¿me deja dir con Nicanor a recorrer?

—Vos estás criando muchas alas, Cuatí. ¡Vaya a echar las lecheras!

—¡Tambo, rosilla!... ¡Tambo, mariposa! — Se agacha el niño para recoger un terrón y allí, entre sus hermanos yuyos, encuentra una taba La "mariposa" se salva de que el terronazo se haga humo en sus cuadriles Le dijeron que el payaso trabajaba dentro de un toldo grandote una parva de risas Cuatí es chingolo. Quiere ir. Lo único que necesita es el permiso del patrón. ¿Se lo darán? ¿No lo irán a sacar cortito? Aquella taba hallada, lo sabe y debe decírselo en el primer tiro. De su mano tembleque se escapa, enredado, el "gueso". Corre, lo alcanza y mira

—¡Suerte!

Don Remigio ya está "de a caballo".

—Señor ¿me da licencia pa dir a ver el circo?

Lo miran con asombro.

—¿Y vos, Cuatí, pa qué necesitás payasadas? Sos muy gurí entuavía p'andar queriendo rairte. Se te están criando muchas alas de un tiempo a esta parte ¡Aprienda a ser serio primero, mocosillo! No le doy licencia. Vaya y ayude a la piona que anda ordeñando

Las garúas, las tormentas, las neblinas lo habían secado mucho. Pero esta vez lloró. Amenazando los

ojos con sus puñitos cerrados, brillante la nariz, obedeció, entre resbalones.

—¡Che, judas, hacé el favor de no lagrimear aquí junto al balde, no sea que agués la leche!

Se aleja varios pasos. Ve que una vaquillona cocea cuando la ordeñan. Le encuentra razón y deja de llorar

Está resuelto a romper el maneador. Esa noche pasan sus reyes magos Puede ser que siendo él tan pequeño no tenga derecho a una fiesta No discutirá eso, sino a la vuelta del circo.

—Piona, ¿usté conoce cuál es el rumbo que lleva p'al pueblo?

—¡Este rumbo, animal! —le señala.— Vos nunca sabés denguna cosa. No he visto gurí más inorante .

—Mesmo. Naide me apadrina. El muchacho e'la carreta y yo siempre andamos en la culata.

A las doce del día, Cuatí, larga, sudada, a la impaciencia. Sobre ella acarreó un amargo, secó el pozo, picó medio tronco de sauce, y curó dos ovejas abichadas, todo eso acompañado por una polkita chacarera que se le quedó en los labios. Dicen que son cinco las leguas por andar Menos mal que muy aparceros con el sol, él piensa invitarlo a dir. Lo llevará cargado en la espalda, pero vale la pena, su amigo calienta cualquier proseo

No almuerza Mientras los peones mascan primero el asado y después el palillo, Cuatí, desnudo por fuerza, cose la camisa tendida en una talita para que se asoleara. Como las víboras tiene una camisa por año. Esta, hace tiempo que anda con ganas de "dírsele", por eso con un tientito robado, el niño le hace en cada agujero, en cada boca, un medio bozal. Tiene, a la mano, sus alpargatas de segundo pie.

Regaladas. Una es gris y amarilla la otra. Cuando camina y las mira se hace la ilusión de que vaga con otro "gurí" a su costado. Se ha dado un baño, ahora la "peinilla" de tres dientes, lo rasquetea. En apartar, refugar y hacer a un "lao" medio rodeo de cabellos, emplea una hora. Sale después en busca del pozo, espejo haragán, siempre acostado junto al balde. Se mira, y el agua le enseña un venteveo al rocío. Nunca estuvo mejor peinado, ni siquiera en las mañanas de viento.

Ya hace rato que "sestean" sus compañeros de galpón.

Cuatí anuda su pañuelo "de tiro". Si las demás prendas le faltan, esta le sobra. Es la compensación. Entonces, gacho en mano, cruza el galpón, lo mas silenciosamente que puede. Mas pisa un estribo, se cae, un paisano despierta y le ordena:

—Si ya estás levantao, mandinga, fijate la hora que es.

—La de arriar la tropilla, señor.

—¡Pucha que estás voluntario! Andá y la echás. Hoy es tarde de sol y te toca a vos ese trabajo.

Sale por fin. El sol empieza a retirarse ante el alero que le presenta sus espadañas de punta. En la sombra, le saluda una "culeca". Por entre las plumas, aparecen cabecitas y lo bichan. Cada mosquito es una chispa. Al abrir el portillo, de un alambre con crisálida de vellón, nace un churrinche, vuela y lastima en seguida una rama de higuera. Al pasar por allí le sonríen los higos abiertos. Todo canta para el niño.

—¿Cuánto serán cinco leguas? —pregunta al sendero — Dejuro serán mucho. Lo mesmo que de aquí a lo e'mama. ¡U más! Porque estas otras tienen al circo atao en la punta...

Camina. Durante unas cuadras, con la alpargata amarilla de Cuatí, tranquea el Tony. Distraído con las pantominas del "prebista" nuestro "gurí" se lleva un cardo por delante. Los punzos lo despiertan. Por asociación vuelve los ojos hacia la estancia. No la encuentra. Una cortina de eucaliptos amigos se levanta entre el miedo y el muchacho. Respira. Se ensancha. El aire le infla la camisa. Mete las manos en los agujeros del pantalón, los agujeros son los bolsillos del pobre, y alarga el paso.

—Lo que es hoy, yo no me cambeo por Nicanor. ¡El ya vido el circo, pues!

Chifla el tropero, arreando el bicherío sabio Delante, va el payaso vestido de loro, la jirafa lleva seis monos "enrabaos" en el cogote, la cebra pasando por detrás de una reja

A su espalda un paisano capachudo sofrena el caballo.

—¿Qué andás haciendo de a pie, chiquilín? Capaz que te empolle el sol. .

—Voy pal circo, pues...

—¡Diablo, que son desalmados en tu casa, largarte con este calor!

Cuatí no lo oye. Tiene un solo tema y lo gasta.

—¿Usté ya vido al payaso, señor? Dicen que hace reir más que golpe ajeno Lo que es yo no he de reirme... ¡No se joroba!

—¿Y a qué vas, entonce?

—A abrir los ojos y los óidos ¡Serio nomás!

Ha pensado mucho en eso La risa lo distraería Tal vez le robase un poco de emoción Cuatí quería estibar impresiones, llenar el balde, para la sed que pudiese llegar.

—Dispués me quedarán años pa reirme — le dice

al "amigo". — ¿Sabe? Dende que salga de la parva p'adelante. Yo soy muy pobre pa ver payasos dos veces en la vida. Siguro que Don Remigio me despide por desobediente. ¿No ve que me han crecido mucho las alas? Yo tendré que agarrar pa casa, mientras no llegue, tranquiaré serio entuavía y ¿a que no acierta pa cuando quiero al payaso? ¿Cuándo me viá reír de veras?

—No.

—Cuando mi mama comience a darme la primer paliza. ¡Ai ya, sí!

El sombrerudo, indignado, bajó los ojos hasta el niño, alzó el rebenque y le gritó:

—¡A vos te falta el vaquiano, muchacho! ¡Sos de loco, que da asco!

Lo dejó con angustia

—¡Me falta el vaquiano! Me quiso decir que erré el rumbo? . ¡Y me agarra la noche!

Los balidos se van haciendo estrellas. Cuatí busca ese yuyal que se aparta del camino y tirado sobre él llora por segunda vez en aquel día Ya ni siquiera corriendo podría alcanzar la parva grande Todo ha sido inútil el baño, la fatiga, los azotes y sobre todo, la esperanza. Sa marchita ahora que se entró el sol. La peona le engañó

—¿Por qué?

En ese rumbo buscó el circo y encontró la noche. Ahora le duelen los pies. Unas voces y una luz de candil lo levantan. Llega rengueando a un rancho Golpea las manos.

—Diga, señor ¿el circo anda cerca?

—Claro, muchacho, cuando caminés media legua te lo topás. ¿Ves esas rayas de luz que suben allá?

—Veo, señor.

—Son los cuetes del circo.

Ni le da las gracias. Echa a correr. loco de contento La peona era buena y ese hombre era bueno y la vida también. Lleva la lengua afuera y sigue corriendo. Empieza a oír el estallido de las bombas. Las mira ascender y ríe. La causa gracia la luz. Ahora recibe en su cara alegre un pedazo de aire con música.

—¡Oigalé, Es un polka .

Y se deja tironear por ella. Avanza y baila a pesar de los terrones Ya no se le puede ir su circo. Los acollara el bailable. De pronto ve acercarse un guardia civil.

Cuatí se detiene Es delincuente por alegría.

—Guena noche, señor.

—¿Vas procurando algún rimedio, niño?

—No Pal circo voy.

—Guasquiate, entonces, si querés ver la payasada ya están por largar.

Siente que lo acaban de soltar, ahora, cuando casi no puede correr. Unas cuadras más y se detiene "pasmao". ¡Por fin! La parva se alza frente al chingolo rengo. Le angustia el tamaño de "su" circo. ¡Nunca podría hacer entrar todo aquello en el corazón! Al rato empieza a ver las cosas pequeñas. Ahora vaga entre niños pobres, vendedores de dulces que no prueban Están sentados juntos al gigante amigo, en cuya boca, un hombre galoneado, grita de tanto en tanto.

—¡Aprovechen, señores, la última función!. .

Y Cuatí, pálido avanza. Mas lo detienen.

—¿Dónde está tu entrada, muchacho?

—No tengo, señor Apúrese ¿no oye que ya mi payaso anda en el picadero?

Hasta ellos llegan carcajadas y aplausos.

—Ve a sacar un "paraíso".

—¿Ande?

—Ahí, en esa boletería. — Va hacia el sitio indicado

—Deamé una entrada, señor..

—¿A ver la plata?

—¡Cómo!

—¡Aprovechen, señores, la última función! — seguía gritando el galoneado.

—¡No truje plata, señor! Yo soy Cuatí. Vengo de lejos.

—¡Y a mí qué me contás! Volvete

Un hombre que llega con varios niños le da un codazo Otro lo empuja El no se queja ni llora, ni se ofende No sabe pedir. No sabe "colarse". Siente un cansancio enorme...

POR EL CATRE

—¿Está alunao, mi pión?

El indio, de gacho a pique sobre las cejas, interrumpe un instante su labor.

—Yo tengo nombre Me llamo Eduviges. Seré aconchabao; pero no perro. ¿Qué es eso de mi pión?

Domingo Gauna sabe que Eduviges lo considera incapaz de cualquier guapeza Hace varios meses que el indio se empaca y el patrón le da rienda Uno grita y otro calla. Domingo sabe que es el calor quien lo acobarda.

—Si alguna vez se ha de ser frío —dice siempre— es en verano.

Pero su peón, crece demasiado ante la tolerancia patronal Se sube en cada siesta como un termómetro. Por eso hoy, Gauna no consigue dormir. Las patas del catre le hacen la cruz al sol Si estuviese tranquilo sestearía. Hace mucho rato que da vueltas y más vueltas ofreciéndole el anca a una preocupación

—Este Eduviges se está hinchando dimasiao —piensa, — cualesquier día no cabe en el ranchito y yo peligro tener que dejárselo pa él solo. Eso no es justo. Voy a tener que arrollarlo. Quizá precise un tiro. Quizá, si hoy mesmo me resolviese a darle una guena paliza, se arreglarían las cosas

Una muerte siempre da trabajo. Domingo no se decide. Abre un ojo, lo saca puerta afuera hasta el campo; las gallinas con sus picos abiertos le avisan que no se mueva.

—Tendré que levantarme del catre y agarrar el arriador y sacudir el brazo

Es mucho trabajo. Tal vez de noche, con la fresca, se resuelva Aunque nos duela confesarlo, Domingo es un poco haragán No tiene culpa Nació séptimo hijo de Don Apolinario Gauna. "Agarró cansao" a su progenitor. Es mozo y es delgado y alto No hizo nada para crecer, subió solo. Sigue rubio a pesar del sol. Le crecieron barbas y no las escardó Tenía una chacra grande y tampoco la escardó. Como los suyos le afeasen esta desidia, él, una vez, apartó un potrerito con su rancho y su "oscuro", elegido de tal pelo porque se ensuciaba poco, y el resto de las tierras se lo jugó en un "resto". Lo perdió Ya estaba libre de preocupaciones y rastrillos, podía empezar a vivir. Para vivir necesitaba cocinar. Salió al camino y sentado en los alambres esperó que cruzase alguno. Quien cruzó fue Eduviges. Domingo lo conocía por insolente y sucio. No había más que mirarlo, con el gacho sobre los ojos chúcaros, para dejarle seguir rumbo Pero Gauna no era criollo de meterse en intenciones ajenas, pensó que aquel sujeto clavaría el asador, tendería las ropas del catre, llenaría el barril y a mucho exigir, tal vez hasta le picase la carne, y no lo dejó marchar.

—Gueno —le dijo— ya sabe: el oscuro es mío sólo. El trabajo es suyo sólo. Lo demás es a medias. Yo como lo que me dean. Pito si me "arman" y duermo hasta que me dispiertan Le puedo dar todo, menos una mano . .

El peón empezó por ponerse la mejor ropa del dueño de casa.

—Pero como me la deguelve limpia —murmuraba éste— ¡pa qué le voy a decir nada!

Después, Eduviges comenzó a dejarla sucia.

—Con no ponérmela —pensó Domingo,— ¡pa qué lo voy a reprender!

Y cuando el peón ya no le devolvió la ropa, Gauna aprovechó el pretexto para no levantarse del catre.

—Este diablo de Eduviges me ha dao una gran idea... — se decía.

Más tarde, el socio, dio en devorarse casi todo el costillar. Domingo prefería el hambre a la masticación.

—Me libra de andar mordiendo al ñudo —pensó— lo dejo. El trabaja mucho, ¡pobre!, precisa pastiar.

En el correr de los meses, el peon se ha pasado de sus dominios a los del medianero. Excepto del "oscuro", Eduviges se ha adueñado de todo. Cuando Gauna protesta, el indio insulta Hoy, su soberbia amenaza la comodidad del patrón. A la hora de la siesta, sagrada de silencio, Eduviges decidió cantar. No está alegre, ni en voz, pero canta. Es el suyo un reto, el clarín del gallo aleteando sobre el plumón del vencido Desprecia a su patrón. Se le ha impuesto Está decidido a dominarlo por hombría. Quiere el catre, con su parque de bostezos y el ejército de sueños . Está dispuesto a desalojar al intruso Domingo. Espera hacerlo trabajar a su vez

—¡Don Eduviges! .

Gauna desde el codiciado campo de batalla donde sigue tendido, quiere parlamentar. Aquel "don" es indudablemente blanco Pero Eduviges no acepta condiciones. El rendido con colchones y sábanas, debe perder el "oscuro", ganar la olla, el asador, la escoba de carqueja y el barril. Para esto se hace necesa-

rio la batalla. Eduviges ataca, mandando un "tuteo" a la descubierta.

—¿Qué querés? — pregunta.

—Usted tutée nomás y crezca, pero no se olvide e'dejarme un hueco ande yo pueda estar echao a lo ancho... Porque si no, hemos de andar muy enriedaos . Yo, cierta vez que el tiempo estaba fresco, me enojé con uno .

—¿Y qué jué del dijunto?

—Talvéz si se queda lo mato, pero disparó. Yo no tenía ganas de correr y lo dejé dirse...

—Mirá Domingo Gauna — dijo despectivo el indio — yo creo que vos no asujetás la chancha en un cuesta arriba. ¿Pensás que es de haragán? No, es de flojo. .

Como los dos opinan en contrario, les será preciso convencerse. Domingo es el menos entusiasta. Está en peligro de perder su peón. Si Eduviges apaleado, se va ¿quién cocina? Gauna sabe que él, caso de resolverse, es paisano capaz de tener al indio maneado en la cola, como un cachorro. Pero resultaría más cómodo no comer que convertirse en cangalla.

—Yo le pediría, Eduviges, que dejáramos las cosas como están. Pa desengañarnos habría mucho que andar. Tendría que levantarme del catre... A menos que usté se allegase pa que yo pueda castigarlo de acostao...

—Mirá, Domingo, buscás pretextos pa no asustarte . Pero yo estoy cansao tamién. Ya me transijé. Vos no ayudás nada...

—Ansí jué lo tratao. .

—Yo que soy, aunque pobre, criatura e'Dios, tengo que salir de a pie hasta la tranquera lo menos una

vez cada tres días, mientras tu caballo oscuro se pudre de ocioso. .

Domingo reconoció esa razón

—Sí, son unas cinco cuadras, es mucho andar; tiene motivo e'quejarse. Eduviges; lo convenido era eso. pero no importa. Dende aura p'adelante, cada vez que usté lo necesite, le voy a empriestar mi oscuro... Y eso es pa que usté vea que no soy dengún desalmao. ¡Es tan trabajoso andar de pelea, alzando a cada rato la voz!

¡Con razón le habían puesto Domingo, como al día de descanso! Eduviges no esperaba ese ofrecimiento. Había reservado la carta del oscuro como causa infalible para motivar la atracada. Quería, a la vista del dueño, montar con espuela al matungo y sacarlo charqueándole las verijas, campo afuera; castigarlo por la cabeza, merecer el corcobo del dueño. Y cuando éste se le fuese encima, arrocinarlo a rebenque y bajo una lluvia de golpes llevarle hasta la escoba y atarlo a ella.

—No te aceto esa limosna, Domingo. Ya estoy cansao Aquí, dende hoy, van a mudar las cosas.. Vos te vas a levantar del catre y yo comenzaré a acostarme en él.

—Usté está loco, Eduviges. . ¿por qué no espera que lleguen días más templaos?

—¡Verás si te levanto!

El peón salió, con un freno en la mano. Domingo no se movió Afuera empezó a oirse la voz de Eduviges llamando al oscuro.

—Vas a sentir lo que es rodaja y talero, escurito —decía el peón, mientras lo enfrenaba. Luego, lo acercó al rancho y entró a él por las bajeras.

—Don Eduviges, ¿qué anda por hacer?

—Ya te alvertí, Domingo, que hoy este rancho cambea de dueño... Tenía uno flojo y lo muda por otro guapo.

—¿Y qué espera demostrarle a mi caballo?

—El largo e'mis piguelos...

—Usté no hará esa herejía con el pobre animal .

—¿Qué no?

Domingo comprendió que era preciso levantarse. El indio era capaz de aporrear al oscuro Se ha empeñado en que su patrón le castigue. Cuando pone el pie en el estribo, Gauna está junto a él.

—Indio atrevido —le dice con su eterna cachaza.— Aura vas a soltar ese caballo, luego te voy a dar unas patadas y dispués aprenderás a diferenciar pereza con cobardía.

Junto con el primer empujón, Eduviges, cuchillo en mano, atropelló al socio. Se le había hecho palenque. No era herir de punta su intención, sino dar de plancha espaldarazo de cobarde. Nada más.

Domingo despierto y ágil, cuerpeaba las puñaladas y paraba los hachazos con el poncho

—Mire, Eduviges, que me está haciendo sudar ..

El indio embravecido, continúa atacando. Ha llegado el momento de imponerse y aunque tenga que pinchar un poco para arrear hacia las ollas al patrón, pinchará si es preciso, en el primer descuido. Domingo, elástico y calmoso de palabra, quita y previene:

—¡Vea, Eduviges, que yo una vez me enojé!

—Vas a dar guelta, Gauna y a doblar el lomo —contesta Eduviges mientras huyen cacareando las gallinas

—Ya me estoy comenzando a fastidiar, indio...

Guarde ese cuchillo y le prometo no darle más que tres lazasos por los costillares .

Pero Eduviges no cree en Domingo. Lo tiene a mano y se aprovecha. En un descuido, el poncho no llega a tiempo y la hoja de acero alcanza la frente y se llena de sangre.

—¡Basta, indio! — grita Domingo Gauna.

—¿Te rendís, mi pión? — pregunta Eduviges.

En respuesta, Gauna, cansado ya, saca el revólver, apunta a la cabeza del atacante y hace fuego Eduviges cae.

Domingo tira el poncho pesado, enfunda el revólver y se aproxima al caído.

—¡Dijunto... pucha! —exclama.— ¡Ahí tiene, amigo, lo que es no hacer caso!

Se desespera pensando en la comida de esa tarde. El no es hombre capaz de parar la olla

—Este Eduviges abombao, aura que me hace tanta falta, no puedo contar con él... Si me hubiese agarrao a tajos en la cama, yo habría aguantao más rato.. pero ansí, de parao, al sol, me cansé... ¿Y aura?

Primero se deja caer en el suelo, rendido por el esfuerzo Le cansa el trabajo que se le echa encima con aquel muerto. Cuando repone sus fuerzas, observa al indio. Hasta después de "finao" Eduviges conserva el gacho sobre las cejas.

—Y yo me'olvidao de la comisaría... De cualquier manera este es un dijunto Habrá que dar cuenta de él u de lo contrario, como no nos vido naide y aquí denguno se allega, si yo agarro una pala, cavo un hoyo y lo entierro... en diciendo que murió de enfermedá ya estaría arreglao...

Pero la idea de tener que trabajar tanto, que cam-

pear otro peón y hacer una cruz para Eduviges, lo detiene.

—Mejor es la Comisaría. Allí, de comer le dan a uno y pasar tirao, se pasa.

Domingo emplea una hora en elegir el camino más cómodo.

—Esto, disgraciadamente, no puede quedar ansina El dijunto va a comenzar a jeder... Dispués vienen las moscas y será cosa de andarlas espantando . ¡Vea el trabajo que me has dao, Eduviges, tanto cismaste que has salido con la tuya!

La idea del entierro le horroriza. Domingo sabe que la fosa le llevará lo menos una semana, y que un millón de moscas no lo van a dejar dormir. Siente envidia del difunto.

—Ai está Eduviges, descansando. Ya no tiene ni siquiera que comer .. Si caigo en la cosa me dejo apuñaliar, sería más cómodo. .

Por fin se resuelve Paso tras paso sale a la portera. Siéntase en los alambres y aguarda al primer comedido. ¿Quién se puede negar a llevar la noticia de una muerte? Si se tratase de un nacimiento, tal vez hubiera que pagar el chasque. Domingo está decidido a darse preso. Vaciló mucho; pero el hecho de encontrar el oscuro ya ensillado, ahorrándole esa tarea, lo convenció.

Allá, a las cansadas, cruzó un vecino.

—Don Zoilo, ¿usté es hombre de hacer un favor?

—Asigún...

—¿Va a pasar cerca e'la Comisaría?

—Por la misma puerta, Domingo...

—Gueno, entonces hace el favor: asujeta allí y le dice al milico, que Domingo Gauna acaba e'matar de un tiro en la cabeza a su pión Eduviges, por causa

e'que pretendía el dijunto hacer trabajar al matador. Párese, don Zoilo, dígales que si les viene mejor, traigan un carrito p'alzar al finao, con eso yo voy más cómodo tamién . Y, no se apure; le dice que si se resuelven a venir con el juez y las preguntas, que se traigan algún hombre p'hacer la comida, ¿oyó?

—Está bien. .

Don Zoilo "chupó" al matungo. Domingo se tendió en el suelo a esperar. Tenía un pucho en la mano, se olvidó los fósforos en el rancho y miraba encenderse la primera estrella.

—Si juese guena a bajar y darme fuego — pensaba...

A MANO

Quien, entre los arroyos, "Tapao" y "Arerunguá", señalando hacia el Cerro Azul, pregunte al baquiano

—¿Qué es aquel pueblito que blanquea en la meseta?

—Es el cementerio e'los Pereyra — le dirán

Si más tarde, en el plan de un bajío despierta su curiosidad una construcción cuadrada, derruida, de piedra sobre piedra, anchos de un metro los muros.

—Esa es la antigua tapera e'los Pereyra — le informarán

Está asentada en el centro de unos campos llanos, poco arbolados, con mucho cardo y mucha torcaz. Allí, en los primeros vientos del Otoño, parece que las alcachofas volasen.

—Son estos los campos de los Pereyras

Da la sensación de que esos gauchos fueron unos gigantes que, desde la serranía llevaron sobre sus hombros, en mil viajes, las pesadas losas con que levantaron su fortaleza Parece que no hubieran tenido mas que la casa, ruda, hecha a pampero y malón, y que del pie de aquellos muros, los Pereyra salieron un día sacando el campo a la cincha, estirándolo así leguas y leguas. . Luego, para que no se les arrollase, lo estaquiaron con muchos árboles que el tiempo hizo monte y después, a uno y a otro lado, cavaron con sus caroneros una zanja larga y honda en el "Tapao", otra en el "Arerunguá" y esperaron que lluvias y rocíos las fuesen llenando gota a gota

—¿Entonces son muy ricos esos Pereyras?

Lo jueron..

La leyenda dice que ellos plantaron el monte, empinaron la sierra para abrigo de sus innumerables ganados y le dieron el impulso inicial a los arroyos. Pero el labio de los viejos vecinos cuenta que los Pereyras, hombres de bocas cerradas y brazos abiertos, escribieron la historia del pago en tarjas y garrones, con rodeos, servicios, proezas y pencas Eran todos de un pelo Acaso castraban al que salía "manchao". Durante un siglo dieron su palabra mirando hacia el camposanto de Cerro Azul, y la cumplieron contra la autoridad, contra el peligro, contra ellos mismos, siempre. La "caña" los tornaba melancólicos y la burla, bravíos El más viejo de la casta era para ellos, el más fuerte horcón "siñuelo", tras hoguero Cuando un Pereyra cayó, fue pialado en su coraje Daban primero la mano, después la estimación, después lo que les quedara por dar. Luego del amor a su palabra tenían el amor a sus caballos Eran éstos parejeros "tostados", con la famosa marca "banderín" en los cuadriles y viento en la ranillas. Sus dueños los corrieron por una suerte de campo o de balde. por el orgullo. El Pereyra más liviano los piloteaba, llevando como vincha una cinta de trenza. Cuando ganaban era de punta a punta, en todo el largo del tiro y con luz, para evitar discusiones. El pago se jugaba a la "marca" y los tostados sacaron adelante desde el cinto de onzas hasta el kilo de plumas, del retoso.

Esos fueron los Pereyra, gente de paz, respetuosa del nombre propio y del ajeno. Al que insultaron hubo que matarle "sobre el pucho", en el terreno, de frente a la tapera. Combatía en "cabeza" por respeto

a los viejos que se despertaban para mirarlo desde Cerro Azul Descubierta la frente y defendiendo el pecho jadeante, pelearon los Pereyras provocados. Lo hicieron para castigar, no para suicidarse Los de su nombre formaban en la ocasión un círculo, como una gallera. Cuando caía, lo alzaban en un poncho. Cuando mataba, lo alzaban en un anca y se lo entregaban al monte. Nunca les faltó una palabra, un camposanto, un parejero y un facón.

Esta tarde, los ocho Pereyras que quedan en todo el pago, rodean a "Rejucilo" el último parejero de la marca. A espaldas del grupo, el almacén de Badía congregaba al paisanaje aficionado a ginebra, carreras y naipes. Frente a la reja, se tiende en ocho cuadras una baliza.

—¡Ramón!

El mayor de los Pereyra, paisano de treinta y cinco años, se vuelve. Frente a él se encuentra a un viejo rotoso de esos de mosca en barba

—¿Qué se le ofrece, Don Eduviges? — pregunta espaciando las palabras, según costumbre en todos ellos

—Es que, muchachos, yo paré rodeo a cinco pesos y quería preguntarle ¿Puedo jugárselos a esa mano blanca e "Rejucilo"?

—Puede si se los toman.

—¿Está dentrao en el tiro su caballo?

—Seiscientas varas son, Don Eduviges El tostao guapea a esa altura.. — le habla mirándoles a los ojos y escucha por respeto, con los ojos bajos Han sido criados a la vieja usanza. Son paisanos morrudos y tímidos Mansos.

Los vecinos al pasar, los llenan de polvo y preguntas.

—¿Ganaremos, Pereyras?

—La voluntá se va a poner — contesta Ventura, el menor de todos, que con espuela atada al pie desnudo, libre de ropa el tórax y ceñida la vincha, espera la señal para saltar sobre el "crédito" — "Rejucilo" está acostumbrado a discutirla... ¡Pero el "oscuro" de ese forastero dicen que es tan ligerote! Nosotros, si perdemos hoy no es plata, muchachos... ¡perdemos un amigo!

No se miran. Fruncen los ceños. Cierran sus puños y callan.

Hace tres meses que anda por el "Tapao" un forastero jugador y buen mozo. Por Evaristo Portela, lo conocen. Es un criollo de barba rizada y cara pálida gracias a la pantalla de las carpetas. Parece hombre frío y burlón En la hierra de un vecino, a la cual los Pereyra fueron para dar una mano, le conocieron. Nadie los presentó Portela había caído en un rosillo apareado con rumbo, llevaba de tiro un parejero oscuro que lo venía siguiendo como un mal recuerdo. Había cien paisanos reunidos cerca de los fogones. Allí se pialaba por lujo con la presilla en el meñique y el "vale trago" cerca del gaznate. Los Pereyra, apartados por cortedad, miraban en silencio al "cáido" y al oscuro. Evaristo Portela no paró mientes en ellos. Dicharachero, conversador, alegre, distraía a todo el pago con el relato de su serenidad en las jugadas. Cuando se le gastó el naipe de tanto barajar, el forastero echó pie a tierra en una ventana con un malvón afuera y una moza adentro, y copó Cansa y lustra el anca de su rosillo el peso de tanta chirusa liviana y, por último, sediento de admiración, desafiló su daga de plata y oro en diez duelos crudos, arraigados los pies en

barro con sangre y era entonces un ceibo en flor. El paisanaje aplaudía sus hazañas. Veía a Portela entre una nube de chispas, bravo sin abuela. Frío en el juego, el amor y la muerte, poniendo mil onzas en una carta, mil besos en una boca, mil tajos en un rival. Pero al "llegao" no le bastaron los aplausos, quiso hacerse admirar como chocarrero, hacer reír Buscó en todo el corro una víctima, se encontró con el grupo de los Pereyra, modestos en su vestir, dulces en el mirar, y eligió a Ramón.

Su primer sarcasmo causó frío

—Forastero, por ai no se tire, hay pozos — le avisaron.

Portela engallado, pintor en rojo de su propia braveza, ya no puede retroceder y se azota salpicando de burlas a Ramón Este lo miró duramente. Desde lo hondo, un aliento, duro como las piedras de su tapera, animó la réplica

—¡Cuidao, paisano —le dijo— mire que barbas no son coraje!

El forastero contestó con un insulto. Se puso en pie la rueda. Después, cuchillo corto en mano, Ramón estaba junto al ofensor.

—Aura, señor! —le dijo,— es juerza que me pida perdón o que me mate.

Portela palidece; ve la muerte Lucha un instante entre el miedo y la verguenza Pronto de lengua y tardo de mano, prefiere una herida en el amor propio a una herida en su cuero y, a pesar de que su auditorio lo mira, pide perdón

—Cabayero —le dice— una broma no vale un dijunto. Yo no soy cuchillero. Soy jugador. No vine a este pago pa morir, si no pa jugar. Riciencito me di-

cen que es usté uno de los Pereyras, gente de pelo en pecho... ahí va mi mano.

Un apretón cerró el incidente. Ramón envainó y ruboroso, sintiendo verguenza por el otro, se volvió al grupo de los suyos. Oyéronse risitas, alusiones, diálogos filosos.

—Paisanos —dijo Portela— pido desquite en una carrera.

—Si es a correr, yo creo que nos gana, forastero — observó un vecino.

—Así es. . ya lo acaban de ver.. por eso, en mi juego, quería una revancha... aquí tengo mi parejero oscuro —señaló,— es criollo de cepa y más guapo que el dueño. Con él desafío en seiscientos metros por derecho al caballo que raye... sin respetar pelo ni marca.

Todos los ojos se volvieron hacia los Pereyra. Portela ya había olvidado la "topada", porque se acercó a Ramón y le dijo

—Pereyra, me debe un cotejo. Dicen las mentas que su caballo "Rejucilo" es el único flete capaz de ganarle a mi oscuro. Lo invito a correrlos...

El pago espera con ansia la respuesta.

—Aura semos muy pobres nosotros, amigo Portela No sabemos pedir y nos duele negar. Si no juese por eso, tal vez los toparíamos nomás, en ese tiro. Porque, salvo el respeto, nos gusta de fe el "tostao"

—Por eso no ha de quedar; esta ucasión no quiero correr por plata. Los vamos a lonjiar por el orgullo Yo juí arrollao por usté —le dijo— y ustedes sigún es fama, han dao siempre un desquite.

—Es ansí, Portela, hable.

—Ramón, el que de nosotros dos gane esa carrera, se queda con el caballo perdedor.

La paisanada creyó que los Pereyra no aceptarían Para Portela, perder el parejero era una desgracia reparable Para los otros, la derrota de "Rejucilo" significaba la muerte de su marca El último de los "tostados" tenía en el pelo lustroso, la señal de unas manos nudosas, sagradas: las manos de la anciana que lo crió guachito, con leche de vaca. Cuando el pago renunciaba a la emoción de aquella justa, Ramón se adelantó

—Señor Portela, acetamos. No nos convenía correr. ¿Oye? —le explicó — Sabemos el peligro usté mesmo, tal vez algún día lo sepa . Pero me ha pedido un desquite y se lo doy.

—¿Palabra e'Pereyra?

—Dada.

—¿Pa cuándo?

—Pa dentro e quince días, forastero, si es gustoso . En la cancha e'Badía

Portela entonces, voceó de frente al pago.

—¡Ustedes son testigos, cabayeros! El caballo perdedor es el premio e'la carrera. Los Pereyra han dado su palabra, no necesitan depositar. Yo fío en ella. Estoy risuelto a dejar en manos del vecino que Ramón elija la garantía que quiera.

Ventura Pereyra lo interrumpió.

—No es preciso, amigo. Basta lo hablao

Por eso esta tarde, para dar una revancha, ocho Pereyras, silenciosos, rodean al tostado y miran cada uno para dentro. De tanto en tanto, por entre el humo del chala, se abre paso un recuerdo.

—¡Mire que lo crió con mimo la finada!

Callan, y al rato es Julián quien se dice:

—No tuvimos otro rimedio. Portela, pobre mozo, avergonzao, pidió un alce. .

—¡Claro!...

Ahora, cuando ya no tienen campos, ni arroyos, ni azotea, ni gurises, llega un forastero, se asusta y les castra su único caballo.

—¿Y por qué calculamos perder? ¡No dejés que se juegue el paisanaje, entonces, Ramón!

Portela se aproxima, mira al tostado y, sonríe ante la estampa del pingo.

—¡También —dice galantemente— si ustedes no tuviesen un gran caballo! un Caballo guapo y noblote como los dueños...

—Gracias.

—Estoy ganoso de que llegue la hora, cabayeros —le dice,— pa desengañarnos .. Codiceo a ese pingo. No hay mujer, ni dolor, ni entusiasmo que me haiga hecho pasar tantas noches sin dormir como "Rejucilo".

—A nosotros nos acontece lo propio, forastero Pero por el tostao, tamién.

Evaristo Portela saca el reloj.

—Ya son las cuatro, cabayeros... ¿Vamos?

—¡Vamos!

Toda la aparcería ha vaciado los cintos. Cuando depositado el último peso, encuentran el cuchillo, se lo juegan a favor del "tostao". Ya no les quedan nada más que gritos y los largan. Crecen las apuestas con usura. Se agitan pañuelos y ponchos A lo largo del tiro brillan herrajes.

—¡Doy luz con "Rejucilo"!

—¡Ofrezco cola y luz con el tostao!

No hay quien tome otra cosa que sol Hay allí ancianos que vieron ganar cien veces a los abuelos de este pingo "banderín" Mozos llegados de muy

lejos para mirar correr esa luz tostada de cola al garrón.

Portela está solo. Se ha jugado desde el rumboso cinto, hasta las bajeras. En torno del rumboso jugador llueven las apuestas.

—Cien pesos ..

—Cien más ..

El con su mismo tono frío y burlón

—¡Tomo! . . ¡Pago! . . — contesta a todos

Cerca de la "largada", los Pereyra observan las partidas Se ven dos rebenques, dos vinchas y dos balances. El paisanaje vocea en cada amago Los parejeros parten mal, corren unos metros, son detenidos y vuelven al tranco. La emoción anuda las gargantas. Por fin se oye:

—¡Vamos!

—¡Se vinieron! . ¡Se vinieron! ¡El tostao! ¡Un Pereyra adelante!

Pasan los pingos en una línea con los corredores amontonados en las cruces Los rebenques, por orgullo, caen parejo, lazaso a lazaso. En los doscientos metros, el oscuro "alcanza" y poco después pierde varias pulgadas

—¡"Rejucilo"! — va gritando el gauchaje, mientras los cascos le tiran tierra a los ojos

Los Pereyra respiran. No les preocupa el oscuro, si ganan, se lo devolverán a su dueño. Resuellan, con el aire que agita el encuentro del "tostao", punteando, empujado por los piguelos de todos. Los anima el calor de los recuerdos Es el pasado que cruza vencedor y es, por último, la raza de ligeros que no se cortará, ni cuando ellos mismos se corten.

Ahora los gritos suenan a cien metros de la raya.

—Julián, señala a Portela.

—Mirá ese hombre, Ramón, es frío mesmo. Merecería ser guapo.

El forastero lleva jugados verdaderos tesoros. Por lo frío de su continente parece que hubiera apostado en nombre de otro. Ni siquiera observa la carrera Está en su "porcelano" a plomo sobre el "lomillo" Tiene baja la cabeza y fruncido el entrecejo. Conserva, ante la emoción, un dominio de sacerdote, de soldado o de tahur

—¡El oscuro .. el oscuro! — se oye ahora.

Corren a rebencazo por metro En efecto, el parejero de Portela vuela un trecho a la par del enemigo. Sangran sus ijares charqueados por la nazarena que se hinca hasta el piguelo. Sobre la raya, guapea, se estira en un esfuerzo y gana por un hocico... apenas.

—La carrera es del oscuro — declara la "sentencia".

Un gran silencio le cuenta a los Pereyra, la derrota. Permanecen serenos y tristes. Ya no tienen caballo

Paso a paso, los parejeros vuelven entre un grupo de jinetes Al llegar frente a Portela, Ventura Pereyra desmonta.

—Ai tiene nuestro Pingo — le dice, sin levantar los ojos. — Dende aura mesmo ya no tenemos dengún parejero quemao en los cuadriles por nuestro fierro. Este era gueno, amigo, si el suyo le ganó jué por mejor...

Portela no se alegra. Continúa ceñudo, cabizbajo, como decepcionado Recibe sin contarlo, el importe de muchas apuestas. Ramón se anima a dirigirle la palabra.

—Forastero —le dice desde lejos,— "Rejucilo" ya es suyo. Lo ganó en ley.

—Ramón Pereyra, despreceo ese caballo...

—Se lo compramos, si es ansina Usté tiene mejores, nosotros, no. Por el tostao le damos diez cuadras del campo que entuavía nos queda. ¿Aceta?

—¡Nó!

—Usté es dueño, Portela... — insiste suavemente Ramón.

—Lo he codiceao, sabiendo que ustedes lo querían, que jué el orgullo de su galpón. Ya en la yerra, ande usté me naquió con su daga y tuve yo, por maula, que arrollarme frente a todo un pago, ya allí, confié ganarles el tostao!

—¿Pa qué, señor?

Portela saca su cuchillo y contesta:

—¡Pa degollarlo pues... pa eso lo quiero!

Los testigos de la escena echan mano a sus armas Se levanta una ola de protestas. El forastero mira en círculo, lee odio en todos los ojos, sólo encuentra dolor en unos cuantos. En éstos se detiene. Ahora, Ventura Pereyra, casi lloroso, se adelanta.

—Vea, cabayero —le suplica— ¿mejor no querría peliarme a mí?

—Yo soy maula, ya usté vido, y todos lo vieron. .

Don Eduviges, el viejo cazador de "capinchos", no puede contenerse y salta hacia Portela:

—¡Está visto, bandido —grita— te vamos a curtir a laso!

—¡Animesé! ¿Es que no es mío el parejero? ¡Ramón Pereyra, lo hago juez! Aceto lo que usté diga. ¿Lo que yo quiero, no está en la ley del trato?

Ramón, para poder contenerse, se ha dado la mano con dos de los suyos.

El círculo se estrecha. Portela continúa sereno. Sabe que una fuerza poderosa lo protege. Cuando los rebenques se levantan para castigarlo:

—¡Cuidado, paisanos! —grita.— No viá cair yo solo Aquí van a morir ocho Pereyras por defender su palabra... Si es que creen en ella.

—¡Creen, forastero!

Entonces, Ramón, Ventura, Julián, los ocho últimos criollos de su nombre, cuchillo en mano y poncho al pecho, forman una barrera de hidalguía entre el pago furioso y Portela tranquilo. Detrás está el "tostao", maneado ya. Los ocho han tirado sobre el pasto sus sombreros. Quizás sea el viento lo que cuaja en lágrimas sus ojos serenos. Toda la aparcería sabe que aquellos mocetones han de morir por una palabra. Portela, facón en mano, espera aún. Está pálido como aquella tarde en la "yerra". Cuando el ruedo de carne se ha cerrado para defenderlo, mientras los facones tiemblan en las manos, Ramón Pereyra le ordena con voz opaca, dura:

—¡Deguelle, forastero!

Se oye un relincho. Cae un chorro de sangre sobre los pastos. "Rejucilo" abre las manos, tiembla unos instantes y rueda, muerto ya.

P'AL 5

—¿Ensilló, amigo?

Julián, cabizbajo, responde:

—Ensillé.

Don Martín se pasea impaciente Ya es hora de que traigan el almuerzo. Hoy es un día como los demás. amaneció con luz y va rumbo al oeste, igual que todos. Julián se marcha por unos años Pero el fogón ignora tal viaje. Eso no pudo enfriar las llamas. Son las doce. El puchero tiene que estar cocido...

Hace varios minutos María, la peona, entró a decir:

—¡Ya está! ¿Puedo servirlos?

El viejo levantó la vista y las cejas peludas. Estuvo por contestar algo Y como reanudase los paseos, la mujer sigue esperando. Es fea. Avejentada. Huele a humo. Anda con deseos de llorar. Los anudó desde temprano y en la garganta, igual que un rebozo Apenas don Martín o "Julianillo" la miren, soltará el llanto. Ellos ignoran su presencia El padre es duro. Esta madrugada se dio toda la cuerda. A mediodía no la ha gastado aún y sigue de abajo para arriba, en el repecho de su voluntad.

¿Qué espera? ¿El hambre?

El hijo está de pie. Inmóvil No levanta los ojos del suelo.

—¿Hiciste la maleta? — pregunta don Martín.

—Sí, señor.

—¿No se te queda nada?

María se dobla. Lleva los ojos al delantal. Conoce al "niño" más que el propio padre. No puede verle mirar el suelo en esa forma. Es el de su rancho. El mismo que "lambió" con los pañales húmedos. Por él gateaba. Más tarde lo golpeó impaciente cuando no conseguía sacar bien los problemas. Después hasta llegó a quemarle con los primeros puchos. Siempre le ha tratado mal Por eso, ahora, arrepentido, sus ojos acarician esa pobre tierra, le piden disculpas. Y aunque el mozo responde.

—Creo que no dejo nada, señor.

La mujer sabe que a Julián se le quedan aquí diecisiete años "puros". ¡Cómo no va a llorar!

Entonces, don Martín restrega sus manos.

—¡Bueno! — interrumpe la marcha. — ¡Bueno! — repite, palpando los bolsillos del pantalón — ¿Y la comida? — Comprende que el puchero no puede estar en sus faltriqueras. Sonríe. Y descubre a la peona. — ¡Tenemos hambre, hija! — exclama — ¡Sirva, pues!

Cuando esa posma sale, el viejo pone su gacho sobre una silla y ocupa la cabecera.

—¡Sientesé, amigo Julián!

Quedan muy juntos. Solitos. La mesa era grande y ahora pareció crecer. Además, a María se le ha ocurrido poner ese mantel largo. En vida de la señora lo usaron a menudo. Cuando ella murió, el trapo tan blanco lastimaba los ojos del huérfano. La peona acabó por esconderle. Hoy, como Julián se va para Buenos Aires, tendió el mantel, sin advertir que lo había doblado lleno de "migajas".

—¿Y vos sabrás dar con la fonda?

—Preguntando. .

Julián tiene las manos sobre sus rodillas y el

mentón en el pecho El plato le observa con su pupila "zarca": promete ser buen mozo Ha resuelto ignorarlo. Porque el varón debe tener la cara "pa rejuntar pelos". Usa el bigote a la moda corto y finito Colgado de la nariz. Y el cabello hacia atrás, brillante de cosméticos, "lambido" Sus cejas son hurañas. Y en los ojos mansos, duerme con pesadillas la inocencia.

—¡No es cosa de que te vayás a reventar estudiando!

—No, señor

—Tenés que divertirte tamién .

—Sí señor.

Callan. Hace meses que almuerzan y cenan en silencio. En ese comedor, da trabajo hablar. Los muros blancos de cal porosa, parecen secar las lenguas. El primero de año, un proveedor mandó el consabido almanaque. El regalo dio tema. Allí los días cambiaban, al menos de número. Y una tarde del pasado agosto, don Martín le arrancó, de golpe, sesenta hojas. ¿Por qué? ¡Cosas del viejo!... Después de semejante "apurón", el calendario se detuvo en el 5 del próximo octubre. Hace dos meses que descansa. La hoja junta polvo. El tiempo pasa desconcertado. En la habitación, los sucesos apuntan y se detienen indecisos Cuando la fecha llegue en realidad. habrá que pasar el plumero sobre comensales y muebles Ya faltan pocos días.

El viejo se suelta a reír.

—¡Mirá si te roban la plata en el tren!

—No, señor.

—Vos sos medio bobo. — y sigue riendo.

Hay una ventana de reja. Entre varilla y varilla se tiende el país arrugado de lomas. Por la puerta

del fondo, entra silencio con manchones de torcaz. Es bajo el techo. Sobre la parrilla de tirantes, hay tejas rotas. Entre el piso ceniza, arden algunas brasas de sol que no consiguen entibiar el mantel

Entra María con la fuente abrupta y humeante. Don Martín "pela" su cuchillo. Se incorpora Elige. Sopla, buscando las mejores presas. Pincha aquí. Separa allá Toma un baño facial. Persigue esta papa chúcara. Arrastra en el tenedor, como en los colmillos, una tira de carne. La peona le observa con desconsuelo. Cuando su plato rebosa, el viejo empuña cuchillo y tenedor Pero no come. Clava los mangos en la mesa.

—¡Servite, Julián!

—Hay tiempo. — responde el mozo.

Su padre empieza a silbar por lo bajo. Levanta la cabeza y envía hacia la techumbre el humo del "chiflido". De pronto parece recordar que tiene hambre. Come Come ávida, sonoramente. María se hace cruces, porque ese hombre nunca "afloja". Le vaya bien o mal, se restrega las manos. Arruga la emoción. La mete en el puño. Lleva un bolsillo hondo en el silencio. Y allí hunde todo Si algún disgusto le sorprende en la mesa, se lo "traga" y empieza a echarle encima, como piedras, bocados enteros. No "amuestra" nada, excepto una sonrisa que a veces está adentro de los ojos, y otras, afuera, a flor de piel, en sus "patas de gallo". La peona y Julián esperan palabras alusivas No las ha dicho jamás. Ni cuando murió su finada, ni cuando pierde negocio, ni cuando gana carrera. Nunca. Ahora mismo se despide del único "gurí". Acaso almuerzan juntos por última vez Ya está canoso Anda en los cincuenta años. Puede morirse aquí, con el hijo "por la fin del mundo". Y

aunque viva, este "Julianillo" ya no vuelve. Regresará "otro", más bonito, de "reló" en la muñeca, con el lenguaje "completao" Pero el paisanito "regalón", que no sabe ni sacarse las botas, el niño que María crió tan mimoso, se va hoy para siempre. Ella llora. Hace de cuenta que se le murió Continúa sirviendo la comida por costumbre, con las manos solas. Su alma se adelantó a la ausencia. Y camina por el silencio de los recuerdos. Aquí Julián perdió la paciencia. Allá un gemelo de los puños A esta luz solía traerle la cabeza y el peine, que al "primer tirón", arrebataba de sus manos torpes. Es difícil acertar con sus gustos. Porque tiene "el costumbre" de dar las órdenes por señas. Cuando el luto, don Martín le confió el muchacho.

—¡Si se desmanda, déle unos azotes, María!

—Estea tranquilo.

Y él se despreocupó Felizmente. El miedo de la mujer era que don Martín oyese algún "ajo" del niño y quisiera castigar al "boca sucia". Ella no lo permite. Nunca ocurrió. El viejo entraba y salía, sin ver ni oír nada. Muchas veces, por atender a Julián, la peona dejó enfriar el mate, o la cena, o cualquier prisa. Siempre encontraba al señor distraído con algo Y como el padre se "impacentara", le contesta.

—¡No me lo dió a bien criar, usté!

Aora el hijo entra, ajustado, en la mocedad Tiene hombros, mucha salud y poco roce Gracias a esto, no se ha "curtido" todavía Para como "viene de ruin" la mozada, Julián es un milagro de prudencia. Según cálculos de la mujer, el "niño" pronto estará en tiempo de iniciar alguna tarea. Gradualmente, irían sacandole de su "cómodo". hoy madruga, mañana ya se moja, dentro del mes arrea mansos. Es hijo de

estanciero. En su día, heredará mil cuadras de tierra. Además, nació criollo. Y de criollos. No necesita mucha práctica. Ya trajo en la sangre "sabiduría", instinto, duendes de campero Todo iba por la "gueya". La tarde que a don Martín "le dió" por adelantar el calendario, Julián no hacía nada. Estaba sentado en la cocina. Entró el viejo y dijo

—¡Bueno, amigo Julián! Haga su maleta.

El pobre niño, "atorao", preguntó

—¿Pa pronto?

—¡No ., con tiempo! Lo mando a Buenos Aires. a estudiar

Aun hoy, María se pregunta ¿por qué? ¿Le estorba el hijo? Allí es otro quien molesta. Ya no consigue estar a solas con Julián En cada agujero aparece la cabeza de don Martín. Como está viejo, duerme poco. Estas últimas noches, se ha encaprichado en pasear por la alcoba del hijo Va y viene, horas seguidas. Julián no reposa bien, porque la luz de la vela adelgaza su sueño. ¡Así son los "cristianos" ricos! Para ser felices sueñan con la fortuna. Cuando la amasan, empiezan a codiciar el heredero. Dios los escucha, mira el patrimonio y manda un hijo de medida, sano, fuerte, simple, especial para campo. Entonces, el tata, vanidoso, resuelve cambiarle por un papel Pondrá en un clavo el título de "dotor". Y abajo, en otro clavo, colgará el muñeco cabezudo, "pelao" y con anteojos. a que gotee "cencia" en algún cacharro Hoy su "niño" se aleja y don Martín, en vez de estar con él, de mirarle "pa" mucho, de elegir los rasgos menos salientes para fijarlos en la memoria, elige la verdura. Traga Interrumpe la masticación para sacar de sus dientes, a punta de cuchillo, una fibra de carne y vuelve a

tragar. En el silencio triste de los testigos, se oye el "zambullón" de cada bocado.

—Che, Julián —dice con la boca llena,— ¿no pensás comer?

—Hay tiempo...

El mozo estuvo asomado al brocal del plato hondísimo Allí veía su rostro entre círculos de lágrimas. No piensa en Buenos Aires. Ni en cosa alguna Siente un dolor nuevo. Se mira. Y advierte que no está solo. en la porcelana aparecen figuras, un coro en tecnicolor ., hombres con sombrero alto , mujeres rubias, con polleras casi tan altas. En esa danza, pestañeo de luces y sombras, se mete por error, vuelta a vuelta, la "torcacita" del patio Julián deja caer su servilleta. Baja el telón y vuelve a estar triste .

Don Martín retira su plato Arruga el mantel Se acoda en la mesa "pelada" y dice por costumbre:

—¡Buen provecho!

María no puede con su alma La lleva hasta la silla más distante y se deja caer. Si el "niño" hubiese almorzado, si en "semejante" hora, Julián usa otra "achura" que el corazón, ella sale a buscar otra "casa" Hoy, este hogar le resulta el toldo de un cacique el viejo aparta al hijo, hace puntería, le hunde la flecha hasta las plumas y sonríe, porque acaba de probarse que no le tiembla el pulso

Don Martín, calmo, saca la tabaquera. Lía un cigarrillo Tira a Julián chupa y papel.

—Arme uno — dice.

—No, señor...

—¡Sí, pite, amigo! Hoy lo hago hombre.

Es fuerza obedecer El mozo rompe dos hojillas. Se apresura para que el cigarro llegue a tiempo. Enciende. Fuma con avidez y se esconde tras el hu-

mo. A poco, el viejo saca su reloj: ya es hora de "sestiar". Estira la diestra Julián, sin mirarle, devuelve el apretón. Quedan vibrando como en una "pulsiada".

El padre sólo dice:

—¡Estudiá, eh!

Y el hijo:

—Sí, señor.

Ya don Martín va camino del dormitorio, pero antes de salir, se para a mirar el calendario.

—5 de octubre — lee. Y de espaldas a Julián, pregunta — ¿Ché, qué andarás haciendo vos, pa este día? ¡Viste nunca alguno tan largo!

Y sale, sin decir que vive para su hijo, ni que malos negocios le obligaron a hipotecar la estancia, ni que el 5 de octubre el apoderado del Banco viene a quedarse con todo...

LOS NOVIOS

¿Cómo empezó aquel noviazgo?

Hace medio siglo, Pancho Reyes tenía quince años y Rufina otros quince El rubor coloreó este alboreo. Ella era peona El, aspirante a peón Uno trabajaba por la comida y el otro "por los vicios" De pobres, sin duda, simpatizaron La muchacha disponía de una sola cinta para dos trenzas El mozo, en fuerzas de no tener nada, carecía hasta de pago: era forastero, como otros son conversadores. Por eso sintió desprecio al camino y envidia del árbol Cuando araba, se hubiera plantado en la cuna larga del surco.

Una noche que Rufina fue con el balde al pozo, Pancho salió a acompañarla La sombra los apretó. Los dos muchachos quedáronse un rato, mano a mano, mirando boyar la luna sobre el agua Cuando quisieron separarse, notaron que aquel botón de nácar les había prendido.

Desde entonces, Pancho y Rufina se declararon novios.

Entre los dos, la luna enredadora, puso punto a sus charlas El le llevaba pichones a medio emplumar, verbenas a medio abrir, palabras a medio expresar La moza las maduró en sus manos Se las devolvía hechas besos Si hubo un noviazgo largo y casto fue el de ellos Rufina era arisca y el novio "manco" por respeto. Nadie los veía, ni los cuidó. ¿Para qué?

—Ansina que comience a ganar algo, rejuntaremos pa casarnos .

—Pancho, yo no quiero darme. Por eso mesme que hoy tan humildita, me gustaría mucho dentrar en nuestro rancho por la puerta que da pal lao del día... Yo no trabajo pa comer; sinó pa no rodar...

Meses más tarde, el muchacho empezó a ganar su sueldo diez pesos. Cuando cumplió los veinticinco años seguía ganando la misma cantidad En cambio, eran ricos por dentro. En cada conversación, él le pintaba a su china, el rancho en el aire

—Vamos a enllenarlo con cualquier cosa Lo pararé en la punta de una senda pa que no se nos pierda Será un rancho de terrón cocido y cuero crudo. . a lo que te criaste. Potro por ajuera y palenquiao Habrá que agacharse entre la gramilla Si se porta bien contigo le voy a dejar un nido de hornero, como una lunar en la quincha Con una ventana te pintaré, en cualisquier lienzo, una cuadrao de paisaje Adentro, dispués, criaremos una tropilla e'cimarrones "cebaos" en tu mano.

Durante el idilio, mil veces, Pancho cortó el terrón. Palo a palo fue plantando el corral. Ya tenían el cencerro, apenas les faltaban los caballos Los comprarían "estrelleros" y de "ancas"

—Ya verás, Rufina . Hacemos una montaña e'tierra, le prendemos charamuscas; el fuego levanta una ampolla en el barro y ya tenemos horno Dispués, al amasar, dejaremos siempre un poco e'levadura. Lo mesmo que se deja un beso olvidao cada noche pa que puedan dorarse los besos de mañana.

Y pondrían la mesa cerca de la puerta para que el sol les tendiese el mantel Algunas noches, sobre todo los domingos, cambiarían ese lienzo por otro "cribao" de estrellas. No mentaban las vituallas, por romanticismo, y el lecho, por pudor

—Cuando dos personas se quieren, más vale que sean pobres. Ande mi bombacha se rompa, vos la zurcís con una hebra e'tu pelo. Será cosa, Rufina, de arrollarnos otro poco más pa caber en la pobreza. Siquiera nos hubiésemos criao sabiases, con una hoja agatas, ya teníamos rancho.

La muchacha sonreía y esperaba. Para acercar un poco aquella casa, el novio empezó a castigarse con los ahorros Enflaqueció los cigarrillos. Luego quemó hasta el pucho Acabó por apagársele el vicio. Al suprimir el trago de caña se le secó el domingo. Con quien tuvo que luchar de verdad, fue con el naipe Barajaba . hasta que le cortó. Habíanle cedido un redomón rabicano, el día que Pancho pudo más que las "cartas", le habló al anca lustrosa de su pingo

—Dende aquí p'adelante vos serás la silla de mi chirusa Sobre vos, ella irá al Juzgao y a nuestro rancho Hoy comienzo a juntar . .

Galopó echando cuentas Toda la poda de sus despilfarros le permitirían ahorrar cinco pesos al mes Con diez años más de economía, compraban el terreno

—¡Quinientos pesos juntos, Rufina!

Esperaron.

Las sillas testereaban y el rancho seguía acostado, aguardando que lo levantasen terrón a terrón Cuando transcurrieron dos lustros, ya los novios tenían cómo empezar.

—¡Aura sí, Rufina! Hoy pasé por el potrerito en venta .

Según el optimismo de Pancho, era aquél un campo sobrenatural. Subía de todo él en hilos de yuyos, una esperanza que soñaba hacerse monte. Por entre los cinco hilos del alambrado se veía el paisaje interior. Los ojos andarines, por el lado del este, podían

tocar el sol. Por el sur, el arroyo "Pintado" hacía un esfuerzo con los "codos" para abrirse paso hasta el potrero. Durante cien metros, campo y arroyo corrían parejos. Después, ya el arroyo se cortaba adelante...

—Pa esta mano —le dijo— nuestro campo tiene un esteral feazo, pero un monte de eucaliptos, cuasi, cuasi los oculta.

—¿No se podían plantar unos varales de sauce Pancho?

—Es árbol medio haragán, prienda Demora en subir. Sale torcido y luego es un lagrimiar largo .. como se gane un "boyero" en un llorón de esos y comience a chiflar, el sauce parece un "perdido" que se agacha a bombiar el trillo y te chifla pa que lo saqués de apuro.

—¡Será ansina; pero el sauzal es tan tristón!

—Gueno prienda, no se hable más Mañana compro el campo y planto los varales.

Desde hacía un mes, Pancho vivía en el puesto de "Los Tatuses" perdido en el fondo de la estancia. Antes de cerrar el negocio se acercó a la pieza de Rufina para consultarla. Como cuidaba tanto a su china de la maledicencia, no se animó a proponerle una visita al potrero Marchaba al encuentro de la novia con una alegría de niño. Eran muy poco diez años de privaciones comparados con la ilusión de poder llevarle a su compañera un rincón para vivir, querer y morir en paz.

La encontró enferma. Era noche Rufina se empeoró. Fue necesario proporcionarle un médico. La visita del facultativo duró un par de horas. En la estancia nadie se condolió de aquello. Pasaban por el cuarto de la peona, preguntaban por costumbre sobre su es-

tado, y se iban. Pancho, envejeció durante un mes. Al cabo de éste, el doctor, al retirarse, dejaba a la chinita en convalecencia y se llevó en su valija los diez años de ahorros ..

Rufina lloraba por su campito.

—¡Otros diez años, Pancho! ¿Te quedará coraje? ¡Soy tan disgraciada, indio! Yo te deguelvo la palabra.

El la reprendió con dulzura.

—¡Nunca créi que me dirías eso! Hoy, novia comenzamos a rejuntar pal casorio y el rancho Hacé de cuenta que acabás de resucitar y te declaro mi amor Todos los meses la mesma luna dentra por la boca del pozo. Alguna vez la habremos de sacar en el balde...

Se marchó solo. La tarde gris estaba contra él Desensilló en el "puesto" y después de muchos años, extrañó un cigarrillo

—¡Solo mi alma! Sin ella, sin un trago, sin un poco de humo...

Ni el "rabicano" acompañó esa tardecita triste El indiferente mancarrón se había puesto a pastar.

—Total —pensaba el hombre— ¿qué pedimos? Cuasi nada, un santiguao, una cueva y un "peso" e'tiempo pa gastarlo juntos!

Sintió una mano en su hombro. Al volverse, vio a Rufina. La novia tenía en la diestra un atado de ropa y unas margaritas

—¡Prienda, gracias! Pero has hecho mal en llegarte hasta aquí. Vas a conseguir que hablen de vos. .

Ella dejó caer el atado.

—¿Estás muy solo? — le preguntó.

—Mucho.

—¿Me extraña?

—Siempre.

Rufina secó sus ojos con el delantal.

—Dame un ladito, Pancho. Me hubiese gustao dentrar en tu casa por la puerta que da al día. ¿Comprendés? ¡Llevo mas de quince años aguardando esa suerte! Cuando con estirarnos agatas, cuasi tocábamos al Juez .. vos lo viste... ¡Se jué todo lejos! Hemos sido guenos, pero tengo miedo que nos falte tiempo...

—¿Qué pensás hacer, Rufina?

—Quedarme aquí.

Y se quedó.

Pancho Reyes la quiso más que nunca. Pasaron muchos años. Se murió el "rabicano" y lo sustituyeron con otro del "pelo". Los novios encanecieron juntos en un largo día azul. Cuando se asomaba un nublado, el primer suspiro lo barría. El, no volvió a fumar, pero desde hace un tiempo, suele ensillar con el "lucero" y no regresa hasta el mediodía.

—¿En qué andará este viejo? — se preguntaba Rufina.

Pancho, a hurtadillas, ha reunido capital Compró el potrero, encargó muebles y esta mañana, a las tres, empezó a quinchar el rancho. Las estrellas le ayudaron con sus candiles. Dos horas más tarde, cansadas del esfuerzo, se fueron. Después, el alba le invitó a tomar mate en su fogón. Pancho no aceptó y la madrugada, montando en su "azulejo", se fue también. Ahora asoma el sol, rubio curioso, ve el rancho y se acerca rozando el pastizal; tendido de espaldas sobre el piso inspecciona la quincha. Sube agarrándose de un esquinero No perdona terrón Una hora más tarde el sol se horqueta en la cumbrera y busca una rendija de totora donde meter su cuchillo de oro para herir la vanidad del poblador.

Pancho ha concluido su tarea.

Por el camino, avanza la carreta con sus muebles Ve acercarse al paso, las cuatro yuntas. Se enarca la picana.

—"¡Careto!" .. "¡Pampa!". . — llama el conductor.

Cerca del rancho, detiene la boyada.

—¿Usté es el viejo Don Pancho Reyes?

—El mesmo. Abajesé.

El carrero usa lengua, picana y piernas largas Ha sido hecho de encargo para el camino. La carreta descansa sobre dos ruedas grandes, de tronco. El vehículo y su dueño marchan más aprisa que los bueyes.

—¿Entonces son de usté estos muebles?

—Sí señor

El hombre deja la picana recostada sobre el primer yugo. Aquel palo queda haciendo fuerza allí. Cruza luego una pierna sobre el lomillo, pellizca la chupa y durante un cuarto de hora se pone a contar a Pancho una discusión que acababa de oír a dos desconocidos, a causa de un negocio sobre ovejas, operación realizada por un tercer personaje Lo peor era que el carrero se detuvo a escucharlo a medio tema. El cuento era oscuro, como si la majada vendida, pasase sobre el asunto polvoriento y reseco. Entre dos resuellos, Pancho puso una piedra·

—¿Qué le parece, carrero, si abajásemos esos muebles?

—Como guste.

Por fin, el hombre se fue con su carreta, que saltaba de alegría, libre de peso...

Reyes recostó los muebles a la pared para que no se cansasen de esperarlo. En seguida montó en el "rabicano" y, desde la portera, miró el arroyo can-

tor, el sauzal triste plantado de su mano, el rancho del ensueño. Y saludó.

—¡Bien lo ha ganao Rufina! — murmura

Hace galopar a su caballo. Se acerca al "puesto". Son las doce del día.

En la puerta, la compañera le aguarda, con sus cabellos blancos al sol

—¡Qué viejita está la pobre! —piensa — Y sin embargo, es la mesma muchacha que se asomó junto conmigo al pozo de la estancia. Cuando cae la tarde se remoza...

Ya es dueña de casa. Lo ignora Pancho tiene miedo de que la emoción la "aviche". Llenarán el rancho de recuerdos. Los viejos siempre miran hacia donde amanece.

—¿Sabés que te crés muchacho, vos? — lo reprende, como siempre.

—Lo soy... lo somos, Rufina — contesta.

—Dispués me tenés con el corazón aprietao. Vas a cazar un pasmo... Abajate...

Humeaba la sopa.

El viejo sonreía enternecido.

—China, hace cincuenta años y un pico u dos . te prometí un rancho.

Ella suspiró.

—¡Esperanzas!... —dijo— ¿querés creer que entuavía, a solas, me acuerdo? Todo se nos jué haciendo tapera... Gracias a Dios, hemos salvao el horcón...

—Le íbamos a poner un pozo pa que anidase la luna. . ¿te acordás?

—¡Callate, Pancho! . ¡Apena cuando nos hablan dende tan lejos! Hemos envejecido parejo y tan juntos, que no te hallo cambio. Si nos separásemos algu-

na ocasión, nos encontraríamos viejos al golver... Quizás jué mejor todo ansina...

Sirvió la sopa.

—Comé, pues, Reyes...

—No tengo hambre...

—Yo tampoco. Aprendé p'algún día que no haiga carne ricordar es mascar...

Rufina, al volver con el mate "sentador", exclamó asombrada:

—¿No has desensillao al rabicano? ¡Estás bien loco hoy! —y en broma.— Pa mi gusto que andás engañándome...

Siguió un silencio. Durante él, Rufina sonreía, Pancho, no. evocaba. En fuerza de caminar hacia adentro, llegó a la lejana tarde gris en que su novia apareció en el "puesto", con su atado de ropa, sus margaritas y su sacrificio. La vio tal como era, simple y dulce...

—Dejé ensillao el rabicano porque aguardo a que te vistás pa llevarte a una sorpresa ..

—No tenemos carro, Pancho. ¿Pensás alzarme en l'anca?

—Al viejo uso... como los criollos de antes. Ansí te llevaré. Hoy me siento mozo capaz de sacar a mi china entre el ladrar de perros y trabucos, con el mancarrón castigao por los terrones.

La vieja nunca discutía. Se vistió.

Así salieron Pancho Reyes y Rufina, su novia de cincuenta años Iban al paso por el camino luminoso

—Novia: ¿este rabicano no te parece que es aquél? Yo lo compré ansina, pa que hiciese este viaje. El ha encanecido por el anca...

—No te entusiasmés, Pancho. Mirá que si el mancarrón galopa, me caigo al suelo...

Sacábale hilachas al tema viejo

—¿Te acordás novia, cuando llegaste, pa no dirte?

—Hoy lo golvería a hacer.

—¡Juiste muy grande esa ocasión, Rufina! Pensabas haber dentrao como el día dentra: Esa jué tu palabra Quedé endeudao contigo. .

Ella repuso con orgullo

—¡Bien me has pagao! Hemos sido muy amigos .

Tienen a la vista la techumbre del pueblo Algunos caminantes les saludan al pasar. Un mocetón, recostado a su tranquera, les gritó

—¿Se ha robao una moza, paisano?

—Me la he ganao, más bien .

Rufina, curiosa, pregunta·

—Pancho, ¿puedo saber ánde me llevás?

—¡Aguarde un poco, criolla! No se agarre tanto, que van a pensar que es estranjera! ¿Ande se vido una moza "charquiar" ansina?

Empiezan a ensuciarse con casuchas el camino. De todas partes brotan muchachos patizambos y tristes. En cada tranquera echa raíces un haragán y se riega por dentro con el mate El polvo, aprovecha los hombros de los viajeros para alejarse del aledaño horrible Reyes parece un "alguacil" con las empolvadas alas de su poncho Las taperas están llenas de humo. Entre éste, se abren paso algunos gritos Son hilos de voz que tiran de los gurises.

—¡Estamos en el mesmo pueblo!

—A él veníamos, vieja..

Adelantan ahora por la calle real. La pareja marcha deteniendo peatones. Indiferentes, los puebleros se ríen de aquellos ancianos humildes y blancos Rufina siente un poco de verguenza

—Aura sí, llegamos —dice Pancho, deteniendo su

"rabicano" frente a una casa vieja, enferma de pueblo. Tiene dos ventanas y un escudo. A la anciana se le ocurre que aquel ojo abierto en la frente del edificio, la mira también

—¿Qué dice eso escrito en el escudo, Pancho?

—Yo carculo que debe decir "Juzgao".

No pregunta más nada

Entran.

El amanuense del Juez los mira y continúa escribiendo Parados en la puerta, los dos ancianos esperan y observan Les impresiona un poco el escritorio lleno de papeles con "enriedos" y el retrato de un señor con banda presidencial, que desde la pared frontera les sigue con los ojos.

Por fin, Reyes se anima y da unos pasos al frente. Lleva el gacho delante del pecho Quizás para escudarse Rufina se acerca

—¿Qué desean ustedes?

—Verá, escribano —contesta Pancho— Rufina y yo semos novios...

El empleado suspende la tarea y abre mucho los ojos.

—. sí, señor . Hoy he terminao mi rancho sobre el pañuelo e campo que compré pa enjugarnos las penas

Rufina le toma una mano al compañero y la aprieta, temblorosa

— . eso es. Y hemos venido a verlo —continúa— con eso usté nos apunta pa casarnos.. Se lo debía a mi vieja.. ¿Compriende?

Y mientras el amanuense ríe a carcajadas, los dos viejecitos, tomados por las manos callosas, rompen a llorar.

EL ASISTENTE

Isidro Alonso junta los talones, pasa de mano el mate vacío y hace lo posible por desarrugar su cansancio.

—Permiso, mi alférez — dice.

Tiene cuarenta años de labrador y uno de milico. La bolsa, pesada de semilla, le hizo una muesca en el cogote Cuando se detiene sigue andando en las rodillas tercas y en el testuz Hay en su mansedumbre algo firme, vibrante, en tensión. Como si la guerra le hubiese sorprendido mientras araba un repecho y él olvidó relajar sus músculos Es pequeño. Enjuto Parece que usara brazos postizos, prestados por algún colega dueño de chacra grande. Porque son gordos, duros y parejos desde la muñeca al hombro. Toda la figura se armó después y con cañas, para sostenerles. Eran largos y les hizo nudo en la punta Mueve las manos con torpeza de miope. En sus huecos duermen siembras y caricias que siempre despiertan a destiempo Su manazas no han hecho daño a nadie. Hasta ahora fue dueño de ellas; pero les tiene desconfianza. Cuando se enoja con su mujer, abre las manos y se va con ellas, las lleva lejos, adonde no oigan los insultos de Pilar. Mientras Rosa, su hija, fue pequeña, la distraía con la "mamona". Apenas la esposa vociferaba, Alonso empezaba a pasear con la niña. Sus manos velludas, costrosas de sol y polvo, eran dos "tatuses" asustados. Hoy mismo, en las grandes emociones, levanta a Rosa, que ya

tiene dos lustros, y pasea con la muchacha en brazos, hasta que Pilar, entre risueña y celosa, se la quita El resto de Isidro es flojo. Lacio. Parecido a su pañuelo de algodón Usa el sombrero grande o la cabeza pequeña una perilla abollada en las órbitas y las sienes La cara mohosa de barba Cuando la rasura, los sábados, se achica. Entonces no tiene mas que nariz y orejas. Pasa horas sentado a la puerta de la carpa, con las manos sobre las rodillas y las palmas cóncavas, resecas, hacia las nubes, viejo mendigo de lluvias Desde que es soldado, ahorra pensamientos. Deja ese trabajo a su "patrón", el alférez Chávez Isidro nunca fue muy "pensador" El surco lo hace la "yunta", y el resto, la costumbre La cabeza del labriego va "llevada", casi inútil. Allá, cuatro ideas le duran meses. Aquí no pudo usar ni siquiera las pocas que traía

—Permiso, mi alférez — repite.

El oficial continúa escribiendo

Hace un año Isidro Alonso desgranaba maíz con la mujer y Rosa, cuando invade su vivienda una patrulla de gubernistas Pilar se encara con los soldados

—¿Qué quieren? — pregunta al sargento.

—Los caballos

El labriego y la niña permanecen a retaguardia, semiocultos por el corpachón de Pilar, que es huesuda, grande y fea como una vaca Mientras la mujer disputa con el "clase", los soldados se llevan la tropilla. El sargento sacude la cabeza, suspira, "compriende, se hace cargo", pide disculpas, cierra espuelas y se une a los suyos. Entonces Pilar seca sus lágrimas y dice al marido:

—¡Alonso, cuanto pasen los de la rigolución te vas con ellos!

—¡No! — grita Rosa y se abraza del padre.

—¡Pa qué! —exclama Isidro al rato.— Me quedan los gueyes..

Y sigue arando su chacra.

Quince días después llega una partida revolucionaria. Se apodera de las dos yuntas de "aradores" y deja un recibo, que Pilar estruja en el puño. La familia Alonso acompaña a sus bueyes hasta la portera. Allí, la mujer insulta a los "cuatreros". Rosa aprisiona entre sus manecitas afiebradas la diestra del progenitor:

—Usté estease quieto — le dice a cada instante

Ve al labriego tranquilo; pero desconfía de sus manos. Para adormecer cualquier impulso las besa y acuna contra su pecho pobre. A cada momento suplica a su madre que no grite, que no despierte las zarpas Y, no conforme aún, aprovecha una distracción de Alonso para quitarle el cuchillo. Isidro la siente. Se enoja La niña huye con el arma y el labrador pierde una bella oportunidad para morir por sus compañeros de surco. Ya los bueyes trotan calle arriba. Marido y mujer van quedando en silencio, con los brazos caídos Cuando se apagan los gritos del arreo, Isidro y Pilar dejan la portera abierta. Encuentran a Rosa en la cocina Entonces la muchacha hace entrega del cuchillo. Quisiera estar triste. No puede. Sonríe con orgullo. Está "enformalidá" ofende a la madre. Pilar, para no darla de moquetes, se aleja. Entonces Rosa pregunta a Isidro:

—¿Quería pelharlos, viejo?

—No...

—Eran seis..., yo los conté...

Alonso tuvo ganas de caer peleando. En aquel momento no sabía bien que se llevaban sus bueyes

Esta desgracia la sentiría después, a destiempo, y su reacción, pesada como sus manos, ajena, pararía en algunos suspiros sobre el surco sin terminar. Además, en la portera, Pilar "hizo punta", según costumbre. Se "desbocó" Provocaba a los soldados y lo hacía en nombre del matrimonio. A Isidro correspondía "prudenciar", por razones de equilibrio conyugal. Luego, los milicos eran inocentes, subordinados. En esto pensaba cuando empezó a sentir en su mano derecha una crispación sorprendente Quería apaciguar los ánimos, y esa garra, sola, de su cuenta, se le iba al cuchillo. El riego bravío empezó a subir por el brazo y amenazaba inundar su cabeza, tan razonable siempre. ¿Rosa intuyó el peligro? La "mocosa" admira al padre. Es el único ser que le atribuye firmeza y valentía. En aquellos instantes tuvo miedo y, a la vez, ansia de que estallase la cólera paterna. Ella cree al labrador capaz de cualquier gesto heroico Y el padre acabó por sentir lo que la hija supone. A solas con la chica, tiene pensamientos audaces y una firmeza insólita. Esa personalidad estuvo primero en la imaginación de la pequeña y, poco a poco, se fue haciendo piel en el admirado. La usa como un traje de cacique ..

—Tal vez lo peleo no más... — conviene

La muchacha suspira o respira.

—Eran muchos, tata —y, al oído de su héroe, agrega: — Tres que hubieran sido, los dejo atracarse...

Sí. En presencia de Rosa, Alonso acciona en protagonista de cuento infantil. Con Pilar, su mujer, gasta una modalidad humilde y paciente: ropas de trabajo. La conoció usando ese aspecto, ya roto en los codos. Nunca sirvió "pa" novio A la muerte de

su padre, Pilar alquiló a Isidro Alonso el rancho del difunto. Vivieron patio por medio Tenían mate, cocina y mesa comunes. La mujer es cinco años mayor que el compañero y cinco centímetros más alta Nunca tuvieron, amores, ni palabras alusivas. En los atardeceres, Isidro dejaba criar el silencio. Si hubiese escarbado en ese cómodo, acaso encontraría admiración por esa vecina fuerte, útil, incansable, capaz de ponerse un maneador por el pecho y cuartear a sus bueyes. De ahí al amor no había más que un "proseo". Para otro varón era fácil tender ese puente de palabras. Alonso jamás lo cruzó. Le era imposible "declararse". Pero, cierto día, se puso a pensar en esto. Después la idea fue abriendo senda Y ya Alonso caía en ese pensamiento como en un carril. La gueya se hizo honda y la emoción también Entonces Alonso empezó a luchar con el silencio, a perder oportunidades y a lamentarlo después, a solas, dando vueltas y más vueltas en la cama de soltero. Entonces, en cada insomnio, enhebraba en un cordel gastado, a punto de cortarse, las palabras viejas de su declaración Volvía a decirlas en voz alta, para irse acostumbrando, para habituarse al silencio y perder, poco a poco, la verguenza que tenía en "los oídos" Si hubiera nacido vehemente, no se escucharía Por desgracia es frío, razonable. Vive mirándose en el cristal exagerado del ridículo. Para no oírse, decidió hablar a Pilar, en medio de la trilla, entre el zumbido de los motores y las chicharras. Esperó pacientemente ese momento y lo dejó pasar. Hasta que una mañana la mujer dispuso el matrimonio Estuvo prudente "ellos ya no eran chiquilines, pa'cer las cosas sin juicio... Necesitaban ayudarse... El casamiento salía conveniente. Costaba algunos riales

que luego, en yunta, reembolsarían fácil ..." Isidro asintió, rojo hasta las orejas. Al volver del juzgado juntaron las camas. La cerda estaba por parir. Pilar pasó hasta el anochecer en la pocilga, soltando gritos y palos, hasta que consiguió encerrar al cerdo. Antes de acostarse estuvo sentada en el lecho, lavándose los pies sucios de lodo ácido. A la mañana siguiente él volvió al arado y ella a la cocina. Ha sido una esposa ejemplar. Decente. "De su casa". Tira para los suyos. Es madre de todos, incluso del marido. Dice a los borregos y a los lechones palabras emocionadas, felices, de alcoba Con Isidro nunca han disputado· la señora dispone y él deja hacer. Al principio ella le consultaba, pero Alonso sacudía los hombros. A veces en desacuerdo. Callado. Y no por indiferencia, ni por falta de argumento, sino de expresión Sin prisa, a su ritmo boyuno, seguía buscando los vocablos, y una vez conseguidos, tornaba a desnudar la idea y a guardarla, porque ya era tarde. Pilar acabó resolviendo todo, sin previa consulta Pero cuando algún negocio da pérdida, lo atribuye al silencio del marido. Entonces se enoja Le ofende. Isidro sonríe, aunque sin ganas. Lo hace para engañar a sus manos tan rudas Si Rosa está presente, se levanta y sale Sabe que su mujer le insulta nada más que con la boca. Pero su hijita lo ignora. Parece ansiar la rebelión paterna. Sus ojos arden. Y Alonso teme que una chispa de esas le "queme" la sangre Por eso se va. Entonces Rosa ensaya su defensa y Pilar, enfurecida, la "cachetea". Al chasquido del primer "bife" Alonso vuelve, aparta bruscamente a su mujer y se aleja con la hija en brazos No habla. Tiene las mandíbulas apretadas y el cuerpo rígido, vibrante, en alta tensión. Hay en sus pupilas una luz ardiente, como si se

hubiesen encendido, a una, todas las réplicas apagadas, todo el orgullo herido durante el matrimonio. Entonces no tiene un solo pensamiento. Esa ausencia total de ideas, esa sustitución del hombre por las manos, amedrenta a Pilar.

El día que les quitaron los bueyes, la mujer "aflojó".

—¡Aura, ya, qué pueden llevarse! — dijo, mirando el rescoldo

—A mí — soltó Isidro.

Pilar no perdió tiempo en palabras. Entró en su alcoba. La oían abrir y cerrar cajones Luego apareció con una maleta "panzuda" y un poncho.

—Vos — ordenó al marido — áura mesmo ganás el monte.

Alonso "matrerió" ocho días Un atardecer gris decide "gatiar" hasta su rancho. Necesita ver a Rosa, oír las protestas de su mujer y caminar en silencio sobre las melgas cubiertas de yuyos Sale del monte Le sorprende una partida del gobierno Hace ocho leguas en ancas de flaco. Desmonta en un campamento de caballería y el alférez Chavez le "aparta" para asistente. El "canario" sonríe Ha decidido "risertarse" esa misma noche. Se tiende, a lo perro, en la puerta de la carpa Apenas los otros cierran el sueño, agarra un mancarrón y huye Pero el cansancio hace abortar su plan. Se duerme. Le despierta el toque de diana. Para acortar el primer día de servidumbre pone gusto en obedecer. El alférez es "guenazo" Alonso se encariña fácilmente y necesita ver felices a cuantos ama. Su afecto es dominante, protector. Todos los seres que estima son débiles y ya dependen de él. Los lleva con miedo en sus manos rudas Pasa un mes buscando oportunidades para desertar. Y per-

diéndolas, casi sin dolor, porque se siente "amigo" de Chávez. El oficial le inspira lástima. No puede valerse sin él. Es haragán. Inútil Manco. Isidro tiene que darle, como en la boca, cuanto necesita. Y, además, parece estar orgulloso de su "nodriza"

Por fin Chávez termina la carta

—Isidro —dice,— anoche, en rueda de oficiales, te declaramos el primer asistente del escuadrón ¿Qué quieres?

Isidro enrojece Hace un año que no ve a los suyos Quisiera contarle a Rosa el lugar honroso que ahora ocupa en el ejército... Pero si es el mejor asistente, no puede pedir licencia, parecerá un abuso . Otro día lo hará... No ha de faltarle ocasión .

—Sólo quiero saber si necesita algo, mi alférez — responde.

De "CANSANCIO"

CANSANCIO

—¡Arriba, cabo Benítez!. El subcomisario ya puso los caracuses de punta.

Despierta el clase, manotea una bota y la arroja a otro milico. Este abre un ojo, rezonga y empieza a sentarse en su tarima.

—Maliceó —continúa el "puerta"— que don Escayola va a poner todo esto patas arriba .

—¡Es cierto que se llama ansí!. . ¡Deguélvame mi bota, pues, Peralta!

Por no agacharse, el aludido se vuelve al "ranchero".

—Gurí, ¿no ois lo que te pide el cabo?

Benítez bosteza trazando una cruz sobre la boca y aprovecha aquella mano ya levantada, para sacar un pucho de trás la oreja.

—¡Dese prisa, cabo!

—¡Oh! El sucomisario ricién madruga y ya está apurao. Yo llevo cuarenta años de melico y he llegao a cabo sin apriesurarme mucho... ¿Trais u no esa bota, muchacho?

—Ya viene llegando —contesta el gurí, que para cumplir la orden y ahorrar dos pasos, se echa sobre un dormido.

—¡Epa, haragán! —óyese borrosamente.— ¡Pucha, que son disconsideraos con un hombre que se acostó a las siete pasadas!

—Viene el día, Camejo, levantesé!

—Gueno, cabo . ya voy. — Se volvió y siguió roncando.

Entre el personal de la subcomisaría de Ñandú Culeco no se registra caso de diligencia semejante ¿Quién la causa? El nuevo jefe, don Carlos Escayola, hombre joven, enérgico y porfiado Había llegado la tarde anterior. Sin conocerlo aún amaba al pago, la oficina y los criollos. Al arribar, se encontró con una casucha de ladrillos desnudos que cubrían su rubor tras un escudito abollado Delante de la puerta, un palenque; delante del palenque, un milico, delante del milico, un mate Allí cerca, varios ranchos agachados Caía la tarde, caían los aleros, caían los párpados del "puerta" El camino ya se había acostado. El personal también Junto al patio, bostezaba un horno. Nadie salió a recibirlo y tuvo que entrar solo en la "Mayoría". Allí lo esperaba un gringo que le dio la mano en silencio, después vació la pipa, luego se levantó y se fue.

—"¡Puerta!" —llamó — ¿Quién es ese hombre?

—Don Pietro, el de la tahona, señor. Y usté, ¿quién es? y disculpe

—El subcomisario Escayola.

—¡Ah, lo maliceaba!

Aquel apretón de manos había sido una bienvenida. ¡La unica! Acercó la silla que ocupara el gringo, le pasó un brazo sobre el respaldo, y junto al amigo Pietro se puso a hojear los libros de la comisaría Empezó por contar hasta veinte permisos acordados en un mes para celebrar carreras y bailes

—La sección es alegre; pero la temo bravía — pensó Por su empleo sabía que la muerte va enancada a las reuniones. Buscó el charco de sangre tras las rejas de los boliches, bajo las verbenas trilladas por los bailarines, entre el polvo que levantan los parejeros, hoja por hoja escudriña sus querencias y

no consigue encontrarlas. Según aquellos libros, en el pago no ocurren duelos, ni incidentes, ni escándalos En cambio, no pasa página sin contarle una desgracia casual Aquí, son dos paisanos que chocan en un camino, muriendo ambos de sus resultas Luego, un mocito se "vandea" una oreja de un tiro "escapao". Después son peones lastimados "de arma blanca", por caídas en el rodeo Casi siempre trátase de dos accidentes ocurridos en el mismo campo y día.

—Es indudable — pensó — que, por lo menos aquí, las desgracias nunca vienen solas

Apenas un delito por abigeato se había cometido en el correr de la semana. Su autor era Josefo Baigorra, su denunciante, don Pietro; la víctima, una oveja. A pesar del celo policial, el tal Baigorra seguía en libertad. Luego de saber todo esto, Escayola consultó su reloj, vio que el de la oficina atrasaba; fue a su dormitorio haciendo ruido con el sable, y lo chistó una lechuza.

Esta mañana se ha levantado limpio de melancolía. Va a pasar la primera "lista".

El cabo Benítez y casi todos los milicos ya están alineados en el patio. Escayola los examina con ternura Sus policianos tienen las piernas arqueadas, las ropas desteñidas y los bigotes gachos Aquellos bigotes tan iguales le parecen otra prenda del uniforme.

—Cabo Lucio Benítez — lee.

—¡Presiente!

—José Camejo.

Nadie contesta. El comisario insiste.

—No lo pude ricordar, señor, por más que hice .. Como se acostó a las siete pasadas, ha discansao tan poco, mesmo, que lo dejé roncar

—Veamos, clase en la revista deben figurar quince

hombres. Aquí se presentan seis. ¿Dónde están los que faltan?

—¡Y.. vaya uno a saber!

A Benítez no le gusta comprometerse. El no es indagador ni curioso.

Escayola todavía consigue dominarse. Cree soñar todo aquello.

—Quien puede que sepa algo al rispesto es mi compadre el guardia cevil Peralta; es muy comedido, comesario ¡Llameló!

Avanza un tape bajito y ventrudo que luce una frente tan ancha como un meñique y unas cejas tan anchas como la frente

—Queda usted nombrado mi asistente — le dice — Lo necesito muy comedido. ¡No lo olvide! ¡Vaya a ensillar mi caballo y el suyo!

Entonces, Escayola se vuelve al personal y lo arenga Dice que el de Ñandú Culeco es un cansancio histórico, nacido después de los siete trabajos gauchos El criollo, les explica, al empezar trenzó un lazo, domó un potro y achicó el desierto. Para vestirse desnudó al yaguareté, cortó la paja más brava para poblar. Se sienta entre los cuernos de los toros cerriles. Carga una china descargando un trabuco; lame sus heridas mientras espera al hijo, y cuando éste llega, un pampero le ha llevado el rancho y un chimango al padre. Tiene que empezar a su vez, y su vida y la de su estirpe se gastan entre clinudos, espinares y colmillos. Así, durante mucho tiempo Hasta que una mañana, despierta, monta en su flete y se lo manca un alambrado, saca el facón y se lo envaina un código. Por primera vez se sienta, y entonces a su espalda levántanse tres siglos de fatiga que salen

de un cojinillo caído, hacen pie en el gavilan de su daga, trepan y se le acampan en la voluntad.

—Yo vengo, muchachos, a despertar ese hombre —les dice— a luchar contra las cosas suyas Odio al naipe, a la viguela que manca, al cimarrón, charquito de haraganería, donde chupan tantos varones rudos En la capital me han asegurado que este pago tiene cien pulperías y una sola tahona. Remendaré la sección con muchos cuadrados de siembra Por puntadas, como toda costura, poco a poco, curaremos la disciplina, el orden y los uniformes. Ustedes me ayudarán...

Mientras él sigue hablando emocionado, los milicos miran: uno, al suelo, éste, un botón, aquél, una mosca

—Les recomiendo, pues, puntualidad, energía y patriotismo. ¡Rompan filas!

Todos salen corriendo, entran en la cocina y se arrebatan las "pavas" calientes

—¡Qué fácil es electrizar a los sencillos! — piensa el pueblero, mientras monta a caballo, seguido de Peralta

Entre el humo del fogón, la milicada comenta el discurso del jefe.

—Cabo, explique, pues, las ricomendaciones del comesario...

—¿Qué? —pregunta el clase.— ¿Pero él nos ricomendó algo?

Ninguno aclara. Entre dos silencios ronca un cimarrón.

El segundo disgusto del día lo recibe Escayola frente al colegio.

—¿Peralta, ¿está cerrada la escuela?

—¿No la ve?

—¿No hay analfabetos aquí?

—Los haberá. Yo no he comprao nunca.

—¿No hay muchachos en el pago?

—Los hay. . Sólo que si los gurises estudean, no ceban mate... Esa es la custión

—¡El mate redondo y hueco ha matado al libro! — Cierra los puños y cierra las espuelas Sofrena en la puerta de la tahona.

—Don Pietro, voy a llenar de mateadores los calabozos Vine a saludarlo, y me voy a recetar siembras para aliviar esto. Tengo sangre vasca y energía de pueblero. Ya verá...

Galopan. La mañana está azul Peralta, nublado.

—¡Pucha! —rezonga — Un tipo como éste es una pulga entre la bota en día e'barro Y lo pior es que nos va a mudar a todos Por lo pronto, yo hacía dos meses que no ensillaba tanto caballo como hoy.

—¡Asistente! —le ruega.— ¡Haga el favor: despiértese, atuse esos bigotes, hable bien ligero! ¿Cuál es el vecino criollo más emprendedor?

—¿Más qué?

—¡Progresista!

—¡Ah! Pa mi gusto es don Zacarías. ¡Tipo muy raro! Fijesé que hará cosa de un año se empeñó en sembrar. La culpa jué de ese don Pietro... ¡Pobre don Zacarías! ¡El que era tan guena persona!

—¡No lo compadezca! ¡Hombres así animan los pagos!

—Ya lo creo, don Escayola Los domingos, la casa d'él es un hormiguero. Se corrió la voz, ¿sabe? Y el paisanaje cae de leguas.

—¿A aprender?

—No, señor; a rairse. Es que es curioso mesmo

mirar trabajar... Yo, a ocasiones, lo haría ver de un curandero a Zacarías.. ¡Esa es la custión!

Se encaminan a casa de aquel emancipado El "agringao" Zacarías los recibe a la antigua. Saluda sin establecer distingos. Es un viejo suave, tímido, lento. Entran en la cocina.

Sentado cerca del fogón, un hombre barbado contesta con un gruñido los "buenos días" de Escayola y continúa pelando a diente y cuchillo una costilla asada Zacarías y Peralta ni lo miran; Escayola sí, mientras habla de sus proyectos. Nadie le interrumpe. Cuando el barbudo concluye de comer, abre su mano izquierda y deja caer el hueso; desvía luego la derecha lo suficiente como para que su cuchillo no se queme en las brasas y afloja los dedos Luego se despereza, llega hasta la puerta y sale fatigado, a causa de tanto esfuerzo.

—Don Zacarías, ¿quién es ese hombre?

—Es uno...

—¿Amigo suyo?

—No lo conozco. Llegó hace un mes, pidió pa hacer noche y se jué quedando. Duerme ahí conmigo.

—Pero, ¿qué hace? ¿Cómo se llama? ¿Qué es?

El dueño de casa parece resuelto entonces a asegurar algo.

—¿Qué es, pregunta? Vea, comesario, duerme de a veinte horas, y las otras cuatro, come de sentao. Pa mí, y esto no es más que un maliceo, ¿eh? Pa mí, ese hombre es un poco haragán... El está de visita en mi casa y yo no debía pensar ansina ..

—Dígame, ¿no será este sujeto un tal Josefo Baigorra?

—¡Qué esperanza! No puede llamarse así, comesario.

—¿Por qué?

—¡Por la pinta, pues!

Es aquella indiferencia del "agringao", una tercera desilusión.

Se despiden Peralta, que no ha pronunciado palabra durante la visita, pregunta en el camino·

—¿Pa ande vamos?

—A la comisaría. ¡Al galope! ¡Castigue!

Al verlos llegar, se nota gran movimiento. El "puerta" hasta guarda el mate en el bolsillo.

Escayola manda llamar al cabo. Enciende un cigarrillo, lo quema. Benítez llega despacio, se acoda en el palenque y cansa sus ojillos cerriles persiguiendo los paseos de su nervioso superior

—¿Me ha llamao, don?

—¡Sí, cuádrese! Usted debe saber quién es un vago que se entró en lo del vecino Zacarías.

—¿Yo? —contesta el clase, ofendido — ¡Yo que viá saber!

—¡Le prevengo que voy a repartir plantones! ¡Aquí todo se escurre! ¡Todo está ensebado menos las botas!

Benítez ha vuelto a recostarse.

—¡No se enoje, comisario! Tal vez mi compadre sepa de ese asunto... ¡No ve que él anduvo e'fación por aquellos laos! — Se dirigió al compadre. — Che, Peralta, sin que esto sea comprometerte, ¿vos lo conocés a ese endevido?

—¡Claro que lo conozco! —le contesta, cruzando la pierna sobre el lomillo.— El tipo ese es Josefo Baigorra, pues. Yo lo agarré vez pasada en lo e'Martín Chico

Escayola se le aproxima furioso

—¿Y por qué no me dijo usted todo eso?

—No había pa qué. ¡Usté no me preguntó nada!..

Benítez, cachaciento, interviene.

—Dejeló seguir contando .. Mi compadre le va a decir lo que pasó. ¡Seguí, che!

—Conque lo agarré al Josefo y le hallé en una bolsa el cuero que había abigeato en la tahona.

—¿Y cómo no lo trajo preso?

—Llovía mucho .. esa es la custión Le propuse cambiarle el calabozo por unos palos Acetó; se los dí y lo largué. ¡Pobre diablo!

—¿De manera, señor guardia civil, que usted puede venir a almorzar, sabiendo que deja a un pobre viejo entregado a ese malhechor?

Peralta suelta la carcajada. Benítez lo imita

—¡Don Zacarías! ¡Usté no lo conoce! ¡Cuanto se enoje, bonita paliza le pega al Baigorra! ¡Mirá por quién ta con susto, che Peralta! Sepa, don Escayola, que hará quince u veinte tardes, por unas risas con el asunto del sembrao, Zacarías hizo no una ¡dos muertes!

¡Era posible! Escayola ha empezado a conocer el pago y sus hombres Sabe que por una ofensa cualquiera de esos vecinos, el más holgazán, es capaz de todo. Por eso no duda del hecho, en cambio duda de haberlo leído en el registro policial

—¡Repita eso, cabo! Las tales muertes, ¿ocurrieron en la sección?

—¡Claro!

—Y si es así, ¿dónde estuvo preso Zacarías?

Ahora es el clase quien se asombra

—¡Cómo preso! ¡Esto sí que está lindo! Aquí, comisario, denguno semos capaz de una injusticia! — Sintió un poco de lástima por aquel forastero que sería muy comisario, pero ignoraba la ley antigua. —

A un hombre que mata peliando y por derecho, no se le priende nunca, compañero — le dijo

—¡Basta, basta! — grita el oficial Acaba de conocer el oculto sentido de aquellas desgracias casuales, los trabucazos "juídos", las rodadas en los apartes, los pechazos en el campo. Su personal es más gaucho que policía Prende un pucho antes de prender al guapo delincuente y es para darle tiempo a huir que cabalga en aquellos "patrias" lerdones

La agitación del vasco Escayola crece tanto que durante unos minutos llena la oficina, cruza el patio, llega al fogón, obstruye las bombillas y aventa el último bostezo del último milico. Parece que el milagro va a realizarse. Por distintos rumbos salen comisiones armadas a detener a Baigorra, a Zacarías, a los policianos faltadores, a medio mundo. Acaba de inventarse la prisa. Se levantan las voces, los rebenques, los procesos y hasta el viejo camino se levanta en polvareda.

¡Cómo será de novedosa toda esta agitación, que un criollo de Ñandú Culeco se la tropieza frente a la comisaría, detiene el matungo, toca su chambergo y, ¡caso nunca visto!, interroga:

—¿Hay rigolución, jefe?

—¡Es lo que aquí faltaba, una revolución! —le contestan.— ¡Yo he venido a traerla!

—¡Ah! .. — dice el vecino y se aleja, taloneando "a gatas" su caballo gordo y lerdo.

* * *

Apenas treinta días han transcurrido desde la llegada de Carlos Escayola. Fue aquel un mes de prueba para todos. Durante ese tiempo luchó un pueblero

con mil campesinos: la argamasa y el terrón. De un lado estuvo esa voluntad del labriego que desde atrás del arado va empujando a dos bueyes. Del otro, una indiferencia grande; pero muy gastada por el uso. Con el pasado muerto combatió allí el presente recién nacido. ¡Dura fue la pelea!

Es la una de la tarde.

Un vecino sudoroso llega corriendo, choca con el palenque, da un empellón al "puerta", sin perder tiempo en disculpas llega al despacho del comisario, entra y le dispara estas palabras:

—¡Escayola, levantesé! ¡Hay fuego! ¡Se me quema la tahona!

—¡Cabo Benítez! — grita el comisario.

De allá le contestan:

—Estoy acostao. ¿Qué quiere?

De cama a cama, jefe y clase dialogan:

—¡Aquí llegó don Pietro! ¡Dice que hay fuego!

—¡Vea qué noticia! Ya lo sé. Dende hace rato, el olor a harina quemada no me deja dormir. — Luego de unos segundos, pregunta:

—¿Quiere que vayamos, compadre Escayola?

El comisario se restrega los ojos, se desperezа, mira el mate "ensillao" y luego consulta el caso con el visitante:

—¿Qué le parece, don Pietro? ¿Valdrá la pena? Yo, todavía no he amargueado... ¿Iremos?..

EL AGRADECIDO

(A Carlos M Cantú)

Dios lo guarde.

—Abajesé.

Don Evaristo Chalar acerca su rosillo a la tranquera Le extiende su diestra el vecino y agarrado a las crines del caballo gordo, sostiene el diálogo y su peso No parecen tener apuro. El forastero trae la mañana por delante: una tropilla de horas. El vecino tiene el rancho a la espalda indolencia de caracol

—¿No se apea?

—Gracias Otra ocasión será —Señala una horqueta de caminos.— ¿Cuálo de esos y perdone, lleva a Palo a Pique?

Mira el interrogado en la dirección indicada. Cuando sus ojos se cansan los posa en lejana nube de polvo.

—Tropa chica.

Don Evaristo asiente.

—Ganao criollo.

—Vacaje...

—No Más bien parece un refugo... Novillada ruin

—En efeto —observa, al rato, el vecino— es un barrido. sí señor. Tropa de estación. Animales flacos que si los mueven dimasiao se caen, lo mesmo que las hojas.

Decídese a soltar la crinera

—¿Entonces?

—Cierto, sí, señor. ¿El camino decía? Es ese. Sígalo y lo ha de llevar a Palo a Pique.

A don Evaristo Chalar le averguenza sentirse tan forastero Tiene medio siglo y no conoce mundo. Casi ni su propio pago conoce. Nació, creció y maduró en la estancia. Recuerda haber salido de ella cuatro veces· la primera, en un manso, a buscar la novia. La segunda, en un parcjero, a buscar la rodrigona. La tercera, en un sulky, a llevar al "dotor" y la cuarta, en un "oscuro", acompañando por última vez a la finada. Nunca pudo orientarse por impedírselo la ilusión, el ansia, el miedo y la pena.

—Una pregunta más pal estribo ¿Queda lejos ese pago?

—Asigún. . Si usté lo busca pa alegría, sí... Aura, si es pa dolor, lo hallará cerca .

Sonríen

—Gueno, paisano, en las puntas del Chamizo, la estancia vieja e'los Chalar, es su casa.

—Gracias, lo mesmo le oferto. Aquí está a tiempo de un desensille.

—A la guelta será.

—Como guste.

Chalar talonea al rosillo y se aleja. Tardará mucho en pisar Palo a Pique El ha ensillado para salir al encuentro de un cariño La alegría alarga los caminos. Desde que el reuma, complicado con un médico, le mató a su compañera, se le achicó la estancia En cualquier potrero pechaba con las memorias de su difunta Ya nunca más se "halló". Un día, tibio para los peones indiferentes, don Evaristo se levantó de poncho. El fogón empezó a calentar la osamenta tan solo. Había criado a un pardito como hijo. Lo

reprendió por no sé qué diablura y el mandinga abrió las alas y se fue. Le quedaba en la orilla de su campo, una comadre viuda bien conservada Pudo ser su querencia, se acercó a la buena moza sin saber claramente por qué; acaso iba por repartir la humedad de un recuerdo, tal vez por la dulzura de un "amargo" Pero la comadre le dijo que los Chalar y los lutos se ponían verdes de viejos .

Volvió a la cueva, largó sin bozal al rosillo, sintió la necesidad de un rumbo y encendió un pucho para buscarlo. Con las últimas "pitadas", lo encontró Esta madrugada de otoño viaja hacia Palo a Pique.

—¡Guenas!

—Dios lo guarde — responde al saludo del "puntero".

—¿El capataz de esta tropa?

—En la "culata" viene — le dice el tropero a la pasada.

Empiezan a desfilar los novillos guampudos. con más libras de abrojo que de carne. Primero asoman las astas, al rato las cabezas. Los cuenta por vicio Pasan algunos toros melenos, de cruz erizada, bueyes "cacundas" y terneros con pretensiones de bravos No reconoce la marca, apenas si consigue adivinar el pelaje bajo el barro. Después, entre "chiflidos" y revuelos de poncho, cruzan los peones del arreo.

—¡Salú!

—Dios los guarde. ¿Cuálo de ustedes es el capataz?

—Más atrás viene.

—Gracias.

Le sale al encuentro Ambos detienen la marcha. Se estiran la diestra, luego la chupa, después unas cuantas preguntas.

—¿Usted conoció, tropero, a un indio Nicomedes Ubillo, capataz de tropas él, criollo de Palo a Pique?

Acaricióse la barba el interrogado, bajó los ojos y se puso a buscar entre los yuyos al tal Nicomedes

—Ubillo —dijo— es apelativo que me suena.

—Si lo llegó a trompezar, capataz, no pudo olvidarseló. El indio Nicomedes dentra a reirse y se gana en la voluntá ajena. Es hombre de mi edá .. Amigo de oír y de largar verdades..

—¡Ubillo! Aura recuerdo. El año pasao, en la feria de Ñandú Culeco, vide un lote de vaquillonas muy mestizadas, flor de animales. Y allí se me dijo que eran, si mal no recuerdo, de un tal Nicomedes Ubillo

—¿Qué marca?

—Una "u" volcada, ansina — detalla el capataz dibujando en el aire dicha marca.

—¡Es el indio! — exclama Chalar.

—Habrá hecho plata entonces.

—¡Dejuro! No le dije ya qué pinta era la de Nicomedes .

Se aleja la tropa. Don Evaristo toca el chambergo en un conato de saludo y antes de talonear al rosillo grita al informante·

—Gracias, paisano. Me ha proporcionao un alegrón. ¿Quiere escuchar la receta de este retozo?

—Quiero.

—Cuando se le presiente ocasión de hacer un servicio, no la deje ir orejana. De cien favores, noventa y nueve le van a patiar la mano; pero uno, al menos, sale agradecido... Crealó.

Chalar galopa hacia el amigo y el capataz hacia su novillada.

Hace cinco años a la vieja estancia de don Eva-

risto llegó un indio con el caballo "aplastao". El dueño de casa salió atrás de los perros.

—¿Quién sos?

—Un disgraciao...

—¡Apiate!

No quiso averiguar más nada. ¿Para qué? El "juído" necesitaba cualquier cosa, menos palabras. Lo llevó a la cocina Le señaló un churrasco.

—Cortá, m'hijo...

—Yo me llamo Nicomedes Ubillo

—Comé primero. .

—Soy capataz de tropa.

—¿Querés un trago e'caña?

—Dejé mujer y un hijo cuasi mozo en mi pago

—Aura, calculo que te hará bien un amargo

Chalar no pedía explicaciones Mas Ubillo se resistía a callar Refirió que al regreso de la Tablada, con mil pesos de don Luciano Ortiz en el tirador, tropezó en una mesa, se enredó en los cuatro palos de un naipe y perdió la plata ajena y el nombre propio Ortiz lo denunció y la policía venía pisándole los garrones

En efecto, Chalar se asomó al camino y vio en la portera a un comisario y dos milicos

—No te movás, Ubillo —le ordenó.— Ensillá el mate.

Don Evaristo miró sus campos Al entrar en la "sala" encontró a la compañera zurciendo el atardecer y los calcetines del "pardito". En un rincón, el gurí suplente gateaba entre pasadores y pichicos.

—¿Mujer?

Ella, levantó los espejuelos

—¿Qué le pasa al "llegao"?

—¡Cuasi nada! Tiene un hijo mozo y no tiene apelativo que darle.

—Al revés de nosotros.

—Mesmo. Yo miré pa'dentro, vide mi concencia limpia. Luego miré pa'juera mi campo limpio Te hallo a vos con salú. . Al pardiñas, distraído... Ahí viene el comisario a priender a mi visita Con agatas mil pesos se salva ¿Te parece que lo deje llevar?

—¡Mil pesos! —exclamó ella — ¡Es mucha plata!

En el patio se oyó un:

—Ave María. .

Ella comprendió que no podía contestar. Corrió a la petaca y entregando a don Evaristo una bolsa llena de libras

—Sin pecao... dentre —contestó. — ¡Chalar!

Don Evaristo, "mientras", contaba las monedas.

—Que guena sos, mujer —le dijo. — ¿Me hablabas?

—Sí. Entriegá esa plata, Evaristo, ¡pero haceles firmar recibo al Comesario y al huépe!

—Claro ..

Así lo hicieron. Nicomedes Ubillo lloró en la ocasión Evaristo Chalar se consideró pago con lágrimas y mientras su mujer limpiaba los espejuelos opacos, pensando en el apelativo de aquel muchacho criollo de Palo a Pique, el estanciero rompió el recibo, por parecerle que su gauchada no podía caber en un papel.

Tiempo después, Ubillo, en el instante de partir, declaraba.

—Don Evaristo, le hablo de a caballo, pa estar más alto. Le hablo sombrero en mano, asoleada la frente, con eso me atestiguará mañana el sol. Declaro que hoy salgo de su estancia a tomar el camino de-

recho pa pechar a lo toro con la suerte hasta dueblarla. No sé si la pelea me dejará pegar la guelta. Inoro, criollo noblote, si nos hallaremos otra vez, mano a mano, en ese fogón ande usté lavó el apelativo e los Ubillo. Pero en el mundo, pa rodar, quedamos: usté, aquí; yo, allí lejos Si alguna ocasión lo agarra de a pie la tristeza, en Palo a Pique tiene un alero quinchao por estas manos; en mi hijo, un pagador, en mi lomillo quebrao, una almuada. Allí, ande quiera, nombrarán a Evaristo Chalar dende el canto del gallo dispertador del día, hasta el "guenas noches, tata", de mi muchacho...

Juntó en cruz el pulgar con el índice y los besó.

—¡Por ésta!

Han pasado años. Al viejo Chalar le talaron el monte, se acostó la finada, alzó vuelo el gurí, blanqueó sobre una loma el "oscuro". Por esas abras se colaron vientos. Evaristo tuvo más frío que ponchos. Le sobra campo, oro, salud, ternura. ¡Siquiera el silencio le hubiese encontrado decrépito! ¡Si por lo menos estuviera enfermo, aislado por la experiencia o el dolor! Pero Evaristo no conoce mundo .. Pensó en Nicomedes Ubillo, en el mozo, en el alero, en el lomillo... Quiere cobrar la deuda con unos días de mano dada y mate "agarrao". Necesita un rincón lleno de humo para borronear muchas cosas. Sembró y espera saborear un pan de aquel trigo. El llega, ahora, con el corazón "aplastao". Cuando el hijo de Nicomedes se le acerque, Chalar verá con ojos turbios de ternura al mocetón Será como si lo mirase con los espejuelos de la finada. En silencio estrechará su mano. Y en silencio, frente al indio Ubillo, Chalar tendrá la mitad de aquel hijo. No quiere la cabecera de la mesa.

—¡Qué esperanza! —murmuró.— El sitio más retirao ocuparé. Y estoy seguro de llegar con hambre

Después le apena que el amigo haya hecho fortuna No teme al oro. En su opinión, la riqueza no enturbia las memorias. Lamentaría, únicamente, que Nicomedes, alejado del camino, hubiese perdido aquellos cuentos que solía relatar entre oración y medianoche.

La mañana camina más ligero que el "rosillo".

—¡Queda lejos siempre el hogar!

Empinado en los estribos, ve como los alambrados linderos se tocan en la distancia. Su caballo los va abriendo con el encuentro Le parece que marcha arreando una serranía. Hace tres horas que la encuentra al alcance de la mano. La sierra no deja juntar el cielo con el campo. Quizá, en ella, Ubillo hizo pie para levantar su fortuna.

—Se estriba en un cerro, como en una mujer .. Todos son albardones...

Algo más adelante, la suerte puso en el camino un recodo, en el recodo un rancho y en éste un paisano El hombre parece estar esperando al estanciero para darle una noticia.

—¡Don Nicomedes es finao! Ayer hizo un mes que lo enterramos allí —señaló un cementerio.— Jué una mañana ansí como ésta. Comenzaban a soltar hojas esas higueras de mi patio. Yo golvía de galopiar a un potrillo zarco, marca "Pajarito", lo traiba arrocinao y es lo cierto que se me arrastró a bellaquiar por motivo de una hoja que le hizo barullo en las orejas. Conque al rato, me asomé al camino y vide que traiban un dijunto al camposanto: ¡y cuándo iba a colegir que juese don Nicomedes Ubillo!

El informante detalla su recuerdo. Habla desde le-

jos, desde un mes de distancia. Don Evaristo hace fuerza por oírle, sin conseguirlo.

—¡Me lo acostaron tamién! — dice, mirando el cementerio gaucho, alambrado de púas

—Sí, señor. ansina jué. No sé fijo si lo dijunteó un grano malo o si se "quedó" por motivo de una quebradura. El hijo de don Nicomedes me explicó la custión, pero no le escuché bien por motivo de encontrarme en el entierro con mi compadre Badía, que me encargó un trabajo. . sí, señor . ¡Era el padre del pago el finao Nicomedes! No se halla por aquí pobre que no amparase... Yo mesmo le estoy muy obligao ..

—Jué un gran corazón.

—Cierto — asiente el informante en tanto pellizca la chupa de Chalar, tan gorda como el "rosillo" — un corazón tierno, bajo un entrecejo muy fruncido. Esa es la verdá Era duro con los vicios ajenos, por motivo de hallarse a salvo de los propios. Ganó su plata por derecho, con las asentaderas quemadas y el tirador en la mano...

Don Evaristo, de a caballo, también se quita el chambergo. Ante él pasa la historia del amigo. Moldeado con palabras rudas, a pulgar, en barro fresco, el indio renace Y Chalar decide ir al camposanto a conversar con el dormido. No quiere volverse sin contarle sus desgracias...

—Hablemé del dijunto, vecino...

—Ansí jué él. Hubiese subido mucho, ya lo creo. Alcalde pudo haber sido, caso de él quererlo El vecindario lo conocía y a su estancia caiba, con hambre de un churrasco o de un consejo...

—¿Y el hijo salió de esa leña?

—Parejo.

—¿Cuála es la estancia del finao?

El hombre señala.

—Aquella.

Al paso lleva don Evaristo su caballo. Se apea en el camposanto. Entre los yuyos brotan cruces. Busca una con el nombre del indio. No la encuentra. Tendría que pisar sepulturas para leer el apelativo del finado Se detiene frente a una de aquellas cruces sin nombre, en la orilla del campo, tira sobre el pasto el chambergo y piensa en Nicomedes, en los cinco años de ausencia .. El tiempo se acorta, los yuyos desaparecen, siente en la cara el calor de su cocina y ve cuajarse en llanto los ojos del "llegao".

—Coma, primero... tome un buche e'caña .. Yo le via salvar su nombre..

Se sorprende al encontrarse con que el muerto no le aflige tanto como el pensar que ya no podrán resucitar nunca más aquel momento viejo. Junto a la cruz se despide del indio y de una buena acción.

—Lo quería mucho más cuando era tropero — murmura en el momento de subir a su caballo — ¿Por qué?

No se lo explica Acaso se siente disminuido ante la importancia cobrada por el "finao".

Le enorgullece la fama de su protegido. Y, sin embargo, lo sintió antes mucho más cerca de su emoción. Aunque le averguenza, lamenta que Nicomedes no hubiese pecado de nuevo para poder prestarle otro servicio El "indio" le custodiaba la impresión de un Chalar cinco años más joven. Esta mañana él iba a pedir que le devolviera aquel momento noble, compartido con la finada y el gurí..

—¿Quién me va a entriegar ese calorcito, aura?

Teme encontrarse solo, en la estancia del "juído".

—¿Y el hijo del pobre Nicomedes? Cuanto llegue y me nuembre: Yo soy aquel don Evaristo . Le pedirá su bendición y el viejo se la dará trazando una cruz con el pulgar y el índice, como lo viese hacer al finado. Después, en silencio, le buscará en los ojos aquella brillazón de lágrima . Por último, pasados los primeros temblores, destrenzaran cualquier memoria...

En la portera de la estancia comprende que ya no podría tutear a Nicomedes. El establecimiento tiene un "usted" evidente, en el alambrado de ocho hilos con dos púas para hacer sentir en carne la propiedad. Desde la portera hasta la casa se yerguen dos hileras de pinos al paso de un camino de balastro

—¡Pensar que el dueño de todo esto es cuasi hijo mío!

Abre y avanza. Una sirvienta lo recibe.

—¿Está en las casas el hijo del finado Ubillo?

—¿Don Mauro?

—Será... Dígale que pide verlo un viejo amigo del tata.

Desciende y espera Mira un jardín recortado. Nota ausencia de perros. Por entre los árboles cruza un peón con polainas, conduciendo un parejero de "canillas" retobadas con trapos. Poco después un mozo rasurado saluda con leve inclinación de cabeza Don Evaristo le abraza.

—Lo acompaño, m'hijo, en el sentimiento.

Mauro Ubillo se deja abrazar

—Gracias, paisano.

Ambos inclinan la frente y permanecen en silencio El primero en quebrarlo es el mocetón.

—Póngase el sombrero, buen hombre —dice.— ¿Entonces, usted conoció a mi padre?

—¡Ya lo creo m'hijo!

No se decide a pronunciar su nombre. Le ahoga un poco la emoción Desea tranquilizarse Comprende que va a sacudir hondamente al muchachón huérfano, a quien él trae una ternura nueva. Serénase ayudado por el gesto altanero de Mauro, su ropa de ciudad, el cigarrillo. Lo enfría aquel recibimiento en el camino y el aspecto de la casa moderna, sin cocina, sin humo, sin asomo de barro. .

Por fin, calmosamente:

—Yo soy aquel Evaristo Chalar — dice.

Ubillo continúa fumando.

—¿No me ricuerda? ¿Su tata no le habló muchas veces de mí?

El "hijo" sacude la cabeza negativamente.

—No, paisano... Ni es extraño por otra parte. Mi padre, dada su posicion, era conocido de muchas personas a quien él en realidad no conocia .. ¿De donde es usted?

Evaristo, tímido ahora, parece pedir perdón al responder.

—De las puntas de Chamizo

El mozo cree recordar.

—Si, paisano . es verdad . Chalar ¡Un Evaristo Chalar! ¿No es usted aquel capataz de tropa a quien papa hace años, salvo de la carcel? Efectivamente, hace poco, cuando nombraron a mi padre candidato a diputado, me contó esa historia a propósito de no sé qué buen recuerdo suyo

Don Evaristo aflojó el nudo de la golilla.

—Usted, Evaristo —continuó el mozo,— perdió un dinero al juego y mi pobre padre, con aquel gran corazon de siempre, le compró su libertad con unas libras.

Chalar, que vivía en presente aquel momento, tanteó en sus bolsillos creyendo encontrar aún los trozos del recibo.

—Muchacho...

No supo decir más. Mauro supone que el viejo busca un pañuelo y, previendo desagradable escena de llanto, trata de evitarla.

—Dejemos eso... Evaristo... carece de importancia el favor; mi padre vivía practicando la caridad.

El viejo tiene miedo de su primer palabra. Tal vez consiga alejarse en silencio Si ese mocoso del cigarrillo se calla, puede ser que él logre poner el pie en el estribo, horquetarse y, clavándole sus espuelas al "rosillo", huir con la verdad, a resollar en el camino de Dios. Toma las riendas, vuelve la espalda, intenta estribar y no lo consigue...

—¡Pa qué habré salido, aura, de viejo, a conocer mundo! — exclama.

EL INVITADO DE LARRIERA

Por centésima vez, Primitivo Larriera lee aquella cuarteta que el pardo Leira grabó a punta de cuchillo en su mate favorito·

"No digo esta boca es mía...
Pero corre por mis venas
algo que endulza las penas
y no amarga la alegría..."

—El compuesto es siempre el mesmo, pero no hay qui hacerle, es la cencia del verde... Sólo que el mate habla y hasta resonga cuanto le esigimos mucho. . Y eso de que endulza los pesares, es mentira tamién; cada trago los remoja allá dentro... ¡Bah..., cosas de pardo!... ¿Y pa esto se pasó un día sin deschalar?...

Lo cierto es que Larriera se aburre. Sentado junto a la puerta de su azotea, frente al paisaje suyo, a sus mismos pensamientos, manoseando el mismo mate, la misma caldera, el mismo reloj; su natural novelero se le sale por los labios buscando amigos para pelear juntos al tiempo. Con la tijera de esquilar ya estuvo cortando dos horas y una crin. Y recién son las seis de la mañana. Se sabe de memoria el pedazo de sierra que se empina por entre los dos ombúes del palenque. Mira la pava lustrosa de tizne y lo alegra pensar que aquella cosa con pico, ya que no conversa, chilla al quemarse...

Desde muy temprano, Primitivo, fastidioso como un tábano y empolvado de aburrimiento, matea, apura

a la peonada, rezonga al muchachón aguatero, por ser su "pión y su ahijao", pisa al cachorro, lo ahuyenta para llamarlo en seguida, le da tres o cuatro vueltas a la casa y a la yerba, y sobre todo eso se aburre Daría cualquier cosa por entretenerse Hoy ni siquiera el tiempo lo acompaña porque la mañana se le presentó serena y firme.

Ahora ha dejado el mate recostado en el asiento de cuero crudo de su silla... Y se pasea mirando el cielo. Busca unas nubes en barra que cuando vengan del oeste, traen siempre el aguacero No encuentra lo que quiere, en cambio sobre su cabeza cruza una de algodón ahuyentando como un fantasma una fila de patos.

—No, si es al cuete, ¡cómo ha de llover si saben que eso me gusta! ¿Qué el agua le va'cer daño a mi maizal? ¡Y gueno! . Pero ansina trataremos de otros temas con los muchachos Crecientes bagualas el rayo que dejó en cueros al canario Jiménez . cualisquier cosa de esas bien mojadas en mentira.

Así diciendo se encontró junto a su overo, recién tusado de clavijas El parejero se estiraba en todo lo largo del maneador por alcanzar una matita reseca que no logra morder y abandonando por ella una brazada de alfalfa, recién cortada.

—Eso es, igualito que el cristiano cosa tenida ya no es apetecida, como dice el refrán . ¿Y vos no juiste ansina, Primitivo, teniendo conciencia? Justo. Ricordar que a la pobre finada le di tanto quebradero e cabeza por cualisquier chirusita que dentraba e'piona! A los machos nos debieran largar con tramojo Gueno, y dispués de todo si no nos atajan acabamos siempre con atajarnos solos La es-

tancia, la casa, lo di'uno son cercos de piedra que hay que lastimarse el pecho pa voltearlos...

Sacó del cinto la chupa de buche de ñandú, la miró un rato, tanteó la picadura de naco brasileño que él mismo preparaba, y lo volvió a guardar. Primitivo no sabía fumar, usaba aquello por tenerlo a mano para obsequiar al forastero que esperaba siempre. Pronto haría dos meses que no llegaba ninguno.

—¿No ve? ¡tengo que hablarme yo mesmo pa prosiar con alguien! ¡Cualisquier día me recuerdo balando! ¿Qué es el mate?, ¡prosa!, ¿qué es el tabaco?, ¡prosa! Esta mi estancia parece apestada.. Pa uno que llega aquí, de equivocao las más de las veces, la miran dende lejos y siguen camino delante cinco o seis cristianos al año... a lo menos cinco u seis.. Dejuro que se santiguan al bombearla y castigan. Un día de estos me enojo, salgo al camino, aguaito a'uno, le echo por delante, le boleo el caballo y me traigo al hombre p'acá... preso, maniao, a la juerza, pa que hable.

—¡Ciriaco! — llamó.

Un muchacho de cuerpo largo y pantalones cortos apareció por el lado del jaguel. Primitivo le ordenó:

—Sentáte ai y con reposo contestáme: ¿cuántos días hace que juiste a la pulpería con las cartas?

Ciriaco pensó un momento, contó despacio con los dedos y al rato alzó la cabeza, triunfante.

—Cuatro.

—¿Cómo cuatro, si juiste antiyer?

—Por eso mesmo...

—Mirá, ahijao, un día de estos que yo no tenga tanto que hacer te via'enseñar a contar ¿óis? ¿Viste a alguno en la reja, sin ser la cara e bagre del vasco?

—Si, padrino, vide un viejo tomando todo torcido

por no largar la picana que se le atravesó en la ramada Tenía un petizo zarco contramarcao.. Traiba una carreta castillo con tres yuntas, los cuatro delanteros pampas, los del pértigo yaguaneses, marca cruz. ¡Bien flaca la boyada!

—¿El carrero ese venía pa acá?

—No sé...

—¿Cómo no le preguntastes?

—Por no hablar, padrino...

Larriera se incorporó, indignado.

—¿Y por qué no querías hablar? ¡Avestruz!

—Pa poder verlo, pues

—¿No sabés que tamién se ve con la boca? Golvéte . ¡Ni que juese un delito hablar! No hablan los vichos. . porque no pueden . Callao. te diferenciás de mi overo, en que vos andás de alpargatas

El muchacho se había quedado frente a él, pisándose un pie con el otro Para evitar la reprimenda desvió los ojos y allá lejos, en el confín de la estancia, vio moverse un bulto.

—Don Primitivo, allá por la culata del estero chico, se mi hace que veo venir uno ..

—¡Y recién me avisás! ¡A vos te galopa el alma por el cuerpo! Corra a calentar esa pava, amigo Tire la yerba esa, ponga nueva, agarre del escritorio mi bombilla de plata, saque un banco aquí ajuera; y muevasé . ¡Oiga!, ¡traigamé las botas amarillas, antes que nada!

Ya se había levantado. El anuncio de una visita le sacaba diez años a sus cuarenta. Se estiró, como para que el viajero le viese; puso una mano de visera y observó en la dirección indicada Nada No podía ver nada Paseó la vista por el plan del bajío recortado por el cerco de piedra de su último potrero; escudri-

ña luego el pedregal salpicado de mica... ¡Nada! Mira después aquellos tres sauces del cañadón que parecen buscar algo en el agua. No encuentra al viajero ni en el flechillal lejano, ni en el puesto del fondo, ni en los alrededores del último ranchito echado allá lejos, entre el pasto alto, como fatigado de haber subido la loma. ¡Nada!

—¡Ciriaco!

—¡Ya voy, padrino, no puedo hallar la bombilla ande me dijo!...

—Venga, deje todo .. ¿Este diablo e'tape no quedrá jugar conmigo? Lo que es hoy, apartó un día malo pa bromas .. Le viá dar unos lazasos .

La víctima apareció al fin, con todos los encargos cumplidos.

—¿Ande viene alguien?

—Allá, pues —Miraron.— ¿Ve el puesto?, güeno; ¿ve el talar de Trujillo?, gueno; entre el puesto y el tala grande.. una nubita e polvo?, ahí adentro viene el hombre...

—¡Tenés razón! Pero el que decís se distancea...

—¡Al revés... se allega! Hoy la cola del matungo tocaba en los talas y aura hay como una vara entre ellos... Aquí están las botas.

Primitivo se dio por vencido. El jinete existía, y, sobre todo, se acercaba. Sin embargo, mientras congestionado por el esfuerzo maldecía Larriera al señor pulpero que le había "encajado" aquellas botas potras, ¡qué potras, reservadas!, le ordenó al tape:

—Golvé a mirar, Ciriaco ¿ese que llega no será el bruto e mi compadre Trujillo?, ¡si juese le chumbo la perrada! Ese no habla ni con la novia...

—No, padrino; este forastero viene de poncho negro, y hasta creo que de golilla negra tamién...

—¡El pobre estará de luto! Mejor, prosiaremos de enfermedades, de curanderas, de dijuntos . . , los finaos son lindo tema, es lo que cuesta más pa enterrar y dispués que uno estriba en un finao pa dentrar en la aguería y el asunto se llena de luces... Que este vido un ánima y aquel de más allá no la vido, que es cierto . o que son sustos y en el entretanto va y viene un verde y madura y se lava. .

Ciriaco, lo miraba boquiabierto

—Que hacés aura... parecés un mate apúrese, pues, en preparar algo, que está por llegar mi amigo...

—¿Lo conoce, padrino?

—Dejuro.. ¿qué te pensás? Si aura que me hablás del luto se me ha puesto que este que viene es mi primo Dositeo .. decí. ¿no monta un picaso del medio, estrella blanca, muy escarciador?

—No el caballo es oscuro tapao, de mucha alzada y estrellero más bien ..

—Mejor si es ansina, porque ya le conozco todos los cuentos a Dositeo ¡El forastero. cuanti más desconocido, mejor! Este llega nuevito desde el apelativo trai una maleta e'cosas que no le maliceo. El no me ha tratao a mí tampoco, le soy la sorpresa en todo . Ande quiera que le hable del pago, le acierto. ¡Y como me dé un cotejo! ¡Si juese mujer yo estaba redotao. Las mujeres no conversan hablan! Estén con uno o con diez, están solas, atajan el resuello, cortan la palabra, no oyen nunca, ¿pa qué? naides les interesa, ¡lo que cada cuala busca es portillo pa largar lo suyo!

Entretanto el esperado caballero galopaba a sólo unas cuadras de la estancia

—Padrino, este mozo, trai el poncho a lo melico,

terciao. la cara y el caballo son nuevas pa mí .. ¿qué le parece si descogoto un poyo y se lo llevo a la piona?...

—Dos poyos que mate y escuchá: traéte la cama e'fierro del cuarto'e los envitaos a mi dormitorio. La hacés vos mesmo con esas ropas cribadas que están en el baúl y dispués desgraná máiz pa el oscuro del que llega y no le mesquinés, desgraná como pa quince días lo menos.

—¿Se quedará tanto el hombre?

—¡Oh! ¿y ya querés echarlo? ¡se quedará, sí señor! ¡no faltaba más se va a dir en seguida! ¡Vaya, pues y pronto! Che ¿decís que es mozo?...

—Y bien parecido, patrón...

—Güeno, decile a la piona que vos servirás el almuerzo pa mi amigo y pa mí .

El visitante ya venía muy cerca. Chispeaba el sol en las copas de su freno de plata, en las virolas del bozal, en el encaje de los estribos de antigua usanza Traía maleta a los tientos, poncho en bandolera y gacho aludo sobre los ojos. Primitivo observó el mentón agudo, los pómulos saliendas, "dimasiao alero pa la ventana e las vistas", el bigote negro, caído .. Cada detalle le confirmaba sus esperanzas

Cuando el mozo moderó la marcha para no entrar en el patio pisando pollos, Larriera salió a su encuentro con sus mejores botas y su mejor sonrisa:

—Guenos días. ¿Esta es la azotea de Larriera?

—Guenos días; la mesma es, y yo soy Primitivo Larriera; abajesé.

—Gracias, señor: pero no me apeo . no vengo e visita llego en cuantito pa pedirle un caballo, mudar este escuro transijao y seguir viaje .

Hablaba empujando las frases con la fatiga y el

apremio. Larriera miró el oscuro, notó que se caería en cuanto le cerrasen espuelas después del escaso resuello, y pensó: "no le doy caballo , no faltaba más".

—¿Cómo, amigo, ya se va'dir?

—Mesmo, señor, y a rebenque. He andao cincuenta leguas. Maté un caballo zaino en los Molles, de allí al arroyo'el fraile reventé un tordillo andador, este es mi tercer aporreao.

—¿Y ande va tan de prisa?

—Busco al Comandante Lidoro Núñez, que está acampao con su batallón en el Cerro'e las Cuentas ..

—¿Y de ai? Lo mesmo lo va a encontrar hoy que mañana.. apeesé...

—No puedo, déme el caballo, si quiere, y rumbeo ya...

—¿Y si yo me empaco y no le doy nada?

—Salgo lo mesmo, de a pie, bajo el sol, hasta que reviente...

—Eso es, pero ansina no llega con el día al campamento... Abaje y dentre...

El viajero quedó pensativo. Miró a Larriera, cuarentón, petizo, con apacible facha de chacarero; sonrió y sobre la cabeza del dueño de casa se puso a observar aquel caballo de estimación: overo, bien en carne, los corvejones, la cabeza chica, las manos finas, toda su estampa de ligero.

—Vea amigo Larriera u don Larriera, usté es dueño de negarme un caballo... pero no ha de hacerlo Estoy risuelto a cualisquier cosa por dirme.. No hay que hacerle Vea: vengo reventao, horquetao con el coraje sólo porque las piernas se me acalambran. Usté es criollo, tiene cara'e gueno; lo endevino simpático; yo soy ansina, aparcero suyo, tengo mucho

que discansar... cambiaríamos más de un proseo, pero hoy no puedo, don Larriera. Hoy paso por la rondana'el diablo; pero me voy.

El estanciero no lo entendía así Esa simpatía reconocida mutuamente, no habría de romperse por una testarudez y, sobre todo, era no conocerlo el pensar que la dejara alejarse tan luego en las patas de un caballo suyo "¡Nunca! pensó ¡ni de pie se me escapa!"

Impaciente, casi agresivo ya, el "envitao" le gritó:

—Gueno, ya es basta; risponda: ¿me entrega un mancarrón? Yo le firmo un papel y luego lo cobra en el estao mayor...

—¿Qué estao mayor?

—El nuestro, pues.

—¡Entonces riventó la guerra! ¡Y yo sin saber palabra!

—Mesmo, nos alzamos contra el gobierno, hará cuestión de dos meses ya... Peliamos una batalla y yo me hallé dispués en tres tiroteos bravitos...

¡Y aquel inocente pensaba irse! Primitivo lo miró con odio. ¡Era un ladrón, le robaba un rodeo de chismes! ¡Las cosas que habría visto! Los cuentos que sabía aquel mocetón simpático y apurado .. Donde entra una lanza se alarga un relato. ¡Peligros, muertes, quién sabe si hasta el interés de un deguello a escondidas! El rodeo del fogón, bien cerrado y bien cerca de los tizones para no enfriar la charla. El episodio heroico que va de boca en boca como un cimarrón... Humo de coronillas y de pólvora... Quince días lo menos, le querían llevar, quince días llenos de palique... ¡Nunca!

—Está risuelto, amigo; no le doy dengún caballo. Estése aquí hasta que se rehaga el escuro.

—Gueno, ¡entonces será lo que mandinga ordene! — y el hombre echó pie a tierra, se quitó el poncho, sacó el apero, lo tiró al suelo y largó su derrengado mancarrón.

—Lindo, amigazo, lindo, deje todo en el suelo, no se preocupe, aquí nada le va a faltar. — Y señaló la puerta. — Pase. .

Pero lleno de estupefacción notó que el militar en lugar de atenderlo, caminaba hacia el overo, le prendía su cabestro y se disponía a ensillarlo.

—¿Qué hace? ¡Está loco!

Mientras "horquetaba" las bajeras sudorosas, el desconocido volvió la cabeza y, calmosamente

—Ya lo ve —le dijo, — ensillo su parejero, ensillaria un burro, un tigre, cualisquier vicho de cuatro patas, ¿oye? No me lo da; se lo quito.

—¡Mal hecho, mal hecho! Me importa muy poco del overo, se lo hubiese regalao con tal que se quedara, le he pedido por lo suave que se apiase, amigo, jué al ñudo, bien lo veo, entonces se quedará a la juerza...

—¡El qué!

—A la juerza, a maniador, por coraje .. Entendió, mocoso —gritaba, ronco ya, — guelva atar otra vez ese parejero o lo via'llevar a rebenque hasta la estaca... ¡Vamos!

—¡Me va a lonjiar a mí, al alférez Paiva!... ¡Atrevido!

Un relámpago de acero brilló en la diestra del paisanito, ya todo en tormenta, arrolló en la izquierda uno de sus cojinillos y haciendo espalda en el overo espantao.

—¡Vengan esos lazasos —gritó, — vengan aura o lo marco en la cara!

Una nube de polvo de la que salían malas palabras los envolvio. Paiva echó el sombrero a la nuca y el alma al pecho. Afirmado en la valentía, con decisión que le dobló las piernas, resistió la acometida de Primitivo, buscándole los ojos relucientes y movibles como su facon cortito y sin ese, de guapo.

—No te vas a dir, Paiva; no te me vas —decía por entre los dientes apretados, — te via'tener un mes aquí, conmigo, charlando. . entre las vendas...

Era un acoso salvaje de tajos y palabras, y guapeza. El alférez se vio empujado por aquel cuchillo que le cortaba el vellón y le rayaba la blusa, arañando el pecho jadeante. Dio un paso atrás. Callado Con el alma en el puño, parando el aguacero de tajos en el poncho de la piel agujereada ya.

—¡No te me vas, hijito!... Dispués te regalo el overo. . Pero aura me aburro... Te abro dos ojales en el cuero, y te maneo, hijito...

De cabestro caido, el overo hecho un arco, resoplaba mirándolos pelear. Paiva trastabilló al pisar uno de los estribos de su recado Primitivo aprovechó el claro con un golpe de punta que, parado apenas, en la cara misma, alcanzó a cortar al alférez y Paiva, debilitado por la fatiga del viaje, la pelea y las heridas, no pudo sostener el facón primero, después el brazo, después el equilibrio y cayó

—¡Toro el mocito! ¡Me hizo sudar; pero lo tengo aquí, a mi lao, canejo!

Primitivo se inclinó sobre el "envitao" desvanecido; buscó hasta encontrar el pliego para el comandante Núñez.

—¡Ciriaco, mi ahijao! —Apareció éste — Ensille mi overo y le entriega este papel en las mesmas manos del comandante que está acampao en el cerro

e'las Cuentas. Hacé pedazos el caballo y llegá en el último, pero con el sol. De pasada gritále a la piona que haga bien recocidito el espinaso'el puchero, con eso mi envitao, no pierde juerzas mascando.

Y como el tape se quedara mirando a Paiva, en el suelo, lleno de sangre:

—Dejálo nomás . No muere. ¡Marche! Le via'hacer un cementerio de cruces de tafetán en el pecho sólo. . ¡Cómo se va a morir si tiene tanto que contarme!...

Se inclinó sobre el herido, le miró las manos, contó los tajos del brazo un puntazo en la muñeca, cuatro cortaduras superficiales, pero largas, como si un felino se hubiera cebado en el tórax velludo.

—¡Nada! ¡Arañones! —decía— unos rajuños de gato... sangre... Con salmuera y una enagua de mi piona, ¡sanao!. Aura la cabeza.. ¿a ver? ¡ni una lastimadura!... ¿Y la cara?... ¡El bigote el bigote le sangrea mucho! ¡Lo tiene chuzo en los cuajarones!

Apartó con trabajo los pelos rebeldes y palideció espantosamente: El "envitao", el conversador, el soñado cuentista de batallas, tenía el labio superior seccionado por el cuchillo de Primitivo Larriera...

—¡Cómo pa que hable! ¡Si seré disgraciao!

LIBORIA

—Mama, déame la ropa, quiero levantarme cuando llegue el dotor . .

—No, Liboria, tu marido es quien te perdió e'mimos. ¿Pa qué dejás la cama? Hace frío ajuera

La enferma se incorpora hasta que alcanza a mirarse en el espejo de la cómoda.

—¿Usted se cré, mama, que tengo cinco años? Alléguese, mire mi cara, vea estos colores, reviento en salú Traiga p'acá mi pollera .

—¿No oíste lo que ricomendó el dotor?

—¡Es un burro! A mí déame aire limpio ¿Sabe? Yo no tengo nada más que el susto de usté, el de Braulio, que ya nació asustao, y el de ese viterinario. ¡El dotor! Lo estoy aguardando. Hoy vamos a tener una discusión grande los dos.

La viejecita sacude en silencio la cabeza y no se mueve de su silla baja Desde que se enfermó Liboria no hace más que sonreír a la doliente, bromear mientras la cuida y rezar por los rincones Liboria es ahora su única hija La mayor se le murió una madrugada de agosto, el año de la seca grande. La finada, durante su corta enfermedad, clamaba por Liboria, se prendía de su cuello en los accesos de tos, dormía a ratos con la cabeza apoyada en su pecho, no aceptó nunca otro consuelo, otra almohada, más compañía que la de esa dulce hermana, hasta que un amanecer, Liboria la ayudó a bien morir, mientras le sostenía la cabeza entre sus brazos, que se llenaron de sangre.

—Mama, sea guena... Van a concluir por avicharme Yo tengo un poco e'tos. ¿Y diay? Nunca me hallé más juerte que hoy Allégueme los polvos y la peinilla. Viá parar los caracuses

—Mirá, muchacha, que aunque seas casada te viá dar unos chancletazos. Braulio te tiene ansina de mal criada.

La viejecita ríe, mas no se levanta.

Liboria vuelve a dejar caer su cabeza sobre la almohada. La madre torna a meditar En el silencio, el péndulo del reloj repite para la enferma una sola palabra Brau-lio. . Brau-lio. La vieja, como si oyera el nombre que su hija dice mentalmente, se incorpora y mira el camino por la ventana llena de tiestos.

—Braulio demora en pegar la vuelta con el dotor. Otros días ya estan acá. Mirá el sol, está dando en el ombú chico, ya deben ser las cinco...

—Vea el reló, mama, usté sigue a la antigua...

La vieja suspira·

—Yo no creo en la cencia ..

—¡Ah!, ¿no cré en la cencia? ¿Y cómo cré en el dotor entonce?

—Che Liboria, bien se echa de ver que estás mejorando, aura siquiera prosiás Braulio, tu marido, por un lao sin abrir el pico, vos al otro costao pasandoté los días y pidiendo las cosas por señas. Cualisquiera que no los haiga estudiao cré que vos te hallás muy grave, y tenés un refrío. Braulio da asco por lo flojo; no come, no duerme, no sestea .. Se está quedando en la osamenta... ¡Porque la mujer agarró un refriao!

Liboria también creyó que su mal era pasajero. Mas el recuerdo de la finada está muy fresco en su memoria. Día a día sigue la marcha de su mal. Lo

reconoce Se le acercó de puntillas, la golpeó en la espalda con el índice huesudo. Fueron puntadas que no quiso atender. Luego sintió un cansancio como si llevara algo a cuestas. La dolencia aquerenciada subía de los hombros a la garganta y se la arañaba. Empezó una tosecilla seca y cargosa. Ya la había oído tanto, que despertaba creyendo encontrar a la hermana enferma, todavía allí. Se calló ¡Para qué incomodar! ¡Braulio trabajaba demasiado! El arado pesa mucho y ella veía a su marido empujarlo de sol a sol, clavados los pies en la tierra blanda. De día se escondió para toser. Por las noches el labriego fatigado no la sentía. Ella pasaba en vela hasta el amanecer, miraba dormir al marido, sentía que su dolencia la envolvía en una ternura infinita, aviso de algo que al acortarse se ahonda. Y amó la vida por el hombre, por los pájaros libres, por el rancho de barro. Empezó a sobrealimentarse, a pelear Tuvo fe en sus veinte años, en el aire seco de la chacra, en la primavera cercana. .

—Escuchá, Liboria, ái vienen. El potrillo le relincha a la tubiana, sentilo galopiar al largo e'la soga.

—Dejuro son ellos, mama. Salga y le hace sala al dotor mientras me arreglo un poco

En el patio, la vieja se encuentra con el médico y Braulio Hacen rueda, y los brazos caen y los ojos bajan y el tono de la voz desciende tambien.

Liboria cierra con llave, y, fatigada a punto de tener que sentarse entre prenda y prenda, termina de vestirse, extiende las ropas del lecho, abre y llama al facultativo. El médico, contra lo que era de esperarse, le demuestra alegría por encontrarla de pie.

—¡Muy bien, Liboria! Es inútil, carnadura criolla, les cortan un brazo y les crece otro Ahí la tienen llena de colores, sin fatiga... ¿A ver? (le toma el

pulso agitado). ¿No dije? Ni temperatura. ¡Es admirable! Pronto saldrá al campo con el delantal lleno de semilla a tirar puñados de trigo...

Es un viejecito de los de tristel y sangría, casi inofensivo. Conversa mucho y receta poco. Ausculta a la enferma. El respeto mantiene de pie y en silencio al marido y a la madre. Braulio, ceñudo, oye la respiración fatigosa de su mujercita. La vieja seca sus ojos con el delantal

—¿Por qué llora, mama?

—De alegría, Liboria. ¿No óis que estás casi sanita?

—Dotor, ¿es cierto eso? ¿Se alivea mi prenda?

El médico continúa percutando el dorso de la enferma. Luego se incorpora.

—Sí. el estado congestivo es pertinaz... Pero está muy mejor.

—Entonces, ¿podré ajuntarmelé, dotor? Yo ando perdido sin Liboria. Anoche me despertó a media noche y me echó de su lao, a dormir al galpón ¡Está muy rara conmigo! Eramos tan aparceros antes... Mi prienda no andaba sino atrás mío, como una colita... Apareaos díbamos al surco, al arroyo. . Codo con codo partíamos el mesmo gueso de espinazo. ¡Está muy rara conmigo!...

—Sí, ¡pobre!, está un poco fastidiosa. La salud hace la bondad, Braulio...

La enferma los interrumpe.

—Gueno. Yo quiero prosiar sola con el dotor. Mama, váyase con Braulio a la cocina y de paso priende fuego, y hace algo pa comer.

Cuando los dejan solos, Liboria se sienta en la puerta, cortando la retirada del médico, reacio a toda explicación.

—Dotor, ¿si acuerda e' la finada mi hermana?

—Sí, hija...

—Gueno. Ella murió tísica y yo juí quien la cuidó Yo estoy lo mesmo. Y muy mal... ¿oye?

¡Si lo sabrá él! Las ojeras le dicen fatiga. Los colores gritan fiebre. La mano llevada al pecho, dolor. Nada ha podido con el enemigo. Pero el médico se niega a causar con su verdad amarga nuevos dolores a la pobre vieja. Siente compasión por Braulio, a quien ha visto llorar por el camino. Miente una vez más, le es imposible sentenciar a una criatura de veinte años, dulce como Liboria, cuyo sacrificio por la hermana le ha costado la vida.

—Dotor, contestemé... Yo lo tengo por un hombre de concencia.

—Usted tiene una congestión curable en unos meses; nada más.

—No. ¡Si habré bombiao a la finada! ¡Es muy ruin engañarme! ¡Mentirle a una pobre mujer que no ha vivido nada! Me crié aquí. Aquí mesmo pené, inorante.. Dispués cayó enferma la finada, yo me encerré con ella y dispués con el luto y dispués con el novio .. Siempre sin salir, sin ver, sin conocer más que trapos negros y miserias, entre totoras y barro. La cosecha este año iba muy linda, pensábamos por una vez salir de este mundo tan chico e'la chacra y ver algo e'la vida.

—El año que viene, podrán pasear, mi hijita — le dice el médico mirando al suelo por miedo de que la enferma descubra su dolor.

—¡Dotor, yo no tengo año que viene! Yo quiero que usté me resguarde Mama rai mucho, luego se sienta en l'oscuro y llora sin ruido. No me incomoda. Pero ¡Braulio! Ese viene, dentra, habla, me mira, me

manosea, me quiere distrair ¡Distrair! —se exalta y la fatiga la ahoga.— No se da cuenta el disgraciao que yo tengo apenas unos meses de vida. Si pienso en cualisquier cosa, el tiempo se me va sin sentir que resuello ¡Dotor, que no me roben este cabito e'vida! Hasta hoy mesmo, como créiba sanarme, lo aguanté a Braulio ¡Di hoy pa adelante si acabó!

El médico se asombra, pero comprende Liboria, verbena de colores fuertes y aroma suave, tan llena de generosidad en la salud, tiene ahora el lógico egoísmo de los enfermos

—¡Tú eras tan buena muchacha!

Ella colérica le interrumpe. Se ha puesto de pie, ha cerrado los puños y grita·

—¡Guena muchacha! Venga p'acá

Va hacia el lecho, levanta de un tirón las ropas y le muestra sábanas y colchón empapados en sangre

—Mire esto. Sabe que es ¿verdá? El gómito ¡Un charco! Ni una vaca degollada suelta tanta. Quiero morir a gusto —le suplica.— Sin freno, sin miserias, sin naide ..

—Calla, hija .. Debe ser del estómago. No te pongas así.

—Escuche, yo no tengo miedo de estar tísica Me asusta sólo una cosa· no saberlo, que la muerte me agarre dormida. Aura dotor, piense en lo que ha de risponderme ¿estoy como la finada?

En vez de contestarle, guarda silencio. No debe engañarla; y, sin embargo, no puede, no tiene valor para pronunciar la verdad. Cabe en un monosílabo y no sabe decírselo.

—¿Le falta coraje pa largarmeló? No importa. Si estoy tísica y me voy pronto, usté sale ajuera y me libra de Braulio; le dice que se vaya lejos. No lo pue-

do ver, como a este rancho, como a estas sábanas. ¡Ansina sabré la verdá!

El buen galeno se ahoga allí. Levántase en silencio con su paraguas y su sombrero alto. Cuando traspone la puerta Liboria le detiene.

—Mi dotor ..

El viejo vuelve la cabeza Ella le suplica

—Miremé...

Las pupilas brillantes y las otras apagadas pupilas se hablan en silencio unos segundos

—Aura sí, sé que ha de rispetar mi voluntad de dijunta. ¡Qué Dios lo ayude!

Queda esperando Cae la noche Llega de la tranquera una conversación en voz baja. La vieja, sentada en el umbral de la cocina que se agacha entre los yuyos, continúa su rezo y descuida el asado Hay olor a carne chamuscada. Al rato Liboria siente partir el "sulky" llevándose al médico. En seguida oye y reconoce los pasos lentos de un hombre Braulio desde que la mujer se le enfermó camina como en los entierros Ahora se ha detenido junto al rancho de su compañera y solloza.

—¡Liboria . dice que estás cuasi sanita!

—Creo en Dios todopoderoso — se oye entre el humo y los terrones de la cocina.

—Liboria, mi prienda, ¿sabés lo que me dijo tamién?

Ella, desde las tinieblas de su cuarto, le gritó:

—¿Qué? hablá pues...

—Que me juese de aquí. Que es preciso pa tu mejor curación. Liboria, ¡mi cariño! ¿Vos lo pensás ansina? Podés pasar sin mí, ¡sin tu indio!

—Sí, me parece que lo primero es mi salú. Per-

doname Estribá y te golvés a tu casa. Son unos meses apenas, quizá menos. .

—¡Mi china! No sé que vas a hacer cuando yo no ti alcance el vaso di apoyo y tomemos los dos como antes por el mesmo lao en la espuma marcada por tu boca Y de noche, mi alma ¿quién buscará tu querencia cuando yo no estea? ¿Quién se va a tirar ái, en el suelo, junto a tu cama, pa lamer a lo perro tus manos? Naide...

—No quiero, Braulio, he pasao demasiao miedo, he sentido a la muerte arañarme los bofes .. Vos no me dejás en paz Respirás junto a mí, me robás el aire Andate; por cariño me podés hacer daño, mucho daño.

El, desde la puerta, le extendió sus brazos Ya no lloraba.

—Yo ¿sabés? me voy ¡Vos lo querés ansina! Siempre mi vida jué tuya y aura dende la ausencia lo será...

—Eso es ser cariñoso. ¿No decís que juraste pa dentro campiar un gran dolor si yo sanaba? Ai lo tenés, ¡cumplilo! Ansí me curo más pronto.

—¿Cuándo ordenás que estribe?

—Aura mesmo. No le digás nada a mama. Ai tenés ese caballo ensillao pa dir a lo urgente, montálo y te vas.

—¡Gueno mi prienda! Dame un beso

Ella retrocedió hasta cerca del lecho.

—No Braulio. ¡No!

Pero él salta en lo oscuro, la toma en sus brazos de labrador, vence la pobre resistencia que le ofrecen con desesperación y al susurro del nombre querido le roba un beso y muchos besos en la boca apretada, en el cuello suave, sobre la frondosa cabellera. Es

un minuto de sesenta caricias, anticipadas al hambre de la ausencia.

Ella logra por fin desasirse, se toca la cara húmeda de llanto y besos Y entre la fatiga silban dos palabras.

—¡Qué asco! ¡Qué asco!

Ha caído en el lecho No puede moverse de extenuación. En seguida se incorpora. Oye el galope de un caballo y la voz de Braulio que se pierde a lo lejos repitiendo:

—Adiós . Adiós... Adiós

Entonces cae de rodillas sobre el mismo barro donde el marido pasó las noches en vela besándola dormida, hunde la cara en ese polvo humilde y lo besa y lo acaricia contándole su secreto

—¡Braulio! ¡Sos pa mí más que Dios! Hombre gueno ¡Aura que estoy por dirme te quiero tan hondo! Cuando guelvas me campiarás sin hallarme Lejos de vos yo tengo que morir antes de la mesma muerte . Pobrecito, tan flaco, tan cansao, tan triste . ¿Cómo querés que te deje a mi lao? ¿No ves que tu Liboria es un yuyito malo? ¡Braulio! ¿No ves que en mi boca anida la muerte y te puedo pegar el mal?

Con un candil humeante apareció la viejecita en la puerta. Al ver a Liboria corre hasta ella.

—Mi niña... mi Liboria ¿estás mal? Alzate, por amor del crucificao .

—No, mama. Quiero estar ansina sobre este mesmo barro ande él me cuidaba. . Sabe, Braulio... ¿Si acuerda de él mama? ¡Hace tanto que se jué! ..

—Ande rumbió ¿a qué?

—Lo eché yo, mama, yo mesma pa salvarlo e'la

peste Pronto me muero, mama, la finada me está llamando...

La madre la ayudó a tenderse en el lecho, la besó en la frente, en el pecho y en los hombros, santiguándola:

—Dormite, m'hija, discansá... discansá por las dos ..

MANSO

—¡Ave María!

Por la puerta de la cocina asoma un ojo el gurí. Dos peones, que medicinan ovejas bajo una ramadita, alzan las cabezas melenudas, miran al recién llegado y continúan su trabajo. Y hasta la clueca encrespada que desparrama sobre el asoleado patio una media cebadura, interrumpe un instante su tarea al oír el religioso llamado y, en seguida, sigue llenando de polvo y yerba a sus pollitos.

Desde el interior de la cocina, el gurí grita entonces con la voz ahogada por el humo.

—¡Padrino! Ai llegó uno...

Es ley en la estancia que, fuera de su dueño, nadie salga a recibir las visitas. Don Primitivo Larriera, en mangas de camisa, bombachas y botas, aparece en la puerta de la sala; echa hacia los ojos el viejo chambergo de ala quebrada y se encamina al palenque buscando entre sus recuerdos la cara barbuda y morena del recién llegado.

—¡Guenas, paisano! — grita mientras avanza trastabillando en los huesos que erizan el patio. — Eche pie a tierra, desensille, suelte su escuro y dentre, si es gustoso. Aquí, a esta mano, queda el galpón — señaló — Y en frente, la cocina, hallará fresco en un lao y fuego en l'otro.

El visitante es un fornido mocetón de barbas negras y ojos claros. Luce la frente ancha, el gacho a la nuca y una mejilla rubricada por larga cicatriz. Se adivina, bajo el ala del poncho, su musculosa arma-

dura bronceada por el sol De toda la arrogante figura despréndese un vaho áspero de confianza Sin embargo bala en vez de rugir, como si le hubieran prestado la voz Habla calmosa y suavemente, con esfuerzo.

—Vea, don, muchas gracias por su oferta, dispués, si acaso, será. Yo soy Macario Tejera, pa servirlo; un hombre que quiere salir de oscuro De los Molles Chicos hasta aquí llevo galopiao medio país sobre la gueya de sus mentas.

Primitivo entiende que su fama apenas tiene fuerza para saltar el cerco de piedra de la estancia, llegar con mucha fatiga al rancherío vecino y morir magullada entre las piedras del primer arroyo Es indudable que Macario Tejera ha llegado por equivocación El único hombre del pago, con menta de cincuenta leguas, es el rubio Dávila, la mejor vista y el mejor puñal de su tiempo· una cabeza zurcida a tajos como melón escrito. Rezago de la época del cuero crudo y de los hombres crudos, cuando los brutos heroícos, al caer malheridos, taloneaban estertóricos sobre los pastos, apurando el galope para salirle al camino a la muerte.

Sí, el forastero llega equivocado. Mas la educación cierra, tras el anca del oscuro, las porteras de la estancia Aclarar sería rechazar al visitante.

—Bien, paisano Tejera, diga en qué puedo servirlo

—Muy clarito es.. He llamao en su azotea pa de a caballo decirle· cuentan que usté es muy toro y yo soy toro namás. No pienso que me desaire ..

—¡Nunca desairo a nadie que estea pisando mi campo!

—Ansí lo creo y, como tal, teniéndonos por machos los dos, vengo a convidarlo pa risolver a puñal esa custión.

Primitivo permanece en silencio. Ya no cabe duda. El mocetón del habla suave y el ceño adusto ha errado el camino. Larriera admira aquel ancho tórax donde cabe cómodamente un rodeo de tajos, luego, los brazos nervudos capaces de arriar ese rodeo hasta el pecho del adversario. Mide el facón de "S" que rebasa la cintura de Macario Tejera. Es un arma larga de esas que despachan por varas en las pulperías. Palpa en cambio, su cuchillito corto, de reyunar gatos. Piensa en su trabuco atorado de balines y, sin embargo, no duda. Se acuerda de Dávila. Evoca la cara que pondrá el rubio cuando le cuente el duelo, luego los ojos asombrados del retador al conocer el chasco y sobre todo, antes que todo, alto entre las consideraciones como un penacho de plumas indias, piensa que un forastero ha llegado a la azotea de Larriera a pedir algo y es fuerza complacerlo.

—¡Gueno, Tejera amigo, si tal es su gusto, quiero servirlo! Elija cancha, arma y hora. Usté es el dueño e'casa.

—¡No aguardaba menos de un crudo e su laya! Hablaremos a cuchillo ai nomás, en ese playo frente al corral, y en siendo, que sea aura mesmo, con sol alto y parejo.

—Abajesé ¡Ahijao! ¡Ahijao! — llamó

Con el mate cebado, adelantándose a la orden, apareció el gurí.

—Deamé ese amargo, ahijao. Vaya a mi cuarto y traigamé el poncho vichará que debe estar en la cómoda u sinó junto al recao nuevo

Mientras tanto, Tejera le saca el freno a su caballo. La soberbia del gesto trae a la memoria de Primitivo el recuerdo de los suyos. Los Larriera siempre fueron criollos de lengua y manos sueltas, palabreros y bravíos.

—Dicen que el coraje es callao ¡mentira! —piensa.— El tigre, el yaguareté, salta en silencio. Los míos prosiaron siempre hasta en el peliar. Un entrevero pincha más con los insultos que con las lanzas. Yo no era más que criollo a medias. Antes .

Como el gurí demora, Primitivo le grita a su contrincante:

—¡Aguarde un pucho, don Macario, y rece una uración si acostumbra!...

Hasta la edad de treinta años, Larriera vivió pacíficamente sin pelear con otro enemigo que la suerte. A solas luchaba combates imaginarios. Le preocupaba entonces medirse el coraje, pero menudeaban ya los alambrados amansadores. Inútilmente esperó una "topada" de toda su talla varonil, puesta el alma en las pupilas y éstas en el cuchillo, apretados los puños y bien abiertos los pies para adherirse a los yuyos del terreno. No ceder allí ni una pisada de chimango Quitar, pero más que quitar, herir. Dejar al otro en cruz sobre el campo —de cara al sol para no difuntearle el ánima— y luego salir herido dando traspiés hasta la primer cañada, tirarse de bruces en la orilla y allí beber tendido como beben los pumas.

Para salir de dudas fue a la última revolución. A los quince días de marcha encontró la batalla. Alineado en el segundo escalón, espera la señal del clarín para cargar a lanza. En el silencio que precede al tropel oye con asombro que un temblor parecido al miedo le hace tintinear las espuelas, y se llena de rabia. Avergonzado, enristra el lanzón, y diciéndose improperios carga con todos los suyos. Al principio no ve nada más que polvo, luego crines flameando entre el humo. Quiere que su caballo muerda el anca del caballo delantero para no quedarse atrás. Ade-

lante, el clarín, resoplando, es un cuarteador de bronce que los cincha. Chiflan el viento y las moras. A sus lados los compañeros tropiezan en las balas y caen. El primer escalón apenas logra morder con las moharras el cuadro de infantes enemigos. El segundo, rebasa la línea azul erizada de bayonetas. Lancean y gritan. Y entre el pantallazo de las descargas, Primitivo, se encuentra solo en medio del cuadro, haciendo girar en las riendas su redomón Había que volver a salir; dar la espalda a los contrarios y, acaso, recibir la muerte por la espalda. Acuérdase allí del tintineo de las espuelas y se condena a muerte por maula. En un grupo de caballeros, a su derecha, reconoce al jefe enemigo y su estado mayor Pone proa a ellos, y al tranco, despacio, con el gacho a la nuca y bien alta la tacuara viboreante, cruza por frente a los oficiales, pega con la mano en el hocico del caballo y dice a éste, sonriendo:

—¡Asujete, coronel, que pasa un gaucho!

Mientras se aleja, oye a su espalda un movimiento y una voz imperativa que grita:

—¡No le tiren, no lo maten, déjenlo ir por guapo!

Recien entonces, limpio por esas palabras de su cobardia anterior, Primitivo Larriera cerró espuelas y se alejó al galope.

—Padrino, aquí está el poncho.

—Apurate, pues, trai acá, ti has quedao distraído haciendo esperar a ese hombre.

Deja caer el chambergo a la espalda, envuelve en el poncho el brazo izquierdo y se acerca a Macario.

—Disculpe si lo he dimorao. Hoy no calculaba peliar, ¿sabe? Su visita me agarro sin poncho. ¿Vamos?

—Di acuerdo.

Llegan al playo, lo despejan y se colocan frente a

frente. los aceros casi unidos, los ponchos al brazo y, en la arruga del entrecejo y las alas abiertas de los párpados, la señal de la cruz.

—¡Tejera, que Dios ayude al más güeno!

Combaten trazando círculos al ruedo de la muerte, descubiertas las frentes, cubierto el pecho, emboscada la intención bajo la maleza de las cejas. Los aceros chocan, resbalan sobre el filo, se muerden en la cruz. Es un relampagueo del que surge el rayo del puntazo. Tejera, firme, aguanta y rechaza las embestidas, atacando a su vez con golpes altos, mientras revuelan los ponchos en una llovizna de flecos. A cada acometida, Primitivo cobra bríos Son fuerzas que llegan a su brazo desde muy lejos, de aquellos antiguos Larriera cazadores de pumas, que cosían con tientos los desgarrones de las zarpas, tejían con esos tientos un bozal "potriador", y sentaban de garrones la muerte.

—¡No lo he desairao, Tejera! Y eso que me lleva usura en lo mozo...

Calla para desviar un golpe.

—¡Guen brazo, amigo! Lástima que la lengua no lo ayude Macario, si usté no juese tan callao...

Acomete. Lo empuja el orgullo. Su diestra abraza la empuñadura con las cinco vueltas de los dedos, es como si su cuchillo corto estuviese enastado en carne al brazo largo de bravura. Sus puñaladas, rumbeadoras al pecho, encienden de chispas el facón enemigo y se apagan sobre el poncho lastimado. Tejera reconoce un valiente digno de su fama en aquel cuarentón conversador y baquiano. Comprende que ha llegado el momento de retroceder o de atacar, y ataca. Los dos sangran, jadean e insisten El mozo se encoge, salta y apuñalea. El escudo de Primitivo no

llega a tiempo, su pecho no logra apartarse más que a medias y el arma de Tejera hace carne en el costado y resbala sobre las costillas. Larriera se llena de dolor y sangre· más, por un instante, siente libre frente a su cuchillo, el pecho enemigo, fatigado y ancho. En ese momento puede envainar en Macario hasta la cruz. Y en vez de herirlo vuelve el arma y, desde lo alto, pega con el mango de plata en aquel tórax. Tejera tose al golpe, trastabilla y cae

—¡Pudo matar! — le grita, ronco por la fatiga.

Larriera aprovecha la caída del contrario para respirar.

—Pude matarlo, mesmo, pero dije· ¿pa qué? ¡Yo no busqué más que darle un gusto! Levántese, Tejera, y comencemos

—No, señor. Me doy por redotao. Que lo siga peleando Calengo. Deamé su mano de amigo. Le sangrea mucho el costillar ..

—¡Dejeló! ¡Estoy demasiao gordo!

Entre las protestas de Primitivo el vencido se quitó la golilla bordada y, quieras que no, le vendó con ella la herida

—Aura sí, ande quiera que Macario Tejera camine, ha de rilatar él como teniendo usté mi vida en su puñal, lo dió guelta y me acostó de un mangazo

—Como le parezca, aparcero. Aguardo que desensille, dentre y discanse...

—No, señor Me va'disculpar, de aquí mesmo pego la guelta, tristón ..

Ha parao a mano el oscuro, lo enfrena y estrecha en silencio la diestra de su vencedor Luego empareja las riendas y amaga poner el pie en el estribo de copa; pero una pregunta lo manea todavía y luego

de muchas vacilaciones, animado por la cara sonriente de Primitivo, acaba formulándola

—Perdone, amigo, la curiosidad y digamé ¿si usté es indio derecho, ¿por qué le llaman el rubio Dávila?

—Yo no soy ese, soy Primitivo Larriera

Macario tambaleó.

—¿Cómo dice?

—Como l'oye. Larriera . Estanciero soy y creo que hasta medio flojo. Usté es el primer varón con quien me sacudo mano a mano.

—¡Yo lo pelié errao, entonce! Buscaba al rubio Dávila ..

—Lo calculé . Lo calculé y me raiba ..

—¿Y por qué no me lo dijo, amigo?

—No venía a cuento Usté llegó a la sombra e mi azotea, me convidó a peliar ¡y gueno! ¿Cómo iba a desairarlo?

Tejera levantó el poncho y estribó. Tenía ganas de reír y de enojarse.

—Y entoncês, Larriera ¿no es peliador, dice?

—¡Di ande! En este pago no hay más que un solo guapo. Usté lo sabe es Dávila, y vive en una azotea ai a mano derecha, como quien va pal Talar del Medio Ese sí es hombre probao, tiene una cadera como cincha e queso di aujeriada Pa combatir vealó a él Juera e Dávila no va'hallar más que gente igual a mí, todos los demás aquí semos pobres chacareros mansitos .. ¡Si parecemos criaos guachos!

Macario Tejera torneó el caballo rumbo al camino, dando el anca a las azoteas de Dávila y de Larriera. Antes de castigar miró a Primitivo y le gritó, entre encrespado y zumbón

—¿Entonces, Larriera, mansitos a lo guacho, dice?

Luego hizo mosquear el oscuro de un rebencazo y galopó entre el polvo.

Primitivo lo miró alejarse, se apretó la herida y saludó con la mano a su enemigo por equivocación.

—¡Qué galope lleva este Macario bandido! ¡Vea que es preciso ser loco derecho pa salir de su casa a peliar ansina, como quien sale a tomar un mate! ¡Lo que se va a ráir el rubio cuando le cuente!...

AQUELLA

(A Enrique Larreta)

En aquellos tiempos los hombres sembraban más discordias que trigo. Usábase el calzoncillo cribao, el caballo arisco y el hombre de confianza Los políticos de la mayoría abusaban del tiro de lazo en los escrutinios, y los perdidosos, del tiro de fusil en las revoluciones.

Se dormía bajo la vela de la tacuara, con el trabuco a pelo y el parejero ensillado Y el paisano pasaba los años con el pie en el estribo para ganar el monte o perder el pellejo entre el oficio de matrero o el de difunto

A raíz de un comicio de aquellos donde policianos, gringos, milicos, analfabetos y finados impusieron en urnas y picadas la soberanía de su voluntad, para sostener a don Cesáreo Mandillo en el desgobierno, don Cesáreo llamó a su presencia al soldado de alta Pablo Urquiola. La entrevista tuvo lugar en la estancia del señor jefe, pues éste deseaba quitarle todo carácter oficial.

—¿Urquiola?

El paisano se cuadró militarmente

—Ordene, mi jefe

Don Cesáreo pasea por la habitación con su martirizado y eterno palillo entre los dientes.

—Bajá la mano. Sentate nomás. Vos sos un vecino, un igual mío, un ciudadano de esta tierra de la cuala yo mando en un pedacito Por eso, conociendo tu manera e pensar, te he llamao a mi presencia pa que

me aconsejés en cierto sentido. ¡Pa que me aconsejés! ¿Has óido?

—Ordene, mi jefe.

—¡Ya te he dicho que en esto yo no te ordeno, ni te mando! ¡Vos solés confundirte! ¡Acordate de lo que pasó con el finao Evaristo Pérez! Yo te mandé prienderlo porque supe que él pensaba asesinar al comisario Cruz. Como Cruz era enemigo mío dispués de haber sido mi amigo, yo no quise que la oposición saliera acusandomé de neglıgencia. ¡Esté! Vos no llegaste a tiempo, el pobre comisario cayó bajo el puñal del asesino. ¡Esté! Y cuando la polecía te entregó maniao a Evaristo Pérez pa que lo trujeras al pueblo vos decís que no te pudiste contener en tu indinación y le diste de puñaladas por el camino. ¿No jué ansí que me contaste el hecho?

En efecto Urquiola en esa oportunidad había cumplido claramente las insinuaciones y medias palabras de don Cesáreo. A través de ellas dedujo que el comisario debía morir a manos de Evaristo Pérez y éste a manos de Urquiola. Pérez sabía demasiadas cosas sin duda. Quizás al jefe le importaba mucho hacerlo callar. Urquiola tenía interés en heredarlo y no era hombre de meterse a indagar en la conciencia propia, ni en la de don Cesáreo. Lo mandaron y cumplió. Sólo que no se animó a combatir con el asesino, hombre de mala traza y peor cuchillo, esperó a que se lo entregaran engrillado, salió con él razonando y en la primer picada lo apuñaleó. Don Cesáreo, fanático del orden, lo entregó a la justicia con la declaración policial donde resultaba "que el extinto Evaristo Pérez había intentado huir, poniendo a su custodia Urquiola en la dura necesidad de matarlo". A los seis meses de encerrona recuperó Urquiola su li

bertad Don Cesáreo Mandillo lo da de alta, le confiere la gerencia de una casa de juego, le vuelve a reprender duramente por aquel exceso de celo en el cumplimiento de su deber y lo conserva a su lado Desde entonces Urquiola vive para conversar poco, ignorar mucho y "coimear" más Su jefe es avaro de todo lo que no sean buenas intenciones Pedro sabe que es muy peligroso tener memoria y conocimientos cierra aquella, cierra la boca y cierra el puño con algunos pesos de la banca, por ignorancia

—Contestá, ¿no jué ansina como pasaron las disgracias aquéllas?

—Ansina nomás .. ¿Sabe, jefe? estoy medio trascordao de la cosa. .

—Bien, mi hijo, hoy te quiero consultar otra guelta Decime ¿vos querés a esta patria ande naciste? ¿Vos rispetás este gobierno mío que te ha dado silencio, coimas y consideraciones de un hijo?

—Sí, padre Me siento capaz de hacer cualisquier cosa por la patria y por Usía...

—Gueno La tierra se halla en peligro de ver correr sangre de sus entrañas y tu amigo aquí presiente, en puertas de entriegar el puesto ande lo ha llevao la voluntá popular.

Fue a su mesa y eligió un oficio

—Mirá lo que me ha mandao el comisario de "La Calaguala". — "Tengo el honor de comunicar a Usía — leyó — que asigún datos, en el plan del cerro de don Bildigerno Olla se halla acampao el coronel Ventura Benítez, conocido por el apodo de coronel Tática, quien aguarda la incorporación de la gente del Talita pa llevarle una rigolución a Usía. El infrascrito se allegó a bombiarlo y vido las carpas blanqueando y rejucilar carabinas..." Guardó el papel. — Y por

ai sigue, che Aura atendé Hay dos maneras de evitar que se redame sangre, porque yo no aceto que por mi causa caiga una sola gota ¿me óis? esté! .. Una, es que yo le entriegue la jefatura a esos rebeldes.

—Esa no me gusta, mi jefe.

—Y la otra, es que algún amigo mío, hombre que me quiera y me deba servicios. . algún interesao en que el gobierno, esté! le deje algo de las coimas, salga por su propia voluntá, sin que yo lo sepa y en nombre de las madres de todos estos pagos le dea muerte al coronel Benítez, por alias Tática. Y ansina ese hombre oscuro hará lo que aquel libertador de los tiempos antiguos...

Se dirigió a la puerta de la antesala, la abrió

—Che, secretario, ¿cómo se llamaba aquel que vos me léiste el otro día? Uno que mató un tirano en los tiempos antiguos ..

—Bruto, se llamaba, señor

Don Cesáreo vuelve a cerrar la puerta y a pasearse, mientras Urquiola espera el prometido nombre

—Mi secretario no lo recuerda tampoco, pero es lo mesmo. Ai tenés, Urquiola, pa qué busco conocer tu opinión.

Al consultado le pareció prudente reflexionar unos instantes. Cuando juzgó oportuno dar por terminado su examen de conciencia, se puso de pie, unió los talones y adelantó el pecho.

—¿Cuando le parece a Usía que ese hombre, horrorizao por la sangre de sus hermanos, monte a caballo y dijuntee al coronel Tática?

—¡Ah, yo no entiendo nada! ¿Cuándo, preguntás? No sé. ¡Esté! . . esas cosas de la endinación siempre salen arrebatadas, che.

—Entonces, jefe, ese hombre monta aura mesmo, con ese noble fin.

—¿Y qué trayeto pensará recorrer?

—Esta noche la hará en la pulpería e Maricho, di ai cortará campo al sur buscando vandear el arroyo Guasubuá en las puntas, mañana al escurecer caerá a la estancia de don Yuca Bentos. allí muda caballo, duerme y con el sol galopa todo el día pa ver de dentrarse juntos en la sierra e las Calagualas, campos del viejo Olla Allí aguardará ocasión en la noche pa dentrar a las carpas y rezarle al finao Benítez

—Gueno, Urquiola Yo te mandao llamar porque he risuelto, ¡esté!... en premio a tu guena conduta y el conceto que tengo e vos, que dende hoy pa adelante la coima e taba y la del truco sean enteras pa tu bolsillo particular. ¡El gobierno te debe meses de tallador!

—Mi patrón, vea que esa es mucha plata .

—¡Dejate e pavadas! Hasta mañana entonces

—Hasta la guelta, mi jefe.

No sale alegre Aquella generosidad le preocupa encuéntrale olor a difunto. Por concepto de gueso y truco él recauda para don Cesáreo arriba de mil pesos fuertes. Desconfía El jefe no da un peso como no sea a cargar Muy pensativo llega al palenque Allí se cruza con un mocetón mal "engestao", vestido de negro, quien después de manear su rabicano le baja el apero, carga éste en los brazos, saluda a Urquiola con un "guenas tardes" y entra en el galpón

—Es cosa rara —piensa Urquiola— la cara de ese hombre me ricuerda una cara que no es la d'él .
— ¡Y no puedo saber cuála! Mirada juerte ..

Observa el caballo: desconoce hasta la marca Monta en su mancarrón y al cerrarle espuelas vuelve a

pensar en la generosidad tan poco tranquilizadora del superior Ha resuelto pedirle un poncho negro a su amigo Chalar; mas sus recelos le aconsejan no perder tiempo en detalles y pone camino entre su cuero y la recompensa. A solas se anima a confesarse miedoso

—Puede que me haiga naqueao al ñudo, pero . dende que el jefe me abrió su confianza ya vide a Tática enfermo ¡Eso no me importa! ¡Lo pior es que dispués me abrió su generosidá y no sea cosa que ande por apestarme yo tamién! Ansina mesmo le pasó a Cruz y a Evaristo Pérez. Los dos finaos parecían reventar en salú ..

Galopa sobre el trillo para poner una nube entre él y su posible perseguidor. La fama no le permite volver la cabeza Ansía una cañada en ella podrá dar agua a su caballo y mirar hacia el miedo. Las orejas del zaino le dicen que nadie se acerca

—Al viejo tero e don Cesáreo le conozco el nido. Muy capaz es de llamar a cualisquier alma atravesada de esas que me codicean las coimas y decirle "Ai ha salido este diablo de Urquiola a matar al coronel Benítez. Ya vez pasada me dijunteó a Pérez que yo apreciaba muchísimo. Este Urquiola es un perro fiel conmigo; pero yo estoy aquí pa sofrenar atropellos Vaya usté y si lo ve matar a Tática, priendaló, si dispués ese asesino se enferma y revienta de un pasmo por el camino, ¡no se preocupe! Yo no quiero díscolos a mi lao .

Recuerda que el jefe se interesó por su rumbo y resuelve seguir cortando campo, hacer a un lado el camino, apretar alambrados y borrarse

—¿Y si no juese ansina? ¿Si el jefe no me quiere hacer callar? ¡Pierdo la ucasión pa salir de pobre.

tengo que vivir a monte, Tática se salva al ñudo! ¡Y es tan bruto! Capaz que me haga jusilar

Si le envían la muerte, ha de ser por ese viejo camino. Quien sea se le acercará como amigo. No puede ser peligroso hasta tanto no haya muerto Benítez Tiene, pues, tres días, cincuenta leguas y un difunto por delante.

Una cañada serpentea y se apura para que no la pisen al atravesar el camino Urquiola deja beber con freno a su caballo. Mira hacia atrás y allá lejos, donde el trillo se adelgaza, distingue a un jinete Parece que el hombre galopase sobre un filo de tierra. La nubecita que levanta hace sombra en la frente de Urquiola.

Muy preocupado desensilla en la pulpería de Maricho. Duerme con un ojo. Abre el otro antes del día Allí no ha llegado nadie Ningún alma viviente cruzó siquiera. Urquiola siente sueño, pide una "giñebra", la bebe a la salud de don Cesáreo, estriba y galopa.

—¿No dije? Si el jefe es mi mesmo padre ¡Este animal de Maricho no sabe que riventó la guerra! ¡Pulpero agringao, sin querencia; pa él es pior que el sol le reviente un guevo e pato!

Viaja lleno de confianza. Tiene el optimismo de la madrugada A su espalda rezonga una carreta de bueyes. El cachorro negro que ayer le siguió los pasos se aleja, pero otras preocupaciones lo acompañan al fiador.

—La cosa va a estar medio entreverada allá en el campamento. ¡Tática, con lo maniático que es por los centinelas y retenes y hacer todo a juerza e santo y seña y consina! Dejuro que los voluntarios amilicaos tienen hasta jusiles con gatillo. Le viá pisar la cola

al diablo pa dentrar en la carpa ¡Dispués adentro, que rece cortito y se agarre juerte!

El coronel Benítez es un revolucionario. Pretende ser caudillo sabiendo leer Inspecciona los cortes, los derrumbes de cerco, la quema de árboles y hasta las carneadas. En su campo ya no se puede matar un novillo para sacar y cocinarle la lengua; ni derrumbar un corral de ñandubay para calentar una pava de agua. Ha presentado a la señorita Bayoneta despreciando a la vieja criolla doña Tacuara Se permitió impedir el juego, desterrar la cantina y fusilar un buen hombre por robo y violación Es un verdadero peligro de orden Nadie lo ha visto formar un pelotón, manotear una lanza, desprenderse la chaquetilla y "tirao sobre la tabla del pescuezo" cargar al enemigo entre alaridos Suele quedarse atrás mirando un papel lleno de marcas y banderitas Cuando entra en el fuego es como si saliera a revistar, con su caballo al paso y unas medias o calcetines zainos en las manos. Todo hace pensar que es flojo.

—Sí, ese agringao debe morir a mis manos pa que se salve Usía y la coima. — Espolea al zaino. — Ansina yo vendré a ser lo mesmo que aquel de los tiempos antiguos, que don Cesáreo no me quiso decir cómo se llamaba. .

A boca de noche entra en la estancia de don Yuca Bentos. Se emponcha de humo en la cocina. No hablan más que de guerra.

—Don Yuca, ¿pasa mucha gente pa la sierra?

—Algunos han pasao con caballos de tiro. Ayer unos milicos cortaron un alambre ai, en la horqueta Arriaban una caballada grande. — El viejo hacendado sacudió la cabeza y alzando el tono como un rebenque. — ¡Pucha, Urquiola, con la guacha política!

—¿No vió dengún conocido? ¿Alguien de la jefatura?

—Nadie ha llegao ¿Pucha, Urquiola, andás por insertarte?

—No, don Yuca, tomando aire . Me va a empriestar un poncho negro y un caballo oscuro ¿Quiere?

—El caballo sí, porque aquerenciao, guelve El poncho no lo tengo· el último me lo llevó un viento

Urquiola durmió a puerta cerrada con la pistola entre los cojinillos Se levantó con el sol alto Ya no tiene apuro Ondula al trote sobre lomadas A las dos horas de marcha empieza a ver la sierra azul. A su derecha, varias manchitas se corren por un camino alto, le parece una línea picada por las balas De hediondez en hediondez, osamentas cerdeadas, con el índice del rabo, le marcan rumbo. A su paso los chimangos se levantan como un chambergo, le saludan y se vuelven a posar sobre la carniza. Todos aquellos caballos le parece que se ríen Ahora galopa cuerpeando cerros. El sol, cansado de quemarle la nuca, ha bajado a su cintura y juega con el mango plateado del facón Para verlo pasar asoman curiosos algunos talas, a riesgo de caer. Todo le intranquiliza Siéntese señalado por huesos, vichado por árboles, costeado de cerros donde el ruido se agranda y rueda. Para colmo, un jinete en caballo blanco galopa a su espalda. Urquiola comprueba si su facón continúa tan largo como siempre.

—¿Será un chasque, u será Aquella? — Encajonado en aquel camino hondo, sin duda al decir "aquella" alude a la muerte. Mira a la derecha Un abra pequeña y montuosa le ofrece escondite. Acerca a ella su cabalgadura y espía al desconocido jinete

—¿Será capaz Usía de mandarme una enfermedá?

Por pensar, mirar y oír el galope del tordillo, no siente a un paisano de luto que se le acerca por el anca del oscuro y le aconseja·

—Escuéndase más adentro, Urquiola, el que viene es un chasque de Tatica ¿No oye cómo le chicotea el corvo?

Urquiola siente frío en el espinazo, sin embargo, no hace un ademán, no vuelve la cara, ahora mira el camino y sólo ve a quien tiene junto al anca Con ruido de latas y cascos pasa el chasque Entonces Urquiola desmonta Sin apuro afloja la cincha de su caballo para terminar de serenarse No ha visto aún la cara del compañero. Arma un chala sin romper. Prende. Se llena de humo y por detrás del humo, lo observa.

—Diga una cosa y perdone ¿nosotros no nos cruzamos el otro día en lo de don Cesáreo?

—Eso es. Yo estaba pa largar mi rabicano cuando usté salía Don Cesáreo jué quien me mandó aguaitarlo por aquí Soy muy baquiano en estos cerros. Tatica se halla acampao aquí a dos o tres cuadras. El señor jefe me ordenó que esta noche, cuando usté disponga, lo saque sierra adentro hasta dejarlo libre de cuidao, en camino seguro Dice que no quisiera perderlo Y como yo soy tan baquiano en estas sierras. ¿Comprende?

—¡Es al ñudo, Usía es un padre pa mí! Mesmo que compriendo. La noche está como una concencia. No vamos a ver nada claro. Me conviene pa lo que la preciso. Pero la verdá que sin un hombre rumbiador quién sabe ande voy a salir .. si salgo.

El baqueano calla y lo observa sonriente. Urquiola está tan contento de su compañía, que no puede guar-

dar silencio. Mientras busca en sus recuerdos esa cara, le interroga:

—Dígame, amigo Pérez...

El mocetón vuelve la cabeza rápidamente y le dice con reposo

—¿Qué desea Urquiola?

—¿Anda de luto por el finao don Evaristo?

—Sí, señor, por mi tata.

Urquiola vuelve a cinchar su caballo. El viento les trae a ratos alertas de centinelas.

—Ya es la hora. Vamos No se me aparte, baquiano

Los dos salen a pie por el camino, con rumbo al campamento.

—Póngasemé aquí, a la zurda, mi baquiano, a favor del viento. Esto anda oscuro, mesmo. Pienso que si a usté le sucediera una desgracia, que Dios no permita, yo me vería mal pa salir de aquí. ¡Con decirle que a usté no lo veo cuasi!..

El baqueano le impuso silencio

—No grite, Urquiola Agachesé. Ai, entre esos árboles está la tienda e' Tática. Ande pasea el centinela ese.

Urquiola saca su pistola, la amartilla Se incorpora.

—Baquiano —le dice al oído— yo voy a arrastrarme hasta allá. Usté quédese aquí —Le señaló hacia la izquierda — ¿Ve la taperita aquella?

El baqueano vuelve la cabeza buscando dicha tapera. Urquiola aprovecha el momento. Le afirma en la oreja los dos caños de su pistola y aprieta ambos gatillos. Una detonación. Un difunto. Un grito del centinela. Y otro del asesino.

—¡No hagan fuego! ¡Soy un amigo! ¡Estoy entriegao!

ALLA EN LA CHACRA

Entra el sol en la alcoba donde Rosaura Leiva viuda de Genaro Ricci, se prepara a bien morir. La anciana hizo abrir de par en par la puerta Pidió que la sentaran en la cama de caoba, para estar más cerca del crucifijo que adorna, desde hace medio siglo su dosel y para mirar todavía su chacra llena de luz. Son las dos de una tarde primaveral En todos los ramajes apuntan brotes que restan importancia a la agonía de la chacarera. En el patio, cacarean las "ponedoras", escarban las cluecas y los pollos grandes, por cuestiones de faldas, encrespan a cada paso las golillas Retozan sin motivo los cachorros Cerca de la casa, dos peones caminan por los surcos perfumados de trébol. La calle se muda de virazón en virazón. En la cocina una peona, pensando en el velorio, prepara locro para las visitas de duelo. Esta vez, por lo menos. doña Rosaura no podrá imponer los tallarines, como lo hiciera cuando el velorio del finado . .

Junto a la agonizante, el padre Cirilo conversa por última vez con su amiga. El confesor es un sacerdote de los campos· viejo, culto y tolerante.

Cirilo. — Hiciste bien en acordarte de mí. El día es muy hermoso, Rosaura. Dios anda por sus caminos. Me detuve, recién, a sembrar unos consejos en tus peones, mientras ellos sembraban la buena tierra y por dos agujeros de mi sombrilla, el sol estuvo jugando conmigo

Rosaura. — Hice abrir esa puerta pa no morirme tan sola.

Cirilo — Alla arriba te esperan.

Rosaura — Sí. . puede ser el finao Genaro me solía decir desde la tristeza que lo mató "Si junto a San Pedro se puede encender una pipa, te aguardaré allá". Mi compañero era gueno derecho . Sabía más que yo y eso que lo mesmo que yo nunca aprendió a leer. ¡Trabajó mucho el pobre!

Cirilo. — También tú luchaste.

Rosaura. — Sí, padre. Cansamos un mancarrón pa alcanzar un juez que nos enyuntase, dispués, el gringo y yo vinimos a la chacra. Todo esto era campo potro. Se hablaba de que había indios en la costa del arroyo. ¡Nunca los vimos, a la verdad! En cambio, por todo esto, a la redonda, no hallamos un arbol. Cuando Genaro dentró a romper el campo, los paisanos se paraban a verlo, cuasi asustaos, con ganas de santiguarse Y jué duro el comienzo; helada a helada, seca más seca, la tierra mesma nos quemaba el sembrao .

Cirilo — Pero la energía, Rosaura...

Rosaura. — Justo. Genaro tráiba juerza de allá lejos. de Uropa. . Era gringo entuavía. luego, la mesma tierra, a juerza e'verlo, lo empezó a querer. El finao ya le decía palabras criollas a los gueyes Nuestra voluntá pareció tirar de las plantitas y el trigo nació y el chingolo vino a buscarlo y peliamos con el chingolo. Dispués llegaron los negocios... hoy guenos mañana malos. Con las manos y la intención limpias cerrábamos los tratos Cuando se pudo hacer el bien, siempre se hizo. Poco daño podíamos hacer nosotros ¿no es ansina? Eramos dos inorantes Campeo en los recuerdos y juera de alguna bolsa e'maiz picao po'el gorgojo y que vendíamos por gueno. .

a la verdá, no me acuerdo de ninguna porquería. ¡Francamente, padre!

Cirilo. — No es falta mayor.

Rosaura — Si lo jué, ya está paga en un cajón de la cómoda tengo entuavía dos onzas falsas, que nos dieron una ucasión.

Cirilo. — Vaya lo uno por lo otro.

Rosaura. — Gracias, padre. Creo que en eso estamos a mano

Cirilo. — ¡Adelante!

Rosaura — Y llegaron los días felices Ya al rancho le daban sombra muchos árboles Era el único montecito de por aquí Se véia dende lejos de muy lejos y la gente paraba en la chacra a tomar resuello, sombra y agua No sé de ninguno que se juese de aquí cansao u con hambre.

Cirilo — ¿Pensabas, entonces, que esta hora llegaría a pedirte cuentas?

Rosaura — No entonces cuasi créiba que no había de morir nunca...

Cirilo. — Mejor.

Rosaura — Ya teníamos fruta a la mano Una pieza se juntó a otra pieza, la casa creció con los árboles y la llenamos con los dos hijos Rosina primero y Pietro dispués, "e basta", como decía el finao

(Guardó silencio Desde el sembrado llegó una vidalita.)

Cirilo. — Rosina y Pietro

Rosaura. — Por aquí anduvieron gatiando, padre Cirilo La niña tenía cuatro años y era una señorita, una moza. Siempre andaba por los rincones con algún gato recién nacido, enguelto en su rebozo Una ucasión, Genaro le trujo un muñeco de verdá y Ro-

16

sina, pasao el primer alhoroto, ya no le hizo caso por seguir con el hijito feo que maullaba, de ojos cerraos . ¿Me oye, padre?

Cirilo. — Con ternura, Rosaura.

Rosaura. — Entonces jué cuando nació Pietro El gurí que llegaba y Genaro, loco de alegría, salió de esta mesma pieza, corrió al galpón, vino al patio con la pala y plantó ese naranjo del centro (Señaló) El arbolito tiene treinta y cuatro años, seis meses y diez y nueve días, hoy. En todo este tiempo lo he mirao crecer y he prosiao un guen rato con él. En el entonces, con mi hijo en brazos, ya pensaba en los empachos y en los machucones que Pietro iba a ganarse por trepar al mellizo. Porque el naranjo y él eran hermanos gemelos. Yo no sé si me explico bien, padre... ¿Usté compriende lo que quisiera decirle?

Cirilo. — No es claro, pero es tibio. Comprendo...

Rosaura. — Eso es cuanto busco. Ayer ya no pude dir a saludar al naranjo. Hoy a gatas consigo verlo medio borrao, como llovido .. Usté, por esto, puede colegir que me muero...

Cirilo. — En paz.

Rosaura. — Hasta aura no lo sé.. Usté puede que me dea una cuarta...

Cirilo. — Descansa un poco, ahora. Te fatigas. Calla un momento y en tanto, mira tu buena voluntad. Yo la encuentro en todas partes Supiste vivir, sabrás morir.

Rosaura — ¡Quién sabe! Me queda mucho por decir entuavía y tengo miedo que el resuello se me corte a media confesión. Padre, mire este cuarto tan vacido. Lo he llenao de retratos. Ansina, en todo topo con mis gurises.

Cirilo. — ¿Y ellos?

Rosaura. — Ellos son inocentes. Cuando Rosina cumplió los quince años, yo me arremangué a conversar con Genaro del porvenir de mis hijos. Mi compañero era verdaderamente feliz aquel día. Habíamos dao puerta y vino franco a la pionada. La familia rodeaba la mesa. Le pregunté: "Genaro ¿pa quién trabajás tanto, vos?" "Para los dos hijos", respondió. "¿Los querés sacar mejores que nosotros, Genaro?" "¿Por qué mejores? Nosotros somos buenos y sanos, Rosaura." "Pero no sabemos leer", le repliqué. "En cambio, sabemos lo que es bondá y trabajo. Hemos vivido en paz. Las bestias vienen a comer en nuestra propia mano y los problemas no entran en la chacra. Yo miro para atrás, mujer y miro para adentro y le soy franco· ¡dejaría a los hijos como están!" Padre, yo no sentía lo mesmo, tenía más ambición que el finao. Nunca discutí nada con el gringo y aquella ocasión me callé la boca. No hablamos por un tiempo de ese asunto. Pero muchas veces, a escondidas, Rosina, que era cuasi moza, se me quejó de su inorancia Andaba muy tristona por causa e'no saber ni deletriar, tan siquiera. Los piones le calentaban las orejas con leturas de algún diario caído en la chacra. Una tardecita, los dos muchachos se me acercaron con un libro de estampas a que yo se las explicase. . Sentí lástima y un poco e'verguenza. ¡Vide a Rosina tan linda! Pensé en el novio que se le allegara algún día Pensé en la ausencia, que una carta alivea. Vide que mi niña, por culpa nuestra dentraría manca en un noviazgo. Dispués, miré la frente ancha de Pietro, ande cabían tropillas de leturas .. Colegí que era un delito dejarlo sin sembrar. Cuando alcé la vista, me hallé con Genaro. Algo

muy projundo deberían decir estos ojos míos la tardecita aquella, porque el pobre gringo apartó la pipa, sacudió los hombros y me dijo. "Bueno, mujer, prepáreles la ropa. El domingo los llevaré al colegio". Se los llevó, como dijo, padre. ¡De una sola sentada me dejó sin los dos muchachos!

Cirilo. — Hizo bien. Era un deber de ustedes...

Rosaura — ¡Mesmo! Duro de cumplir. ¡Los extrañaba de veras! El padre tamién. Si él hubiera lagrimeao un solo momento.. Al tiempo, golvieron a vivir un mes con nosotros. Dispués marcharon. Rosina me mandó pedir vestidos. ¡Pasé noches en vela pa medio hacerle uno, de lana color verde, bien lo ricuerdo! La pobrecita lo mandó de guelta. El color resultó que no se estilaba en el pueblo.

Cirilo. — ¿Era vanidosa, Rosina?

Rosaura — ¿Por qué vanidosa? Rosina era bonita, tenía edá y razón pa querer usar trajes que le sentaran. La mama, gaucha, no entendía de modas... ¡Pobre m'hija! Ella mesma, en una misiva, me explicó lo del traje con una pacencia! Jué la primer carta que recebimos Nunca había dentrao el correo en la chacra. Al ver el sobre, adiviné que nos escribía la hija. Le dije al padre: "¿Ves, testarudo, lo que puede la ilustración? Gracias a ella, Rosina puede hablar con sus padres". "Cierto — contestó — pero desde lejos. Primero se nos fué, después nos escribió" ¿Quién tenía razón, padre?

Cirilo — Los dos.

Rosaura. — Aguarde .. Llamé a un peón léido y por éste supimos que Rosina no llegaría en aquellas vacaciones Pedía licencia pa dir con una familia a una playa mentada . Genaro le sacó de entre las manos la carta al letor y con ella encendió la pipa.

Yo tuve el mesmo dolor que el gringo. Rosina era de los dos.. La inocente estaba tan ilusionada con aquel paseo, que a escondidas del padre le mandé el permiso. Pietro vino, en cambio. Trujo un aparejo y una escopeta; juntos se pusieron a tirarle balazos a los pichones del palomar.

Cirilo. — Cosas de muchachos

Rosaura. — ¿Verdá que sí? A la cuenta, Genaro se había levantao de lomo duro. "¿Qué le han hecho las palomas a su hijo?", me preguntó. "Nada, gringo, se divierte Ha pasao un año en el brete pa curtirse. Dejá que se distraiga, pues ¿Vos querés que salga cura, el muchacho?" Padre, el finao sacudió la cabeza y ganó el campo. El pobre no entendía y lo pior estaba en que yo mesma comencé a no entender. Como Rosina no llegaba, Genaro, callao, vistió su ropa de cristianar, se puso las botas amarillas, añudó su pañuelo a cuadros, se encasquetó el chambergo abollao y, pipa en boca, se risolvió a buscar a la gurisa. ¡El finao era hombre muy capaz de hacerlo! Entonces, Pietro se le atravesó en la puerta e'la cocina: "Usté no debe ir, papá", le dijo. "¿Por qué lo dice, caballerito?" "Porque a Rosina le dará mucha verguenza que sus amistades lo vean a usté vestido de ese modo" El gringo dentró a temblar. "¿Está seguro de eso, hijo?" Y el niño tuvo que decirle la verdá. ¿Padre, no debe decirse siempre la verdá?

Cirilo. — No estoy bien seguro de eso, hija...

Rosaura. — En la ucasión, la verdá le hizo mucho daño al finao. Risultó que Rosina estaba en una casa de gente copetuda Sintió cortedá de sus padres rústicos Nosotros no podíamos compriendeгlo. Pa saber estas cosas es juerza haberse ilustrao mucho. La nena dijo allá que éramos estancieros de marca y pelo.

Contó que Genaro era itallano mesmo, pero que venía de una gran casa europea, con muchos apelativos enrabaos al Ricci. La inocente dijo estas cosas porque, en sus ilusiones, véia a los tatas ansina, mucho mejor de como éramos . Mintió, es cierto, pero con guena intención. Padre, ¿qué vale más en este caso, la palabra o el intento?

Cirilo. — No estoy bien seguro de eso tampoco...

Rosaura. — Lo cierto es que Genaro no jué a la playa En vez de guardar pa'l domingo su ropa negra, marchó al surco con ella ¡Se ganó en una melancolía, como él la llamaba, en una tristeza! Noche a noche pasábamos cerca del fogón, uno al lao del otro, sin nada, sin naides. Vinieron los fríos, se jueron, llegó el verano y se jué. Dos años más tarde llegaron los dos hijos. ¡Cómo habían mudao! Pietro comenzaba a estudiar pa juez. Rosina tenía novio. Dijo que era un mozo muy bien parecido. Parece que el prometido le cuerpiaba al sol y a las víboras, razones que tuvo pa no acompañarla a la chacra. Genaro le pidió a la hija que aguardase otro poco entuavía, que no se le juese del todo, ¿compriende? Y cuando los dos muchachos se salieron de la cocina, conversando sobre cosas que nosotros no entendíamos, Genaro me dijo, de pronto "¡Cristo! Este era el momento en que yo debía morir!" Lo reté al pobre .. "¡A qué salir hablando e'dijuntos cuando Rosina había hallao novio y Pietro ya estaba arañando en el dotor!" . El gringo se quedó con los ojos fijos en las llamas y al rato, al mucho rato, me puso una mano pesada en el hombro "Mujer, seguiremos arando a escondidas —dijo. — La Rosina parece enamorada y es preciso ganar mucha plata aquí, para que ella no tenga que llorar allá". Padre Cirilo, los hijitos

intentaron quedarse con nosotros entonces. ¡Ya puede usté colegir si son guenos! Nos dió pena verlos aquí, trompezando con los terrones. Ya eran dimasiao finos pa esta vida de chacra. Les abrimos la puerta e'la jaula y volaron. ¿Verdá que eran inocentes?

Cirilo. — No lo sé, Rosaura . Prosigue.

Rosaura — Y una mañana de invierno, el viejo Genaro se sintió morir. No tuvo, como yo, este día de sol En cambio, me tuvo a mí, sentada en esa mesma silla, padre, triste y calladita la boca. Rezaba pa dentro, mientras el viejo miraba, no pal camino, sino al techo. Quizá él no aguardaba ya a naide por el lao del campo. Redepente, sin torcer la cabeza, preguntó· "Rosaura, ¿se acuerda bien dónde está enterrada la plata?" "Sí, gringo". Recomendó que hiciese dos montones parejos, uno pa cada muchacho. "Haga usté el reparto con su propia mano —dijo. — De otro modo, Rosina y Pietro se pueden pelear por una plata que nosotros ganamos pensando en la paz de ellos . " Calló. Al rato pensé que ya no resollaba, me le acerqué con miedo a mirarlo y el gringo amigo me habló más dispacio: "Mujer, no venda la chacra. No vaya a dar en vida su techo. Mire que es muy triste andar viejecita pidiendo limosna por los caminos.. " Yo no hallaba el motivo de aquel consejo, ni lo campié. ¿Pa qué? Cerca mío, el compañero se iba, eso era lo único juerte. Estuve un día y una noche así. Le mandé un "propio" a los hijos. ¡Un día y una noche! .. El gringo, quieto, parecía difunto! Disesperada, le grité: "Genaro ¿por qué no los aguardás? ¡Pietro y Rosina van a venir! ¡Aurita no más llegan!" Me apretó a gatas esta mano. "Desde ayer los espero, Rosaura. ¡Pero demoran y ya no puedo más!" Caí de rodillas y recé casi a gritos, pa entre-

tenerlo, pa dar tiempo... Pasó una hora ansina... Genaro medio se levantó y éstas jueron sus palabras: "Mujer: ¿está segura que hizo bien mandándolos al colegio?" Y ansí se me quedó. Los dos hijos llegaron tarde. Genaro estaba en el camposanto y mis dos muchachos seguían junto a mí; no se movían ¡pobrecitos!... No crea, padre, que hacía en la ucasión un tiempo ansí como el de hoy... Era invierno lluvioso. La chacra, sin Genaro y bajo el agua, es muy triste! Si ellos hubiesen risuelto quedarse mucho tiempo, yo no los habría dejao. Era custión de concencia atarlos al barrial... Jué con gran sacrificio que me risolví a pedirles que se juesen de nuevo Pietro pensaba en la plata e'Genaro pa dirse a Uropa .. Entonces, hice el reparto, peso a peso .. Justo la mitá pa cada uno. Cuando terminé, Rosaura me preguntó qué pensaba hacer con la chacra Sin saber clara la razón, ricuerdo que me puse a llorar . Aquí habían nacido ellos, si no juese por esto, que la hizo tan grande pa mí, les hubiera vendido la chacra, pa que tuviesen unos pesos más. . Juí maula, padre Cirilo. . ¡No la rematé! Ellos se jueron tristes y aquí quedó en lo oscuro la madre gaucha. Rosina se casó, tuvo hijitos que una vez me trujo pa que los conociese. Jué hace años ya...

Cirilo. — ¿Saben que estás enferma?

Rosaura. — ¡No!

Cirilo. — ¿Ignoran, también, que eres vieja y te has quedado sola?

Rosaura. — Sí... Pietro anda por Uropa.. Cambea de paradero y yo no sé ánde mandarle noticias mías. A la pobre Rosina, no le escribo cuasi nunca, pa no ponerla en verguenza. ¿No compriende, padre? Yo me valgo de las pionas pa escribir y las cartas

parece que salían con letras cambiadas, con faltas... ¿sabe?

Cirilo. — ¿Quieres que los llame, Rosaura?

Rosaura. — No van a tener tiempo e'llegar. .

Cirilo — Espéralos... ¡Recuerda tu ruego a Genaro!

Rosaura — No padre. Mañana escríbales usté. Dígales que yo me acordaba de ellos y que siempre los he créido inocentes.. Esta jué mi vida.. Queda un cabito a gatas...

Cirilo — No encuentro en tu vida nada de que debas arrepentirte.

Rosaura. — Sí, padre Miro este día de sol . veo mi cuarto vacío. . y no quiero morir sin perdón. . ¡Me arrepiento de haber mandado mis hijos al colegio!

Cirilo. — ¿Crees que hiciste mal?

Rosaura. — ¡Creo! ¿Perdona?

Cirilo. — Ellos .

Rosaura. — ¡Ellos son inocentes! Yo tuve la culpa . Me arrepiento ¿Perdona?

Cirilo. — ¡Te perdono!

(El padre Cirilo empezó una oración. En el patio, la clueca repartía una sola lombriz entre sus quince pollos. Siguió el peón sobre el surco, soltando vidalitas al viento)

FIN DEL TOMO I